



Enrique Bunster

Bala en boca

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Enrique Bunster

Bala en boca

Militares de otros tiempos

Hace muchos años, en un discurso de primera piedra, don Mariano Puga expresó que los chilenos suelen rezagarse y desmentir su pasado «precisamente porque tienen laureles sobre qué dormirse». Esta frase feliz cobra vigencia en la actualidad e induce a filosofar acerca de la causa o causas del peculiar fenómeno. Aparte la mala memoria colectiva, defecto incurable de nuestra idiosincrasia, tal vez cuente el que hicimos hace ochenta años de historia ejemplar en América y acabamos por acostumbrarnos. Nuestros grandes episodios, nuestros diamantes militares y cívicos han llegado a parecernos tan naturales como si hubiesen sido sucesos cotidianos. A veces pienso en la veneración profunda y exaltada que en Argentina profesan a sus prohombres, entre ellos el señor Sarmiento, personaje que jamás podría compararse con Vicuña Mackenna como escritor y tribuno ni con Barros Arana como historiador y educador. ¡A qué altura no habrían encumbrado a estos dos compatriotas de haber nacido allende la Cordillera! De igual modo, un Portales argentino o brasileño sería considerado un superhombre, y qué decir de un Montt, un Prat o un Balmaceda. Otros pueblos agigantan a sus próceres; el nuestro tiende a reducir a los suyos con ligereza inconcebible, o a olvidarlos, como si le incomodasen.

Concretándonos a los fastos bélicos, vemos que a ninguna nación americana han respondido mejor su Marina y su Ejército cuando la patria estaba en peligro. Tradición rectilínea en un pueblo no militarista y que invariablemente se batió en condiciones de inferioridad numérica y económica. Hasta sus derrotas son electrizantes y decisivas: Rancagua, Tarapacá, Iquique, La Concepción. Y algunas de las victorias pertenecen a la categoría de las llamadas imposibles, como la toma de los castillos de Valdivia y la captura de la Esmeralda, el ataque a Panamá por la Rosa de los Andes y la travesía del Istmo hasta el Atlántico con uno de sus botes llevado en hombros; la captura del Aquiles en la isla Guam, Micronesia, y la triple captura en el Callao, sin gasto de pólvora, ejecutadas por Ángulo; el combate del Pan de Azúcar de Yungay, la destrucción de un blindado por una goleta de madera en Punta Gruesa, el desembarco en Pisagua, la batalla en el arrenal de Tacna y la toma del Morro de Arica.

Las hazañas militares y navales de este pueblo pacifista son tantas y de tal magnitud que han dejado en segundo plano, o sencillamente en el olvido, a hechos y personalidades dignos del canto épico. Muy pocos recuerdan hoy a Santiago Bueras, el agricultor de Aconcagua que improvisó un batallón de granaderos con los huasos de su fundo para pelear en la guerra de la Independencia. Su fuerza física y su agresividad le valieron el sobrenombre de «el Hércules» chileno; su carga a sablazos en Yervas Buenas, con la barba

salvaje y los ojos de loco furioso, dio tema a un cuadro clásico. Enseñó a sus jinetes a botar a los enemigos del caballo arrebatándoles el quepis y mechoneándolos hasta sacarlos de la montura. En uno de sus combates se le quebró el sable; desde entonces llevaba un par; y descubrió la manera de usar los dos simultáneamente, uno en cada mano, manejando las riendas con los pies. Así se le vio en la arremetida final de Maipú, donde un proyectil realista le arrancó a Freire un botón de la guerrera y otro más preciso atravesó la cabeza de Bueras mandándolo al otro mundo a la rastra de un corcel desbocado.

Del más famoso de nuestros generales, el vencedor de la Guerra del 79, se ignora lo esencial: Cómo ingresó al Ejército. Su padre, el coronel Fernando Baquedano, mandaba el regimiento Cazadores en la expedición del 38 contra la Confederación Perú-boliviana. Cuando su buque, la fragata Hermosa Chilena, navegaba con el convoy a la cuadra de Coquimbo, cayó en la cuenta de que su hijo de quince años viajaba de pavo en el entrepuente con la complicidad de un suboficial. Llevado a su presencia, Manuelito respondió a la filípica paterna con firmeza:

-Hágame fusilar, pero no me obligue a abandonar la expedición.

El coronel terminó por abrazarlo, conmovido a la vez que admirado, y mandó hacerle una cama a los pies de su litera. Al desembarcar en Ancón, Fernando Baquedano puso su retoño al cuidado de un sargento espetándole este discurso:

-Hazte cargo de él, y si se mete en la leona (el combate), te va en ello la vida.

El sargento Moscoso tomó al muchachito a la grupa de su cabalgadura, y al producirse el encuentro de la Portada de Guías lo dejó en la retaguardia para no exponerlo al fuego. Pero al primer descuido de Moscoso, Manuel se apoderó del caballo de recambio del capitán Tagle, oficial de Estado Mayor, y salió disparado a unirse con la vanguardia. La leona tenía lugar en un callejón del barrio de Malambo, en medio de infernal polvareda; echado a pique por sus tripulantes. Con esto desapareció la fuerza naval Perú-boliviana, ya reducida a la mitad por Angulo, y Santa Cruz se vio obligado a confiar la defensa del litoral a buques particulares franceses que contrató y mandó en jefe el corsario Blanchet. A esto se debe el que en ciertas pinturas del combate de Casma, librado a quemarropa, veamos banderas chilenas y francesas flameando entre el humo de las andanadas. Conduciendo Blanchet cuatro barcos contra tres de Simpson y García del Postigo, logró quitarles al abordaje el Arequipeño, dejándoles en la desigual proporción de dos contra cinco. Parecían los mercenarios a punto de cantar victoria, cuando el bergantín fue recapturado en un espeluznante asalto a fusil, pistola y machete que dejó la cubierta roja de sangre. De esta refriega salió Blanchet herido de muerte, y como consecuencia, su escuadrilla se dio a la fuga (13 de enero de 1839). Probados el coraje y la habilidad de García del Postigo, se le confió el bloqueo del Callao; una misión arriesgada en vista de la hostilidad de las estaciones navales de Francia e Inglaterra contra Chile. No bien los buques cerraron el puerto, el almirante Sir Charles Ross colocó dos de sus fragatas casi tocando los costados de la Libertad para exigir a su comandante el libre tránsito de las mercaderías inglesas. García pidió instrucciones a Simpson y éste las pidió a su vez a Bulnes. El General en Jefe ordenó que no soportaran la afrenta, que en caso de encontrar oposición violenta resistieran con sus cañones, y si era necesario, con la santabárbara. Junto con recibir esta orden, García

del Postigo destapó su artillería de ambas bandas y dispuso todo para una resistencia suicida; y por bocina mandó decir a Sir Charles: «O se retira, o vuelo». Algo hizo sentir al inglés que no era una bravata, y optó por alejarse.

Otro gallo de pelea desconocido, con títulos de sobra para la fama fue don Santiago Barrientos, militar oriundo de Castro cuya vida aventurera se narra en un rarísimo folleto de Vicuña Mackenna. No debe haber más de cuatro o cinco eruditos que sepan algo de él. Como el grueso de los hijos de Chiloé, éste sirvió en la guerra de la Independencia bajo las banderas del Rey. Después de Maipú pasó a la Madre Patria dispuesto a impedir que su vieja espada se oxidara. Tuvo trabajo suficiente en las luchas intestinas y participó en todas las acciones de guerra carlista. Coleccionó heridas y ganó los ascensos hasta el grado de coronel; llevó en su pecho diez condecoraciones, entre ellas la cruz de San Fernando, y fue hecho Comendador de la Orden de Isabel la Católica. Su más brillante anotación la obtuvo en la puerta principal del Palacio Real de Madrid la noche del 7 al 8 de octubre de 1841. Siendo segundo comandante de la guardia de alabarderos de S. M. Isabel II la misma que más tarde mandaría bombardear Valparaíso, sobrevino un complot fraguado por opositores del general Espartero, regente de la Reina de once años, con propósitos que nunca quedaron aclarados. El palacio fue asaltado «con una nube de balas» por fuerzas abrumadoras. A la cabeza de dieciocho alabarderos y unos pocos sirvientes, los coroneles Dulec y Barrientos tuvieron tiempo de levantar parapetos en las gradas de la escalera, y desde allí y desde las ventanas resistieron el fuego de los asaltantes «durante largas horas», hasta que acudieron los refuerzos con que fue desbaratado el ataque. Como recompensa recibió Barrientos a nombre de la Reina una espada de plata y una pensión de seis mil reales. Cuando ya no tuvo contra quien batirse, el belicoso chilote retornó a Chile y dedicó el resto de su larga vida a cultivar por sus manos un predio agrícola en la cercanía de Valdivia.

Andaba don Santiago Barrientos por los noventa años cuando estalló la guerra del Pacífico. Demasiado tarde para desenvainar su espada preciosa; pero como vivió hasta el 82, ha tenido tiempo de seguir desde lejos la tercera entrada de sus compatriotas en Lima. Y entonces habrá oído hablar del hombre que en Tacna convirtió la derrota en victoria y en el Morro de Arica y en Miraflores realizó lo imposible: el coronel Pedro Lagos. Todavía más: puede que lo haya conocido, siquiera de vista, cuando servía en el Sur batallando con los araucanos. Pues era difícil no advertir la presencia de Lagos, aún a la distancia, con su corpachón de ciento diez kilos de peso que hacía hundirse el lomo de su cabalgadura. De otra parte, era famoso antes de ser célebre, y el exigente Encina afirmó que fue el único oficial del 79 dotado de verdadero golpe de vista militar. Ganó su renombre en tres de las más duras acciones de la guerra, como brazo derecho de Baquedano; pero a veces no hace falta una batalla, sino que basta con una incidencia o un hecho secundario para que el hombre de armas demuestre su arrojo o su genio original. Pocos saben o recuerdan que cierta vez, cruzando el desierto de Tarapacá, don Pedro Lagos se quedó sin agua y durante dos días su regimiento Santiago soportó el suplicio de la sed bajo el sol abrasador. Varios caballos perecieron y un jinete se volvió loco. En la tercera jornada llegaron a un paraje cuyo único habitante guardaba el tesoro inapreciable de medio barrilito de agua. La tropa exhausta saludó el hallazgo con gritos de júbilo y gorras al aire... Pero el coronel había hecho un cálculo instantáneo, dándose cuenta de que las raciones, por pequeñas que fuese, no alcanzarían para sus mil y tantos soldados. Entonces dio una orden como sólo un gran

jefe puede atreverse a dar: «derramen el agua». Sus hombres comprendieron y reanudaron la marcha en perfecta disciplina, refrigerados por el agua mágica de la justicia.

Las cantineras del ejército

De acuerdo con una tradición fidedigna, el último cañonazo de Maipú lo disparó una mujer. Sabido es que hacia el final de la batalla invadieron el campo espontáneos combatientes civiles cuya acción consistió en capturar soldados realistas echándoles el lazo. Entre estos enardecidos paisanos se vio a una huasita que allegaba fuego al estopín de un cañón abandonado, el que vomitó hacia las casas de Lo Espejo la postrera bala gruesa de la contienda.

Esta anónima heroína podría considerarse como la precursora de las admirables mozas que han dejado rastro en la historia militar de Chile. Se las conoce con el nombre de «cantineras», aunque servían también como cocineras y lavanderas; pero su humanitaria solicitud para con los heridos ha hecho ver en ellas a las antecesoras de la Cruz Roja nacional; y queda por decir que algunas, acaso las más, ganaron fama por su coraje en el manejo de las armas, combatiendo como varones en el infierno de las batallas.

Famosa entre todas, Candelaria Pérez, llamada con propiedad «la sargento Candelaria», salió del anonimato en esa guerra de leyenda con que el Ministro Portales destruyó desde ultratumba a la Confederación Perú-boliviana.

Candelaria Pérez, nacida en el barrio de la Chimba (Recoleta), tenía por oficio el de empleada doméstica, y en tal calidad había emigrado al Perú en 1833, acompañando a una familia holandesa. Poseía un físico aparentemente frágil, de tez morena y rostro fino y agraciado. En su alcancía de gallina ponedora fue depositando las monedas que ahorraba de su salario; y a la vuelta de unos años tuvo reunido suficiente dinero para independizarse. Con lo dicho se retrata su carácter: era una mujer ordenada, perseverante y sanamente ambiciosa, capaz de bastarse a sí misma en tierra extraña. Si todo nuestro pueblo estuviese hecho de gente así, distinta sería su suerte y no viviría culpando a otros de su atraso y miseria. Aprovechando su experiencia culinaria abrió en el Callao una cocinería que tuvo por nombre la «Fonda de la Chilena» y cuya especialidad fue el expendio de pescado frito. Situado en pleno barrio de marineros, el negocio prosperó con la clientela cosmopolita y bulliciosa procedente de la flota de veleros que cada día se renovaba ante los muelles. Por entonces era gobernador militar de la plaza su compatriota el general Ramón Herrera, y quién sabe si esta feliz circunstancia no le produciría la ingenua sensación de tener un protector en las alturas... Todo a pedir de boca, cuando cierta noche penetró en la bahía el comandante Angulo, cumpliendo órdenes de Portales, y de una redada se llevó tres de los buques de la escuadra Perú-boliviana. Esta captura sin precedentes paralizó el proyecto de la Confederación de atacar a Chile, pero dejó a los chilenos residentes en el Perú a merced de las represalias oficiales y populares. No bien el Gobierno de Santiago declaró la guerra,

las turbas de Lima y el Callao asaltaron los domicilios y comercios de estos inocentes; la Fonda de la Chilena fue saqueada y su dueña apresada por la policía y metida en los sótanos de la fortaleza del Real Felipe.

De un día para otro, Candelaria había perdido hasta el último centavo de sus haberes. Cuando salió en libertad tuvo que volver al servicio doméstico para ganarse el sustento.

Pero esta vez no sería por largo tiempo. Una mañana de asombro y tambores batientes entró en Lima el Ejército Restaurador del general Bulnes que iba a liberar al Perú de la dominación boliviana después del cruento combate de Guías. Enloquecida de júbilo y de deseos de devolver el golpe recibido, Candelaria corrió en demanda del cuartel general de sus paisanos a ofrecer sus servicios. ¿Qué servicios? Los soldados se rieron de la pobre e hicieron chistes a costa de su condición de mujer. Porfió hasta hacerse escuchar de un oficial del Carampangue, el capitán Guillermo Nieto, y de esta entrevista salió enrolada en calidad de cantinera y enfermera y con doce pesos mensuales, que era el sueldo de un sargento. A poco le dieron el grado y el uniforme correspondientes, y no tardaría en demostrar que era capaz de llevarlos con honor.

Se halló presente en el combate del Pan de Azúcar de Yungay, esa acción que ningún general europeo se hubiera atrevido a emprender y que hizo decir al mariscal peruano Gamarra: «El soldado chileno es el más valiente del mundo». Aunque su misión consistía en cuidar a los heridos, Candelaria se dejó contagiar del furor de la lucha y cogiendo los fusiles de los muertos peleó confundida con los que trepaban la ladera casi vertical del cerro clavando las bayonetas para afirmarse, avanzando metro a metro bajo la lluvia de balas y peñascos arrojados desde la cima y rodando al precipicio como moscas. Cayó y expiró en sus brazos el capitán Nieto, su presunto amante. Sin detenerse a cerrarle los ojos, continuó subiendo; de paso dio muerte a un soldado boliviano que le apuntaba insultándola, y llegó a la cumbre cuando el Carampangue acababa de izar la bandera vencedora.

La antigua sirvienta de mano jamás pudo imaginar la celebridad que había conquistado en ese combate de exterminio. Vino a darse cuenta de ello el día en que las tropas de Bulnes desfilaron por la Alameda en la colosal apoteosis del regreso. Un griterío delirante de la muchedumbre se elevaba en la avenida embanderada al paso de la pequeña mujer uniformada que marchaba sin saber si reír o llorar.

Desde entonces y para siempre la llamaron la Sargento Candelaria. Diez años después, exactamente el 25 de febrero de 1849, se estrenaba en Santiago La Batalla de Yungay, un drama histórico en cuyo reparto figuraba la valerosa fusilera del Pan de Azúcar. Ella misma asistía a la representación desde un asiento de la galería. Reconocida en un entreacto, la obligaron a pasar al escenario para ser ovacionada por la concurrencia puesta de pie.

Se sabe que murió inválida y olvidada, pero la posteridad la recuerda y una calle de la comuna de Ñuñoa lleva el nombre ilustre de Sargento Candelaria.

Su mérito póstumo consiste en haber instituido una tradición que no sabemos si subsistirá en el futuro, pero que fue confirmada con brillo en la guerra del 79. El Museo Histórico Nacional conserva los retratos de la buenamoza Irene Morales, cuya vida novelesca vamos

a contar, y de su congénere Filomena Valenzuela, del regimiento Atacama, que adornaba con un penacho de plumas su quepis de cantinera de armas tomar. Otras dos «amazonas», como las llamara Vicuña Mackenna, las costureras santiaguinas Leonor González y Juana N., perecieron atacadas a mansalva mientras curaban heridos del Segundo de Línea en el caserío de Tibilaca, a raíz del combate de la quebrada de Tarapacá. En ese terrible encuentro se batió revólver en mano Dolores Rodríguez, natural de Caleu, que aunque seguía a los Zapadores sin empleo militar ni ocupación confesable, se condujo como soldado y recibió un balazo en una pierna.

En esa guerra titánica de uno contra dos, las cantineras habían asumido el papel oficial de enfermeras en cumplimiento de los principios de la Convención de Ginebra, que el Gobierno de la Moneda suscribiera hacía poco. Mientras no existiese la Cruz Roja chilena que se originaría en Punta Arenas en 1903, las émulas de Candelaria Pérez debían encargarse de auxiliar a los heridos «sin hacer distinción entre paisanos y enemigos»... Por supuesto, carecían de la más elemental preparación, porque la contienda sorprendió al Ejército sin organización sanitaria y el insigne cirujano Wenceslao Díaz tuvo que improvisarlo todo sobre la marcha, trabajando con sus colegas en pavorosos hospitales de sangre desprovistos de antisepsia y donde el ochenta por ciento de las operaciones desembocaba en la muerte.

Recordando a la inmortal cantinera y enfermera Irene Morales, el coronel Enrique Phillips escribió en El Mercurio:

«No sólo peleó en medio de los soldados, sino que también confortaba a los moribundos y daba de comer al hambriento y de beber al sediento. Su nombre debe vibrar entre nosotros como un ejemplo de patriotismo y de valor no superado entre las mujeres».

Esta joven de rasgos finos y raro aplomo «de espesa y áspera cabellera» (Vicuña Mackenna), era hija de un carpintero y había nacido ultra Mapocho, en la Chimba que acunó a la Candelaria y al valiente Dardignac. La vida no le escatimó las pruebas más duras, como a todo ser escogido para sobresalir. A los trece años perdió a su padre, y la madre desamparada se fue con ella a Valparaíso, donde le enseñó el oficio de la costura. Allí tuvo Irene su primer amor, el que no pudo ser más infeliz y doloroso, pues casó en artículo de muerte y quedó viuda el mismo día nupcial. Poco después moría su madre. Ya sin consejo ni amparo de nadie, decidió irse a Antofagasta, como pudo haberse ido a cualquiera otra parte, y para pagar el pasaje de tercera clase vendió su máquina de coser. En el puerto de destino conoció a su segundo marido: el músico chileno Santiago Pizarro, que servía en la banda de un regimiento boliviano. No cumplían dos años de casados cuando el cabo Pizarro asesinó a un soldado en una riña de taberna. Fue condenado a muerte y fusilado de noche, en las afueras de la ciudad, a la luz de un farol. La viuda encontró el cadáver abandonado junto a la vía férrea y lo hizo fotografiar antes de darle sepultura para conservar la imagen de la atrocidad que juró vengar de alguna manera.

La ocasión llegó pronto y por donde menos pudo imaginarlo. Una mañana apareció en la bahía la escuadra chilena con sus fuerzas de desembarco, justo cuando las autoridades bolivianas se disponían a sacar a remate las pertenencias salitreras de sus connacionales.

Era la chispa que encendería la guerra, y curiosamente, tocó a Irene Morales ser la primera en romper hostilidades. Después de arengar a los compatriotas reunidos en la plaza (constituían el ochenta y cinco por ciento de la población) y de repartir abrazos en las filas, corrió a la Prefectura, arrancó el emblema oficial y lo pateó en el suelo. Ese mismo día el capitán Camus la admitió como cantinera en su compañía del Tercero de Línea.

Más tarde contó a Vicuña Mackenna que había salido con la expedición a Pisagua «disfrazada de soldado», pero en el retrato publicado por el Nuevo Ferrocarril se aprecia con qué propiedad llevaba el uniforme de botas de caña corta, guerrera de sargento y quepis ladeado a la izquierda; un pañuelo de seda pende del cuello y cae sobre el pecho con descuido. Tenía entonces treinta y cuatro años, y tanto en esta litografía como en el retrato del Museo vemos a una mujer en el apogeo de su popular hermosura.

El dramático desembarco de cinco mil hombres en Pisagua, bajo el horrísono cañoneo de la escuadra, no debe de haberla intimidado, porque en la siguiente batalla de Dolores empuñó el fusil y entró en el fuego como si no supiera hacer sino eso. En un grabado contemporáneo se ve a su batallón trepando por las faldas del cerro San Francisco envuelto en el humo de las descargas cerradas. Dispersado el enemigo, que dejó sus bajas en el campo, la cantinera-enfermera no tuvo descanso en el hospital atestado de heridos de tres naciones, recogidos en parihuelas para ser auxiliados con pareja caridad. De esos bolivianos examinase a los que ella ayudaba a revivir, ¿cuántos no habrán sido blanco de sus propios certeros disparos? De ser así, cumplió el juramento de venganza y lavó el odio de su alma prodigándose en el ejercicio de la solidaridad humana.

Al abrirse la segunda campaña de la guerra la destinaron a la Cuarta División como lavandera del coronel Barbosa. Cumplía este menester en el campamento de Tacna, a corta distancia de las líneas peruanas, cuando al pasar de la lavandería a la tienda de su jefe se extravió en medio de la camanchaca nocturna. Fue a dar al vivac del regimiento de Carabineros de Yungay, y allí la sorprendió la iniciación de la batalla de veintidós mil hombres, librada en un arenal y donde Campero, Presidente de Bolivia, mandaba los ejércitos aliados. Matanza de ocho horas, sostenida sin agua bajo un sol de fuego y donde el coronel Lagos convirtió la inminente derrota en victoria y apabulló en tal forma a Campero y sus tropas que les hizo volverse a la Paz.

Como Candelaria Pérez, Irene Morales salió ilesa de la ruleta de la muerte; como ella, terminó su vida en la obscuridad de donde había salido; y se tomó el mismo desquite post mortem, dando su nombre a la más corta calle de su ciudad natal.

Retrato de un Presidente de la República

Comencemos por el instante en que don Aníbal Pinto cogió la pluma para firmar la declaración de guerra a Perú y Bolivia. Los Ministros y consejeros que estaban con él no dejaron testimonio de cómo se condujo, y ahora ignoramos si se mostró nervioso o sereno, si vaciló, si le tembló o no la mano al poner la suerte de la patria en juego. Sólo conocemos la afirmación de un cronista contemporáneo: «Todos querían la guerra, menos el Presidente, que veía sus males y temía a sus horrores». Podemos entonces presumir que al devolver la pluma al tintero ha debido exhalar un suspiro de sometimiento a la Providencia, y lo menos que pudo sentir es que el suelo se movía bajo sus pies; porque es preciso imaginarse la gravedad del paso que acababa de dar. Su valor no puede ponerse en duda: lo había demostrado cuando mandó apresarse una barca norteamericana que cargaba guano en la costa de la Patagonia, y ante la movilización de la escuadra argentina puso la suya en pie de guerra obligando a aquélla a alejarse del lugar del incidente. Volvió a probar que no tenía miedo cuando paró de un solo empujón el intento boliviano de desconocer el convenio salitrero gravando a las empresas chilenas y decretando después su expropiación. Nunca un gobernante procedió con igual resolución y rapidez: le bastaron cuarenta y ocho horas a partir del momento en que declaró cortadas las relaciones; lo necesario para embarcar un batallón y hacerlo llegar a Antofagasta justo a tiempo para impedir el atropello. En uno de los gestos más viriles de su historia, Chile desbordaba de sus fronteras en defensa de miles de connacionales amenazados o perseguidos, que constituían el grueso de la población de la provincia, y en resguardo de los capitales invertidos en salitreras y minerales, equivalentes a tres millones de libras esterlinas. Ciertamente el Presidente ignoraba entonces que Bolivia tuviese tras de sí a un aliado poderoso, pero en Lima calcularon mal al dar por seguro que el descubrimiento del Tratado secreto le haría echar pie atrás. Nadie se mostró más decidido a afrontar el conflicto cuando lo juzgó inevitable.

Pocos hombres expresan menos carácter que éste en sus retratos. Ojos claros y cristalinos, de mirada soñadora; nariz corta y fina, como inofensiva; pelo dorado, de querubín, con la barbita recortada y el bigote prudente enmarcando la boca propensa a la sonrisa. Engañados por esta fisonomía, y por su fama de caballero retraído y de pocas palabras, muchos le tenían y le tienen por un ser anodino. Pero, ¿no les dice nada su frente de pensador, esa ancha cúpula que ha debido deformarle los sombreros? Y basta hojear su biografía para informarse de su altísimo nivel intelectual, de su cultura fuera de lo común, su ímpetu ejecutivo, capacidad de trabajo casi sobrehumana y entereza a prueba de contrastes y desengaños. Su adversario político Ramón Subercaseaux le atribuye todas las virtudes, con la salvedad de que «su espíritu era lento y opaco». Don José Francisco Vergara le llamó «crisol de la honradez» y «dechado de gobernante constitucional», agregando que con su ejemplo levantó el nivel moral del país. Encina escribió que no concebía otra vida digna que la encuadrada dentro del respeto inflexible a las leyes, pero su prurito negativo lo indujo a añadir que «carecía de imaginación política y de don de mando».

Hijo del general y presidente Francisco Antonio Pinto, heredó el amor a la filosofía del hombre más culto de su tiempo. Al cursar estudios superiores fue discípulo de Andrés Bello en Derecho Romano. Comenzó a escribir en la primera juventud, entregando a la prensa sus artículos en defensa de las doctrinas de Bello. Para alejarle del círculo de amigos de Bilbao, su tío el Presidente Bulnes lo nombró oficial de la Legación en Roma. Se dedicó en Europa

al estudio de sus instituciones sociales y políticas. De regreso, a los veintisiete años, se incorporó a la Facultad de Filosofía y Humanidades leyendo su ensayo sobre Descartes: El método en Filosofía. Otro de sus estudios se titula La obra del barón de Gallupí, y como el anterior, fue publicado a instancias de Barros Arana en los Anales de la Universidad de Chile. Bruscamente el filósofo cede el campo al estadista cuando el presidente Pérez lo nombra Intendente de Concepción. En diez años no dejó cosa por hacer, desde plazas y jardines públicos hasta hospitales y telégrafos, desde correos y mataderos hasta cárceles, liceos y caminos. Volvió a Santiago del brazo de Delfina de la Cruz, hija del General derrotado en Loncomilla; y de ahí en adelante marchó hacia el Poder por calle rectilínea. Diputado y senador liberal elegido una y otra vez, impuso su oratoria de gran señor, dejando a otros la función de gritar y alborotar. Rechazó el Ministerio de Hacienda por no considerarse idóneo para el cargo; en cambio aceptó organizar el Gabinete de Errázuriz; pero sin tomar para sí la Cartera del Interior, que por este hecho le correspondía, sino la de Guerra y Marina, de escaso lucimiento político. Como adivinando el cercano porvenir, se empeñó en perfeccionar la disciplina de los cuerpos militares, en modernizar su armamento y en activar la construcción de los blindados que un día iban a barrer el Pacífico. Cuando Errázuriz decidió que fuese su sucesor, el escritor Aníbal Pinto encontró a los historiadores Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna disputándole el paso a la Presidencia. Nunca estuvo tan cotizada la literatura nacional. Vicuña, inmensamente popular, anunció que el hijo que esperaba su esposa nacería en el palacio de gobierno. Pero en esos tiempos no era el electorado el que elegía, sino Su Excelencia, y fueron los numerosos niños Pinto de la Cruz, todos iguales y de pelito dorado, como querubines, los que llegaron a corretear por los pasillos de La Moneda.

El nuevo Presidente contaba cincuenta años y, según el decir, vendía salud. El mando y la guerra iban a acortarle la vida con sus sutiles arsénicos. No vamos a decir que no cometió errores, pero conviene saber que fueron fruto de su candorosa buena fe. Mal estuvo en confiar el Ministerio del Interior al literato Lastarria, que decía que tenía talento y lo lucía; literato que ya una vez fracasó con estruendo en Hacienda y ahora reincidió para luego disculparse con el terremoto, las inundaciones, y las malas cosechas y la colosal estafa de Paraff, el fabricante de oro que embaucó a medio Santiago y en cuyos prodigios creyó también el bondadoso presidente Pinto.

¿Pero qué son esas fallas, y todas las que quieran agregarse, si las agrupamos en un platillo de la balanza y en el otro ponemos el resultado de la contienda del Pacífico?

Dicen sus críticos que también en la suprema dirección de la campaña incurrió en errores graves. Pero, ¿no los cometía Napoleón? Y los suyos fueron los típicos y propios del gobernante a quien la guerra se le produce de repente y que debe improvisarlo todo. Al firmar la declaración de beligerancia estaban con él los ministros Fierro, Zegers, Prats y Blest Gana, los seis consejeros de Estado y el general Godoy. Aunque conocía la falta de discreción de este último, no le recomendó bastante que guardara el secreto, y al salir del Consejo lo primero que hizo el militar fue decirle a un corresponsal colombiano en el patio de palacio: «¡Albricias! ¡Acabamos de declarar la guerra!». Y en veinticuatro horas el cable dio la vuelta al globo. Jamás impuso el Gobierno la censura de prensa: todo salía publicado en los diarios, y para informarse de los movimientos de nuestros buques y tropas los agentes peruanos no tenían más que leer El Mercurio. Peores fallas todavía se dejaron ver

en la organización de las operaciones iniciales: los primeros regimientos acantonados en Antofagasta no llevaban pipas para la provisión de agua, y los cañones de costa no pudieron emplazarse por haber quedado sus cureñas olvidadas en Valparaíso. En esos días angustiosos el Presidente tenía que entenderse con un general de setenta y cuatro años, temperamental, desmemoriado y susceptible, y con un almirante enfermo, ególatra y casi inmanejable. Estos desajustes en los mandos fueron los escollos que Su Excelencia logró salvar cuando nombró a don Rafael Sotomayor, con poderes omnímodos, Ministro de Guerra en campaña; y su segunda movida maestra sería la entrega de la jefatura del Ejército a Baquedano, contrariando la opinión de quien dijo que sólo iba «a cuidar caballos». Su tercer acierto decisivo: la designación de don Augusto Matte como Ministro de Hacienda.

Don Aníbal tenía en las filas a su hijo mayor y a su sobrino Ignacio Carrera Pinto. ¿Podría alguien con más razones para desear una rápida y concluyente victoria? Sin embargo, menudeaban sobre él las críticas por la supuesta lentitud de la estrategia. Al decir de Vicuña Mackenna, debía haberse llegado a Lima en tres meses. Pinto replicaba: ¿Con qué armamento, con qué proyectiles, uniformes, capotes, zapatos, frazadas, morrales y caramayolas? ¿Con qué organización de intendencia, con qué hospitales, tiendas, ambulancias, cocinas y vehículos para el transporte de agua, víveres y forrajés? ¿Con qué tropas entrenadas en el desierto y qué fuerzas de reserva?... En sólo sesenta días se había aumentado el Ejército desde dos mil a ocho mil hombres; pero atacar presupone una etapa de preparación de cinco a seis meses, y siempre que para entonces se hubiese obtenido el dominio del mar... Por eso el combate naval de Angamos, justo al sexto mes, señaló el desencadenamiento de la agresión terrestre, iniciada con el desembarco en Pisagua. Recién entonces comenzó la guerra que pedían los impacientes: la épica embestida en que el fútre y el roto, aún no distanciados por el insensato antagonismo de clases, se lanzaron revueltos en masa solidaria, como en las refriegas de California y Australia, a dar una lucha que no pararía hasta apearse Baquedano del caballo a la puerta del palacio de los Virreyes.

La repechada contra Bolivia, contra el Perú y contra el Desierto había durado un año y nueve meses; el suelo patrio no había sido tocado, y en medio del esfuerzo bélico tuvieron lugar unas tranquilas elecciones parlamentarias. Un diario francés llamó a Chile: «la petite Allemagne de l'Amerique du Sud».

«La noche entera fue de fiesta», escribió el Presidente a raíz de la apoteosis de la victoria. Cronistas contemporáneos refieren que la gente corría por las calles gritando y cambiando abrazos, mientras las campanas de los templos eran echadas a vuelo y tronaba el cañón del Santa Lucía. En los teatros y en la Plaza de Armas la multitud coreaba la Canción Nacional y en las tabernas y chinganas hubo brindis, griterío y cueca zapateada hasta la salida del sol.

El territorio de la República amaneció agrandado en ciento ochenta mil kilómetros cuadrados y con su población aumentada en cien mil habitantes. Todo parecía un sueño. La guerra se había hecho sin contraer deudas en el exterior, utilizándose únicamente los recursos del Estado y los particulares, más una moderada emisión de billetes que no alcanzó a depreciar la moneda ni a producir carestía. Y aunque hoy parezca increíble: los ejercicios financieros de los años 79, 80 y 81 arrojaron un saldo a favor de dieciocho millones de pesos. Era la obra de una Administración eficiente y de un hacendista genial: Augusto Matte.

Contra todas las previsiones, había crecido el comercio interno y externo, y la adquisición de los derechos de exportación del salitre preludiaba una era de bonanza y riqueza sin precedentes.

El súbito prestigio del vencedor hizo acudir a Tarapacá a los empresarios ingleses, cuyas inmensas inversiones transformarían la tecnología de las salitreras para multiplicar su productividad.

Al dejar el mando, don Aníbal Pinto entregó un país no imaginado cinco años antes, un país convertido por añadidura en la primera potencia militar y naval de América latina.

Cumplida su tarea, el ciudadano fatigado y envejecido volvió a la vida privada, ocupando la modesta casa del barrio Yungay que don Eusebio Lillo accedió a arrendarle. Rehusó los honores y recompensas, tales como la Legación en Europa y la candidatura senatorial que le fueron ofrecidas. Y no es que estuviera precisamente rico. Había salido de La Moneda debiendo ciento ocho mil pesos. Para pagar a los acreedores tuvo que vender una parte de sus acciones de las minas de Puchoco, y para subsistir con sus siete hijos aceptó el puesto de redactor y traductor de folletines de El Ferrocarril.

A raíz de su muerte, una pensión de cinco mil pesos alivió la pobreza de la viuda.

Dardignac o la vida de un militar

Una encuesta a cualquier nivel demostraría que casi nadie sabe por qué una calle de la barriada norte del Mapocho, antigua Chimba, lleva el nombre de «Dardignac». Este apellido es el de un desconocido, o mejor, de un olvidado, que vivió novelescas aventuras y tuvo un final de gloria electrizante y atroz en la guerra del Pacífico.

Ramón Dardignac nació en La Chimba en el invierno de 1848, hijo de un constructor civil de origen francés. Cuando contaba apenas tres meses, su padre se fue a California, contagiado de la fiebre del oro, y nunca volvió a saberse de él. La esposa o viuda, Concepción Sotomayor, crió y educó en la mayor pobreza al niño abandonado, que era para colmo de contextura frágil y enfermizo, hasta que obtuvo por caridad una beca en la Academia Militar. Tenía once años al estrenar su uniforme de cadete, y ya a esa edad dejó entrever la pólvora que llevaba en la sangre. Ante el castigo brutal e injusto de un brigadier, reaccionó cogiendo una barra de fierro con que le persiguió dispuesto a romperle el cráneo. Por eso afirma un historiador: «Era hombre que desde niño no aguantaba pelos». Las primeras anotaciones de su hoja de servicios indican que al graduarse como subteniente ingresó al 9.º batallón de Infantería en vísperas de la guerra con España. Terminado este conflicto en que no participó el Ejército, fue transferido a un regimiento de artillería, y con

este cuerpo intervino en la entonces eterna guerra de Arauco. En un combate singular, el joven de contextura frágil dio muerte a un fornido mocetón mapuche.

En 1873 el teniente Dardignac se hallaba sirviendo en un cuartel de artillería de Valparaíso. Cierta noche que se dirigía a casa de su novia, en los cerros, resbaló y cayó en el barro ensuciándose la guerrera. Con intención de limpiarse entró a un bar pidiendo agua y una toalla. El tabernero italiano se las negó con grosería, y en el agrio cambio de palabras que sobrevino detonó la dinamita del carácter del oficial, quien arrojó un objeto del mesón a la cara del egoísta. Dos guardianes que presenciaban el altercado se interpusieron; a los gritos llegaron otros, y la batahola que se siguió hizo acudir desde el cercano cuartel de artillería al capitán Guillermo Nieto con un grupo de soldados. No se supo quién disparó la primera bala; lo cierto es que en el tiroteo desatado cayó muerto un policía y resultaron heridos Nieto y Dardignac.

En el proceso seguido por la justicia castrense fueron estos dos oficiales sentenciados a muerte. Desde su calabozo el reo Dardignac ofreció a su prometida Elvira Castro, de dieciséis años, liberarla del compromiso matrimonial. Ella rehusó, y la triste boda tuvo lugar en los Doce Apóstoles bajo la vigilancia de fuerza armada. Si alguna esperanza quedaba a los recién casados, debieron abandonarla cuando la Corte Marcial confirmó la sentencia. Sólo al empeño de un poderoso logró a última hora que ésta fuera conmutada por un año de cárcel, expulsión del Ejército y seis meses de destierro.

Mientras el preso cumplía la condena en la Penitenciaría, su mujer dio a luz una niña. A raíz de la visita de Elvira al penal, para hacerle conocer a su hija, el duro Dardignac desahogó su emoción escribiendo en su libreta:

«Mi dulce hijita, sólo hoy, doce días después de tu nacimiento, he tenido la indescriptible dicha de verte, de besarte y prodigarte las caricias que tanto he anhelado».

Vencido el plazo detrás de las rejas, partió vía Magallanes para su exilio en Argentina. Como iba solo, a buscarse la vida, dejó una carta dirigida a Elvirita, que la joven madre debía leerle en la cuna:

«Se ha cumplido en ti lo que en mí he conocido: la ausencia de un padre cuando contaba de existencia sólo tres meses».

Llegó a Buenos Aires en lo mejor de una guerra civil, y aprovechó la ocasión providencial para enrolarse en no importaba cuál de los bandos. Cumpliendo su primera misión, la de conducir un mensaje al campamento del general Mitre, fue hecho prisionero por patrullas enemigas; y bajo la amenaza de ser fusilado tuvo que volverse contra sus parciales. Como a fin de cuentas le daba lo mismo, entregó su lealtad a sus captores; y tan bien se condujo en

la batalla de La Verde que fue enviado a presencia del presidente Avellaneda como portador del parte oficial en donde su propio desempeño era recomendado. Pudo entonces asimilarse al ejército argentino, y a poco fue ascendido a teniente primero de artillería, equivalente a capitán en el arma chilena. Con este grado se encontraba sirviendo en Belgrano, adonde había ido a reunirse su familia, cuando las querellas limítrofes de ambos países hicieron la vida imposible al militar desterrado. Estando ya la pena cumplida, regresó a la patria, de nuevo en condición de indigente y a buscar en qué ganarse el pan, y ahora con su mujer esperando otra criatura.

Dos años vivieron en Valparaíso capeando los embates de la miseria, hasta el día en que él obtuvo el puesto de ayudante de policía de San Felipe... ¡Cómo sería su necesidad, que no acababa de dar las gracias a su benefactor el intendente Guillermo Blest Gana! Contaba entonces treinta años y su retrato por Luis F. Rojas muestra a un joven moreno y de pelo negro, con perfil aguileño y bigote puntiagudo, de expresión inteligente y decidida. Desempeñaba ese oscuro cargo policial cuando se declaró la guerra contra Bolivia y Perú. Inmediatamente ofreció sus servicios como instructor gratuito de las compañías destinadas a reforzar el regimiento Lautaro. Este gesto le valió el perdón de la jefatura del Ejército y fue reincorporado como oficial de carrera en junio de 1879. Sin hacer caso de su mala salud (sufría de una afección renal), se despidió de su esposa y de sus hijitas y partió «lleno de gozo» a unirse a las fuerzas concentradas en Antofagasta. Llevaba al cinto una hermosa espada japonesa que le habían obsequiado sus amigos aconcagüinos.

Su retiro forzoso le había dejado rezagado en el escalafón, y esta desventaja no hacía más que acicatear su ardor guerrero y su anhelo de acreditarse con algún hecho resonante. A poco de tenerlo bajo su mando, el general Arteaga se quedó admirado al ver que dominaba la ciencia de las tres armas, caso raro, si no único; y esto le indujo a concederle el grado de capitán efectivo y a retenerle consigo como ayudante del Estado Mayor. Del muchacho disipado y violento no quedaba nada: los golpes de la adversidad habían hecho de él un hombre sereno y sólidamente asentado en la fe. En una de las cien cartas suyas que recopiló Vicuña Mackenna le cuenta a su esposa que no sale a divertirse, que vive esperando sus noticias, que el domingo oye las dos misas de campaña y sólo piensa en volver pronto «a ese hogar querido donde he dejado lo máspreciado de mi vida».

Tuvo en Antofagasta un sueño de asombroso realismo: se veía herido de muerte en la batalla final mientras que a través del humo divisaba en lontananza las torres de Lima. Sin embargo, en víspera de embarcarse para Pisagua escribió a Elvira: «No temas por mí», añadiendo que si Dios quería preservarle la vida «ni una granada de trescientas libras que estalle sobre mi cabeza me daría la muerte». Y en esa carta como escrita para la posteridad, estampó esta frase reveladora de cómo entendía la dignidad y privilegio de llevar el uniforme militar:

«Haré por la Patria cuanto más pueda, tal como si en mi presencia te ofendieran a ti y me pidieras castigar al ofensor».

Con hombres así se ganó la guerra de mayores proporciones librada en América del Sur, la guerra que costó al país vencedor diez mil vidas peleando con todo en contra: hostilidad extranjera, clima aplastante y topografía casi insuperable. Hay que detenerse a pensar que en el desembarco en la caleta de Ite se trabajó una semana en echar los cañones a tierra, subiéndolos con pesadas roldanas colocadas en lo alto de un acantilado y cuyos cables eran tirados desde la playa por batallones enteros. Luego, en las marchas por los arenales, cada pieza de artillería tenía que ser arrastrada hasta por dieciséis caballos. Bajo el sol abrasador los soldados caminaban jornadas completas con el agua racionada, a veces sin ella, respirando polvillo salitroso y destilando sudor como esponjas vivientes, los pies sangrantes y llevando a la espalda la mochila abrumadora. Difícil precisar cuántos sucumbieron de sed, insolación o locura. Vencidos por la fatiga, los menos resistentes botaban por el camino la muda de ropa y las mantas; pero del calor infernal pasaban al frío cruel de la noche, y entonces tenían que dormir enterrados en la arena. Y en tales condiciones, exhaustos, sedientos, cojos y atacados de diarrea, solían entrar en batalla sin descanso previo.

A raíz del desembarco en Pisagua primera operación anfibia en el mundo tocó a Ramón Dardignac pelear en el médano de Germanía y luego en el pajonal de Sama. Lo que su espada de samurai llevó a cabo en estos combates le valió dos de las once cintas de distinción que prendería en su pecho; y es de fama que nadie en esa contienda obtuvo tantas.

Convertido en ayudante de campo del general Baquedano, fue el encargado de reconocer al enemigo en los inicios de la batalla de Tacna, penetrando tres veces bajo el fuego de las vanguardias bolivianas. Escribió después que había hecho «bien poca cosa», porque soportando los agudos dolores de sus riñones enfermos, tuvo que permanecer inmóvil junto al General en Jefe durante el encuentro de ocho horas en que el ejército chileno se batió sin agua y con los cañones atascados en la arena. Cuanto pudo hacer el ayudante de campo, después de la victoria, fue tratar de impedir la repasada de los enemigos heridos; bárbaro desahogo que la soldadesca enfurecida consumó antes de que él interviniera.

En el asalto del Morro de Arica, ejecutado por dos regimientos que se mandaron solos para no compartir con otros la loca hazaña, el casi inválido Dardignac contribuyó con lo que pudo, cortando la retirada de los fugitivos a la cabeza de cincuenta carabineros de Yungay.

En carta a Elvira había dicho: «Las presillas de sargento mayor yo las sabré conquistar». Y las conquistó después de Arica por su resolución de seguir en servicio cuando debía estar en el hospital.

Y obtuvo más. Al preparar Baquedano la embestida final contra Lima, con veintisiete mil hombres, el mayor Dardignac fue promovido a segundo jefe del batallón Caupolicán. A los treinta y un años había rehecho su carrera, alcanzando y hasta aventajando a oficiales de su antigüedad que le dejaron atrás a consecuencia de su expulsión.

Entonces el valiente escribió:

«En la última jornada quiero que todo el Ejército vea cómo se bate Dardignac adelante de sus soldados».

Y en la postrera carta a la esposa, escrita horas antes de ponerse en marcha, habla de «la aspiración innata del soldado chileno de buscar el peligro en vez de rehuirlo...».

Lo que sucedió a partir de entonces lo supo Elvira Castro a través de los telegramas de los diarios y por los partes oficiales del Comando en Jefe.

Tocó al batallón Caupolicán atacar la última trinchera invicta en la batalla decisiva de Miraflores. Era una posición armada de cañones y fuertemente protegida por fusileros. Para llegar hasta ella debían recorrer un kilómetro bajo el fuego de balas y granadas del fuerte. Extenuado por el dolor de su enfermedad, Dardignac se apeó del caballo y luego de arengar a su tropa caminó junto al comandante Canto, su jefe inmediato, a través de los potreros sembrados de alfalfa y plantíos de camotes. Tardaron dos horas en saltar, rodear o perforar las tapias, fosos, puertas, alambradas y tranqueras que obstaculizaban el paso. Las minas explosivas causaban espantosa mortandad. Una bala como de advertencia rompió una manga de la guerrera del segundo jefe, sin herirle. Estaba ya a veinte metros de la fortificación, encabezando a un puñado de sobrevivientes, cuando al dar la orden de rodear la trinchera fue alcanzado por el disparo de un fugitivo. Rodó por tierra con la pierna derecha destrozada. Gritó:

-¡Me han herido! ¡Adelante!...

Mientras que a través del humo divisaba en lontananza las torres de Lima, tal como lo viera en sueños...

Conducido al hospital de sangre de Chorrillos, el héroe fue dado de baja con diagnóstico grave, e inmediatamente embarcado en el transporte Itata con destino a Valparaíso.

El lento viaje dio tiempo a que la gangrena hiciera presa en su organismo. Le fue amputada la pierna en el hospital de la Providencia y sobrevivió ocho días en medio de horribles padecimientos. Su cuerpo deshecho por la fiebre apenas abultaba debajo de la sábana. En su libreta de notas encontró la viuda lo que escribiera cinco años atrás en prisión:

«Mi dulce hijita, sólo hoy, doce días después de tu nacimiento, he tenido la indescriptible dicha de verte...».

Todo un militar: Don Pedro Lagos

Como en la Francia de Napoleón, en Chile un marinero o un soldado pueden llegar a convertirse en oficiales, si son capaces, y alcanzar altos grados del escalafón. Esta puerta abierta es antigua: el general Lagos, héroe de la Guerra del 79, probaba con su hoja de servicios que había empezado desde cabo. Podría objetarse que es un caso raro y que este hombre nació dotado de todas las virtudes requeridas para distinguirse en la milicia; pero queda en pie que es posible en nuestro ejército ascender desde la base a la cumbre, sin necesidad de liquidar a la oficialidad, como en ciertas revoluciones modernas, sino por la sola fuerza del mérito.

Hijo de un pequeño agricultor que cosechó quince hijos en dos matrimonios, el joven Pedro Lagos Marchant no tuvo recursos para ingresar a la Academia Militar. Había nacido en la subdelegación de Nebuco, cerca de Chillán, y fue traído a Santiago por un hermano sacerdote que obtuvo del general Aldunate su matrícula en la Escuela de Cabos. Tres años después egresaba con calificación óptima, y a la vuelta de otro año ya había dado el salto a teniente. Con todo lo que estudiaba, la mitad de su ciencia iba a adquirirla en la escuela práctica de los combates, porque le tocó expedirse en una época en que Chile olía a pólvora. Desde 1811 has 1891 este país tuvo cuatro guerras internacionales y otras tantas guerra civiles, sin contar la guerra permanente de Arauco. A partir de entonces los chilenos dialogan; y la diferencia entre ambos métodos radica en que disparando balas ganamos la independencia y conquistamos las salitreras, y disparando palabras perdimos la Patagonia. Un hado infalible favorece a este pueblo cuando se juega su destino con resolución viril, aún en empresas fantásticas y locas; misterio que O'Higgins y Portales descubrieron con su instinto poderoso y nos legaron como enseñanza y mandato. Y don Pedro Lagos había nacido en 1832, en plena hazaña portaliana, y su cuna chillaneja era casi vecina de la del Padre de la Patria...

Tenía la estatura de un Hércules, y con todo el blanco que presentaba, la metralla que rodeó su vida no lo tocó, pasándole por encima y por los lados como a un invulnerable combatiente de sueño. Quizá él mismo no sabía al final en cuántas refriegas épicas anduvo metido. Se bautizó a fuego en el sitio de la Serena, en la contienda intestina de 1851, cuando aún no cumplía los veinte años. A los veintidós ya era capitán y servía en el batallón 4º de línea destacado en la Frontera, que llegó a mandar como jefe. Por segunda vez salió en defensa de la Constitución con motivo de la lucha civil de 1859. Su extraordinaria eficiencia le hizo alcanzar el grado de teniente coronel a una edad en que casi nadie llega a esa altura. Intempestivamente abandonó el servicio activo, molesto por el clima de intrigas y sospechas políticas que envolvía a los militares, y se instaló en Nebuco a trabajar la heredad familiar.

Parecía alejado para siempre de las filas, cuando resonó el clarín de la guerra del Pacífico. De manera espontanea acudió a ofrecer su experiencia y recibió la misión de organizar un regimiento con la recluta de los suburbios de la capital. El conflicto había sorprendido a Chile sin resolver la pacificación de la Araucanía y con la Escuela Militar y la Fábrica de Cartuchos cerradas desde tres años atrás, y contaba con 2.400 soldados entrenados cuando Perú y Bolivia reunían 10.000. A la escasez de armamento se sumaba la peor de las

angustias: la crisis económica, ese factor que por sí solo puede dejar a un país militarmente indefenso. Nada más que un prodigio a lo Portales podía hacer frente a los gastos gigantescos del rearme y la movilización masiva. Los contemporáneos lo creyeron imposible, pero el presidente Pinto y el ministro Augusto Matte supieron cómo hacerlo, llegando a armar a cuarenta mil hombres y a financiar la guerra sin crear un impuesto ni recurrir a empréstitos exteriores.

Del flamante regimiento Santiago, formado por Lagos, dijo Vicuña Mackenna que era «el más formidable cuerpo de línea de nueva creación que ha paseado su bandera por los médanos y las montañas del Perú». Su incomparable disciplina le valió al organizador y comandante la promoción a coronel y el nombramiento de jefe del Estado Mayor. Pero el choque de su arrogancia con la intransigencia del general Escala produjo el cortocircuito que dejó a éste separado del mando y al coronel Lagos dimitido y de vuelta en Chillán.

Por segunda vez parecía malograda la carrera del mejor dotado oficial del Ejército, cuando un telegrama de Baquedano lo hizo retornar al frente para dar por fin la medida cabal de su capacidad.

Tuvo que contentarse ahora con el puesto de subalterno de primer ayudante del General en Jefe. Poca cosa para él, ¿pero no conquistó Prat la más alta gloria utilizando un buque inservible? Todo depende de uno, y esto fue lo que Lagos se propuso confirmar. De entrada, probó que era infatigable. Llegó a decirse que dormía sobre el caballo. Después de reconocer al enemigo en las cercanías de Tacna, se dirigió al campamento de Yaras, donde acababa de fallecer el Ministro Sotomayor; de allí partió escoltando sus restos hasta la caleta de Ite; y desde ese punto cruzó otra vez a la cabeza de un regimiento de cazadores completando en tres días y noches un recorrido de seiscientos kilómetros por el desierto, para llegar a Tacna horas antes de romperse el fuego y casi sin haber pegado los ojos. Cuando lo creían exhausto y durmiendo a pierna suelta, entró en batalla ejecutando la proeza famosa de sacar un cañón atascado en el arenal, el que ató con un lazo hecho firme a la cincha de su silla para arrastrarlo hasta una loma. Pero en Tacna exhibió algo más que su vigor titánico: demostró que era capaz de trocar en victoria una derrota casi consumada. Habiendo llegado una vanguardia chilena a media cuadra de las posiciones Perú-bolivianas, se agotaron sus municiones y quedó la infantería inerme bajo el fuego graneado de las trincheras, mientras los carros portadores de proyectiles permanecían pegados en la arena. Cuando se ordenó transportar los cajones a lomo de mula, descubrieron que sus tapas estaban atornilladas, y entretanto la vanguardia acribillada retrocedía en desorden, las granadas de la artillería caían en suelo blando sin estallar y el comandante Yávar, sublevado contra el civil Vergara, se negaba a atacar con sus jinetes sin orden directa del general. En esos momentos de total confusión fue cuando Lagos intervino como brazo derecho de Baquedano para conjurar el pánico y rehacer la batalla. Su primer acierto consistió en lanzar toda la caballería al ataque: pululante turbonada de sablazos que dio tiempo a reaprovisionar a la infantería vaciando las cartucheras de los caídos y haciendo saltar a culatazos las tapas de los cajones de municiones. Reorganizados en cuadros de resistencia, los batallones lograron contener a bala y bayoneta el avance aliado, mientras que Lagos, tomando en persona el mando de una División, caía como un torrente sobre el centro y la izquierda del enemigo. Esta embestida desesperada hizo subir al veinte por

ciento las bajas chilenas, y el batallón Atacama perdió la mitad de sus hombres; tal fue el costo de tomar Tacna y de eliminar a Bolivia de la guerra.

Así ganó don Pedro Lagos el derecho a dirigir días después el asalto del Morro de Arica. Este diamante de la historia militar fue obra exclusiva de su genio original, mezcla feliz de astucia y audacia, y lo que hizo de él la figura legendaria del Ejército. Para atacar esa fortaleza natural defendida por siete bastiones equipados con diecisiete cañones, tres kilómetros de parapetos, minas explosivas y dos mil soldados, el coronel Lagos disponía de tres regimientos de infantería municionados con sólo ciento cincuenta tiros por hombre, suficientes para combatir noventa minutos. Algo parecido a un suicidio o a un acto de locura, porque el Morro a simple vista era inexpugnable y los observadores neutrales calculaban que con fuerzas abrumadoras podría tal vez tomársele en una o dos semanas... Para desconcertar a Bolognesi acerca de por dónde atacaría, bombardeó la víspera los fuertes del norte y oriente, los que de inmediato el peruano mandó reforzar a expensas de los que su contrincante quería tomarse. Viendo que ni el Buin ni el 3.º de línea aceptaban quedarse en la reserva, don Pedro zanjó la cuestión como sólo a él podía ocurrírsele: ¡al cara o sello! Ganó el 3.º, y al alba despachó a este cuerpo a atacar el fuerte Ciudadela, mientras el 4.º de línea marchaba contra el del Este. El desayuno tendrían que conseguírselo en la plazoleta del Morro, si eran capaces de llegar arriba; como aperitivo les habían dado la chupilca del diablo, hecha de aguardiente con pólvora... Para engañar de nuevo a Bolognesi, Lagos dejó encendidas las fogatas del vivac. La voladura del polvorín del Ciudadela delató el comienzo del combate cuando Bolognesi ya no tenía tiempo de trasladar refuerzos a la cima. Su suprema esperanza eran las minas explosivas de que estaban sembrados los senderos y laderas; pero la mortandad causada por ellas cegó de furor a los atacantes y convirtió la repechada en tarea de exterminio a la bayoneta. Tomados los fuertes auxiliares, los dos regimientos hicieron caso omiso de la orden de esperar al Buin para dar unidos el ataque final; siguieron de largo sin escuchar cornetas ni gritos, siguieron sin jefes, porque el comandante San Martín cayó herido de muerte y su reemplazante fue pasado a llevar. Era una horda de bárbaros que trepaban pisando la dinamita, vociferando, deshaciendo a cuchilladas los parapetos de arena ensacada y saltando por encima de las trincheras. Así se explica que casi nadie escapara vivo en la plazoleta, ni Bolognesi, que debió ser respetado, ni los heridos y rendidos; y se comprende que la bandera chilena haya aparecido en el mástil de la fortaleza a los cincuenta y cinco minutos de haberse asaltado los fuertes menores.

Arica explica a su vez el inmenso esfuerzo desplegado por el dictador Piérola para defender Lima. Treinta y dos mil hombres y doscientos cañones esperaron la embestida emplazados en Chorrillos y Miraflores, protegidos por parapetos de cinco metros de espesor, fosos de siete metros de ancho y tres de profundidad, llenos de agua, y los conocidos regueros de dinamita que explotaban al pisar sus detonadores ocultos bajo la arena. Todo ello a dos pasos de los recursos logísticos de la ciudad y con su fácil transporte por ferrocarril. Visitando estas colosales defensas, el almirante francés Du Petit Thouars opinó: «No hay ejército que pueda tomar esto». El resultado de Chorrillos probó que estaba en el error. Entre esa batalla y la de Miraflores, el coronel Lagos vigiló como un centinela. Dormía a la intemperie y al pie de su caballo, que para eso había sido cabo. Como todo lo preveía, mandó incendiar el vecino balneario elegante de Barranco para impedir que la soldadesca saqueara las cantinas y se embriagara como sucedió en Chorrillos. Aunque llano y bromista

en el vivac, no toleraba en el servicio la más leve falta. A un oficial que llegó con pliegos de Baquedano y permaneció sin desmontarse, estando él a pie, le dijo que no lo conocía; y se lo repitió hasta que el subalterno comprendió y se apeó de la montura. Mandando la Tercera División, ya con rango de general, le tocó resistir con sólo cuatro mil hombres la inesperada ruptura del fuego, consecuencia del imprudente reconocimiento de Baquedano a tiro de honda del enemigo, y antes de saber si el Gobierno limeño aceptaba el armisticio propuesto por el Cuerpo Diplomático. Mientras las otras dos Divisiones se reponían de la sorpresa y acudían en su auxilio, la de Lagos se aguantó «como una muralla de cal y canto contra todo el Ejército peruano», al decir de Vicuña Mackenna. Una hora permaneció el gigante dirigiendo la acción a la sombra de una higuera cuyas hojas arrancadas por las balas le caían sobre el quepis y los hombros. Alguien preguntó después:

-¿Por qué ese árbol no fue un laurel?...

Su estoicismo aprendido en Arauco dio tiempo a que el resto de las tropas, e incluso la artillería de la escuadra, se unieran al estruendo grandioso que sacudía las ventanas de Lima y enrojeció de sangre el agua de acequias y fosos para abrochar la victoria.

Muy justo, pues, que el artífice de tres batallas, el virtual vencedor de la guerra, haya recibido la Jefatura del Ejército en los comienzos de la ocupación de la capital peruana.

Con todo lo que había dado de sí, al partir de vuelta a la patria tuvo que pedir dinero prestado para pagar unas deudas y traer algún regalo a su esposa y a su hijita...

La gloria y el asombro que producía su presencia no hicieron mella en su sencillez de campesino de Nebuco. Siendo Comandante General de Armas de Santiago le tocó asistir con su amigo Vicuña Mackenna a la inauguración de la nueva Recoleta Dominica. Al ver acercarse al sacristán con el cepillo de las limosnas, susurró al oído del escritor:

-Nosotros, compañero, damos lo que podemos. Usted habrá dado su tinta, yo voy a dar un poco de pólvora.

Y se oyó del lado de la calle una atronadora descarga de fusilería.

Fusiles al hombro

«Voy al encuentro de las balas enemigas, ¿pero por qué pensar que alguna ellas puede alcanzarme a mí?»...

Así podemos interpretar el sentir de Arturo Benavides Santos, el estudiante de quince años que en los comienzos de la Guerra del Pacífico abandonó la Escuela Superior de Valparaíso para enrolarse como voluntario en el regimiento Lautaro. Cuando más tarde escribió sus recuerdos de combatiente, desde el título del libro expresó la genial despreocupación con que fue a jugarse la vida: Seis años de vacaciones. Para él no era otra cosa, que desde que ingresó al cuartel con un centenar de muchachitos que iban a cambiar el bolsón escolar por la mochila.

¡Qué emocionante el abrazo de la aventura! ¡Qué ejemplos de resolución y entusiasmo daba la juventud al llamado de los clarines! Un pariente suyo, Guillermo Gordon Valdés, dejó a su esposa en plena luna de miel para engrosar las filas espontáneas del Lautaro. Las damas de Quillota trabajaban día y noche confeccionando los escapularios de la Virgen del Carmen que luego obsequiarían al regimiento. Para que su experiencia fuese perfectamente romántica, Arturo Benavides flechó el corazón de una liceana de trece años «preciosa cual botón de rosas al comenzar a abrirse»; le declaró su amor paseando de uniforme por la plaza del pueblo, y al preguntarle si se acordaría de él en su ausencia, la niña contestó sin aliento:

-A toda hora, Arturo.

Quillota y enseguida Valparaíso, se volcaron a las calles para despedir a los guerreros que desfilaban bajo lluvias de flores y cantando la marcha Nos vamos al Perú. Seguía a la tropa un perro vago que se había aquerenciado en el cuartel y al que adoptaron como mascota del cuerpo. Acababa de ser capturado el Huáscar y reinaba en el puerto un loco júbilo patriótico. Mujeres disfrazadas de varones se introducían a bordo de los transportes. El soldado Benavides quedó apretujado entre sus compañeros en la toldilla del Toltén, vaporcito de ruedas característico de la confusión de buques de madera, blindados de último modelo, corbetas a vapor, veleros o pontones a remolque formaban los convoyes del 79. El hacinamiento humano era tal, en cubiertas, entrepuentes y bodegas, que en caso de incendio o naufragio en alta mar, ni la décima parte de los hombres podría ponerse en salvo. Haciendo de tripas corazón, el señor Benavides tartamudeó ante su hijo:

-Espero que cumplas siempre con tu deber..., aunque te cueste la vida.

La madre, con entereza estoica, entregó a Arturo un canasto con ropa, frutas y golosinas; luego se sentó a su lado en silencio, tomándole las manos y acariciándole los cabellos. Al despedirse, sin una lágrima, le dio este solo consejo:

-Tenle mucho miedo a las mujeres.

Los soldados de infantería cargaban un equipo de campaña cuyo peso era de veintiséis kilos. Llevaban un fusil Comblain y cien tiros en el cinturón-cartuchera. A la espalda portaban la manta y la frazada de dormir y un maletín cuyo contenido usual consistía en una muda de ropa interior, una servilleta, un peine, un cepillo, jabón, cigarrillos y fósforos. Del cuello sujeta con una correa, pendía la caramayola o cantimplora de aluminio para dos litros de agua, que por una de sus caras llevaba ajustado un plato y por debajo un vaso en forma de barquilla. Al quepis se agregaba un cubre-nuca de tela semejante al de la Legión

Extranjera. Este equipo pesaba tres kilos más que el del Ejército inglés; quizá por eso, el paso de marcha era de 61 centímetros, contra 75 del de la infantería francesa. El rancho era tan abundante y variado como podría recomendarlo un dietista militar moderno. En el morral no podían faltar el charqui, las tortillas, las cebollas, la harina tostada y el ají como ración básica. El costo de alimentar cada hombre, comprendidas la carne, los porotos, las conservas, el café con aguardiente y las frutas, era de cincuenta centavos diarios. Los soldados recibían un sueldo de once pesos mensuales; los capitanes, 95, los generales 900; lo que no era poco en tiempos en que el peso tenía un valor equivalente a cinco francos franceses... (M. Le León: Recuerdos de una misión en el Ejército chileno).

Teniendo por litera un bote salvavidas trincado sobre la borda, Arturo Benavides navegó hasta Antofagasta en placentero viaje. Las tropas tenían su campo de adiestramiento en el desierto mortal, donde los únicos vestigios de vida son los moluscos petrificados y donde el agua potable se vendía entonces a igual precio que el vino. Allí el soldado raso ascendió a cabo, y llegaría a Iquique promovido a sargento; un sargento tostado por el sol y endurecido en las caminatas de leguas envuelto en nubes de polvo sofocante. Imposible resumir sus vacaciones, porque el Lautaro fue el regimiento de más nutrida campaña, como que alcanzó hasta el lago Titicaca, y se contó entre los últimos que volvieron a la patria. Se hace necesario escoger una etapa de sus correrías, y ésta será la de Tarapacá, que se redujo a marchas y a ejercicios, porque las experiencias que el narrador recogió son de tal valor que no ceden en interés al relato mismo de las batallas.

Rara vez la historia oficial se detiene a referir cómo vivía y se acomodaba el soldado chileno en ese medio desconocido. Para eso están los memorialistas, los actores y testigos presenciales, y entre éstos el más fino cazador de menudencias fue el niño-sargento (y luego subteniente) Arturo Benavides Santos. Por él sabemos que en sus primeras noches en la pampa del Tamarugal, a raíz del desembarco en Iquique, los regimientos de la División pernoctaron en rucas formadas por costras de caliche que amontonaban a guisa de adobes; y anota que dentro de esos ásperos y fríos reparos «todos se manifestaban contentos». En Pacocha el alojamiento fue de lujo, toda vez que se hicieron uso de las casitas de calamina de los pescadores y de algunas tiendas de campaña; pero aquél era el cuartel general de las moscas y zancudos. A tal punto abundaban que para comer tenían que ir separándolos de la comida con los cubiertos; y pese a todo «ni la tropa ni los oficiales murmuraban, y todos procuraban mantener el buen humor».

Bajo el mando del bizarro coronel Orozimbo Barbosa, los hombres del Lautaro afrontaban con paciencia los rigores del desierto, cuyo paisaje de estrella apagada «oprimía el ánimo e infundía pavor» y cuyo suelo arenoso «no se podía tocar: quemaba». En ese ambiente aplastante los soldados cumplían faenas de esclavos egipcios cuando la artillería se atascaba en las faldas de los cerros con sus caballos blancos metidos en el polvo hasta la panza. No había otra manera de mover los cañones que arrastrándolos a pulso entre cuadrilla de individuos, sobre senderos de sacos vacíos colocados a modo de rieles para que pudiesen rodar cuesta arriba.

Era durante esos forcejeos heroicos, o en las marchas con el equipo de veintiséis kilos sobre el cuerpo, cuando el tormento de la sed ponía a prueba la resistencia y la disciplina de la

hueste. Para refrescar la boca reseca algunos se introducían una bala de fusil bajo la lengua; otros, al borde de la locura, se bebían su propia orina. Cuenta el autor:

«Yo intenté también hacerlo, agregándole un trozo de chancaca que pacientemente disolví; pero no pude beber, pues al intentarlo me dieron náuseas. Un soldado me la pidió, y como si hubiera sido cristalina y fresca agua, con ansias se la bebió».

Al final de la jornada el descanso consistía en dormir a cielo raso, tiritando, abrazados al rifle y a los recuerdos del hogar.

Estas penalidades, podemos presumirlo, han debido ser más crueles que las de los combates, donde el furor de la pelea ahoga cualquier otro sentimiento y donde al menos espejea la quimera de la gloria... Pero en lo más duro de aquellos padecimientos brillaban de pronto los gestos de generosidad y compañerismo, virtudes cristianas capaces de levantar la moral y rehacer las fuerzas de un guiñapo humano. Tal el caso del capitán José Miguel Vargas, que en la travesía de Ite a Yaras cedió su caballo, quedándose a pie, para transportar en él los fusiles y mochilas de unos soldados rendidos de fatiga. Viendo que Benavides no podía dar un paso más, este oficial le dijo:

-Te vamos a hacer una ramadita para que no te dé el sol y puedas dormir, y en cuanto llegemos al valle te mandaré un caballo para que sigas la marcha.

«Con dos rifles y el mío -refiere el memorialista- hicieron un pabellón, le colocaron una frazada para hacer sombra, y con ternezas de madre me acomodaron en el improvisado refugio, y se alejaron».

Al encontrarse solo en la inmensidad de la pampa, el chiquillo de dieciséis años creyó morir de terror y lloró y rezó en alta voz por la salvación de su vida. Logró dormirse al fin «pensando en mi amada madre y en mi padre, hermanos y amigos»...

Al amanecer, despertado por el frío insoportable, divisó en lontananza dos jinetes que venían en su dirección. Temiendo fueran enemigos, cogió su arma y esperó con la bayoneta calada y la bala pasada... Cuando vio que eran compatriotas brincó de alegría y trató de caminar a su encuentro al reconocer a Barbosa y su asistente, a los que una casualidad les había hecho descubrirle. El coronel se apeó del caballo y le dio a beber unos sorbos de agua de su cantimplora; y observando su extremo estado de agotamiento le ayudó a montar al anca para llevarse al campamento de Baquedano. En el trayecto pernoctaron a la intemperie y Barbosa compartió con él su frazada, su tortilla al rescoldo y los últimos tragos de agua. Con jefes como éste, ¿podría perderse esa guerra?

Al reanudar la marcha, la claridad del alba les dejó ver un reguero de fusiles abandonados en el páramo. Mientras el asistente colocaba una banderola para que pudiesen ser encontrados y recogidos, don Orozimbo exclamó en un arranque de varonil ternura:

-¡Pobrecitos! ¡Cómo sería la sed que tenían cuando botaron hasta los rifles!

Al llegar al campamento de Yaras supieron que dos de aquellos infelices se habían suicidado. Pero todas las penurias ajenas y propias las olvidó Benavides durmiendo a pierna suelta a la sombra de los árboles del oasis, retozando en los remansos del río Sama y hartándose en la mesa del capitán Vargas, que lo invitó a una merienda de cazuela de cerdo, carne asada, camotes y verduras. Viniera lo que viniera después, éstas eran las más dichosas vacaciones que podían concebirse. Sólo faltaba el tabaco, y por eso, cuando el coronel Castro apareció fumando cigarros puros, los hombres del 3.º de línea le escoltaban en sus paseos para disfrutar del aroma del habano y rifar después la colilla.

En las horas libres Yaras cobraba la animación de un campo de excursionistas, y a la vez de una feria, cuando los mercaderes que seguían al Ejército montaban su teatro de títeres o desplegaban sus mostradores portátiles repletos de baratijas, comestibles y juegos de azar. En vísperas de partir al asalto de Tacna, el general Baquedano y el ministro Sotomayor fomentaban las expansiones ingenuas de la tropa como un sedante de sus nervios. A orillas del río, los ordenanzas y las cantineras libraban batalla con la plaga de piojos que habían proliferado en las ropas, y batallones enteros se paseaban entretanto en paños menores o desnudos. Debajo de un algodonero, el capellán Eduardo Fabres confesaba de la mañana a la noche. Utilizando un tambor como escritorio el sargento Benavides se hacía dictar la correspondencia de los soldados analfabetos. Uno de ellos le mandaba a decir a su madre:

«Si en la batalla que vamos a tener a lo largo, sepa mamita que pa'usté será mi último pensamiento y que al dar la última boquiá tendré bien agarrao el capulario de la Virgen del Carme como me lo ha recomendado, pa de un salto treparme al cielo».

Otra carta fue dictada en estos términos:

«Juanita: Si muero le encargo que quiera y cuide a mi mamita; y si libro en cuanto llegue al sure me caso con usted como se lo ai prometió».

Sólo él, el escribiente Benavides, no tenía una prenda a quien escribir en vísperas de ir a enfrentar la metralla. La colegiala de Quillota «preciosa cual botón de rosa al comenzar a abrirse», había fallecido mientras su amado cruzaba el desierto recordándola.

Los que iban a la guerra

Nadie puede predecir el comportamiento de una sociedad enfrentada a un trance crucial de su historia. En 1878 Vicuña Mackenna se preguntaba con preocupación qué suerte esperaba a los chilenos, hundidos por entonces en una de las peores crisis económicas y morales de que había recuerdo en el país. Un año después, el acicate de un conflicto bélico imprevisto, que los pilló desarmados, produjo el milagro de resolución viril, patriotismo y coraje que llamamos la Guerra del Pacífico. Las virtudes cívicas de los tiempos de Portales y Bulnes estaban dormidas, pero intactas, y despertaron como a efecto de una campana tocando a rebato. El descubrimiento del Tratado secreto Perú-boliviano es el hecho que más poderosamente ha coexionado y enardecido a este pueblo de espíritu pacifista y nervios fríos. Nunca, hasta esa fecha, se había visto a los estudiantes abandonar el hogar para correr a los cuarteles. Muchedumbres de ciudadanos se enrolaron como voluntarios a medida que iba llegando el armamento. Un batallón desaparecido, el Carampangue, renació para acoger a la juventud santiaguina que dejaba el frac de los salones elegantes por el uniforme de guerrera azul y pantalón rojo. Un anciano coronel, don Tadeo Calderón, se alistó con sus cuatro hijos: Emilio, Juvenal, Arnaldo y Arturo; familia que no cupo en un solo y hubo de ser distribuida en el Santiago y el Cazadores. Cada provincia quiso tener el suyo propio, con su nombre inconfundible, para competir en ese torneo nacional de bravura. Discutiendo más tarde acerca de cuál había merecido las palmas del sacrificio, los sobrevivientes del batallón Atacama alegaban que en una sola batalla cayó la mitad de los suyos; y señalaban al carretonero Juan Portilla, alias el Aportillado, que en Dolores recibió cuatro heridas «mortales» y en Tacna perdió un ojo y la dentadura, salió con una mano destrozada y el cuerpo atravesado de parte a parte por una bala, ¡y seguía vivo!

Los historiadores dan una visión como deshumanizada de los hermosos horrores bélicos. Para penetrar en su emoción verdadera y en su colorido, esto es, para sentir la guerra, es menester recurrir a los testimonios de los combatientes que escribieron su crónica a la sombra de la tienda de campaña y apoyando el papel en una caja de municiones. El mejor libro de Vicuña Mackenna o Gonzalo Bulnes no tiene el sabor ni la autenticidad del rústico relato de Hipólito Gutiérrez, el campesino de Ñuble que se enroló con su compañero Sandoval en el batallón Chillán, del comandante Vargas Pinochet «para morir o vencer por nuestra bandera chilena». Su crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico lleva aparejado el aliño insustituible del lenguaje y la ortografía populares; algo imposible de escribir por quien no fuera un peón de ojotas y que sintió los proyectiles casi afeitándole la barba.

Refiere Hipólito Gutiérrez que fue a la guerra por gusto, y textualmente dice que en la «máquina» (el tren) iban los de Chillán «cantando y bailando de contentos. Los parecía que íbamos a una fiesta». Eran hombres protegidos del miedo por una filosofía que el narrador expresa así:

-Nadien muere mientras no se le llegue la hora ni unque andemos dentre las balas.

Iban felices, dándose pisto en las estaciones y en los puertos, con buena comida y veinte centavos diarios para sus gastos personales.

Empezó la cosa a ponérseles fea al internarse por el desierto después del desembarco en la costa de Tarapacá:

«Tantísimos arenales que en vez de caminar para adelante, para atrás, para atrás».

«No los conocíamos unos con otros con las caras mortales llenas de tierra, el caliche que volaba por el sudor de la marcha».

«Ya yo no podía andar de los pies todos hechos pedazos de empollas y mi compañero Sandoval lo mismo pero iba mejor que yo».

«Estaba la arena como rescoldo, ya me boté a la larga (...) lo mismo que un bruto cargado, y el sol que me quemaba vivo. Vienen pasando un capitán y un subteniente y les oía una voz que dijeron:

-¿Qué estás haciendo ahí hombre, al sol, que te puedes morir ahí sin amparo ninguna?

-Mi capitán, ya no puedo más de los pies hechos pedazos.

-Levántate no más y vamos andando, que ya vamos a llegar ya.

Me levanté y seguí a más no poder, cuase sin vía y sin alientos».

Eso le sucedió en la marcha de casi setenta kilómetros de Pozo Almonte a Dibujo. Para ir desde allí hasta Dolores tuvieron que pasar por San Francisco, y «esos campos estaban muy fétidos de tantos cuerpos que habían de las batallas; estaban enterrados, pero estaba el campo muy fuerte».

Al llegar a Dolores iban quejándose de tercianas «sentaría y arrea» y recordando a los muertos abandonados por el camino. Para entretener el hambre en la caminata llevaban charqui y pan en el morral, que les pesaba como si llevaran una casa a la espalda. El tabaco no se merecía, muy escaso, que por un solo cigarro se daba veinte centavos; los muy tabaqueros tenían que pitar hojas de algodón; ¡qué gusto tendrían!

De Jaspampa a Pisagua viajaron en tren, lo que casi era peor que ir a pie:

-Salimos por unos cerros y quebradas que daba medio de tantas curvias para allá y para acá la línea que temíamos del que se desrilara la máquina, por ahí no se merecían casas, unos peladeros eternos que no se merecían árboles ni pastos sinó que cerros, arenas y piedras no más...

Mientras el Chillán iba y venía por los páramos, en San Felipe se preparaba el Carampangue, que se llamó Esmeralda en honor al combate del 21 de mayo y que hoy conocemos como el Séptimo de Línea. Entre sus oficiales se contaban los jóvenes José María Pinto, hijo del Presidente de la República, Florencio Baeza, Eduardo Lecaros, Rafael Ovalle, Patricio Larraín Alcalde, Ignacio Carrera Pinto y el subteniente voluntario como los demás Alberto del Solar, a quien seguiremos como autor del Diario de Campaña. Muchacho de veinte años, educado en el mejor colegio de Valparaíso y futuro diplomático en París, Del Solar se había contagiado del delirante entusiasmo que suscito en Santiago la lectura del acta de declaración de guerra por un funcionario que recorría las calles seguido de una patrulla militar. En su precioso libro recuerda que los balcones de las casas lucían embanderados mientras que los pasajeros de coches y tranvías agitaban sus sombreros por las ventanillas y cambiaban gritos y ¡vivas! con la multitud arremolinada en las aceras y donde fraternizaban ponchos, levitas, chupallas y capotas de seda. El batallón de la juventud dorada llevaba por jefe al septuagenario coronel Amengual, que había perdido un brazo en la guerra de cuarenta años atrás. Bajo su duro mando, los niños bien supieron lo que era la disciplina de un ejército en campaña. La desertión se castigaba con la pena de muerte y las faltas menores con azotes. Al todavía bisoño Del Solar le tocó presenciar los cincuenta varillazos al son de cada administrador, a un soldado acusado de ebriedad:

«Los lastimeros quejidos del infeliz dejaban impasibles a cabos y sargentos, habituados ya a tal espectáculo, a la vez que hacían estremecer las más delicadas cuerdas de mis sentimientos compasivos».

Desde Antofagasta, adonde el Séptimo de Línea avanzó para completar su entrenamiento, divisaron un día sus oficiales, a través de los largavistas, al Huáscar y la Unión navegando hacia el norte perseguidos por la escuadra chilena. Horas después se oyeron los ecos de los cañonazos de Punta Angamos, el magistral combate en donde el Cochrane impactó al Huáscar en todos los puntos vitales, sin hundirlo, para apoderarse de él y despejar el mar a los transportes de tropas que invadirían el Perú. Cuando «un pueblo entero, una muchedumbre frenética se agolpaba en el muelle para recibir al bravo Latorre y sus compañeros de triunfo».

El batallón del manco Amengual se sentía frustrado hasta entonces por habersele mantenido en la reserva. No participó en el asalto de Pisagua, y al desembarcar en Iquique encontró la ciudad desguarnecida y la ocupó con el aplauso de los comerciantes chinos y de las prostitutas chilenas. Una de estas «la linda, picaresca, vivaracha y provocativa Anita Buendía», de dieciocho años, llevaba ese apellido postizo por sus íntimas relaciones con el general en jefe peruano. Nunca se sabrá si ejerció el espionaje, pero es fama que en Lima atribuían las derrotas de Buendía a su desgaste físico y pérdida de tiempo en los brazos de esta vampiresa cuyo nombre verdadero se desconoce. Entre tanto «nuestro único anhelo era divisar por fin los uniformes enemigos», y la inacción ponía la disciplina en peligro pese al rigor de la jefatura y a la sólida autoridad de don Patricio Lynch en el gobierno de ocupación en Tarapacá. A causa de un conato de motín bajo pretexto de la mala comida, el

soldado Francisco Canchú se ganó cien azotes y cincuenta de yapa por refunfuñar que ajustaría cuentas con el subteniente Futrecito.

Aun sabiendo lo que era el desierto, el día de la partida les pareció que salían de vacaciones. Pronto observaron que andaban y andaban y no les cundía «porque cada paso que se da sobre la arena profunda y movediza equivale sólo a medio paso sobre terreno firme, a causa de que el pie resbala hacia atrás». Ya lo había dicho Hipólito Gutiérrez:

-En vez de caminar para adelante, para atrás, para atrás...

Supieron también lo que era la sed, llevando en la caramayola para unos sorbos de agua calentada por el sol y que no se atrevían a beber por haberse agotado la reserva. Hubo infelices que cayeron de bruces en la búsqueda instintiva de una humedad inexistente; los hubo que enloquecieron y murieron... Así se comprende la desatada alegría que provocó el arribo al oasis de Locumba, donde de comandante a corneta se arrojaron al río de cabeza junto con los animales de carga para beber y mojarse entre rugidos de placer; luego vino la tarea de matar el hambre devorando como langostas los plátanos, chirimoyas, cocos, guayabas y racimos de uva de ese paraíso, mientras los caballos se revolcaban en la alfalfa entre salvajes relinchos de contento...

El otro oasis que buscaban, el de pólvora y sangre, les esperaba a las puertas de Tacna. Y recordando esta batalla de estreno, Del Solar quiso contar lo que se experimenta ante el primer cañonazo del enemigo:

«Al ver desprenderse el penacho de humo, apenas tuvimos tiempo de inclinar la cabeza, alzando los hombros con ese movimiento peculiar del que siente que algo se le viene encima. Antes de que se oyese el estampido, ya el proyectil pasaba silbando con ruido infernal por encima de nuestras filas y, describiendo una curva acentuada, iba a estallar en mil pedazos a cincuenta metros de distancia y haciendo un torbellino de cascos, fuego y humo, mezclados con el polvo de la arena».

Saludaron el bombazo con vivas a Chile y lanzando los quepis al aire, pero quedaron pálidos, y él sintió algo parecido al miedo... Así comenzó el homérico encuentro de nueve horas, que el gañán Gutiérrez describe cómo hablando:

«Tuvimos que correr como legua y media para llegar adonde las trincheras de los enemigos, ya íbamos cuase muertos de cansados caéndose algunos de cansados. Cuando ellos los vieron que ya nosotros íbamos de frente se pasaban unos de a caballo por encima del alto allá y para acá, que el ejército de ellos no lo víamos porque está en el bajo de la loma... y han rompido el fuego y nosotros que vamos distante cuatro cuabras las balas los venían a caer todas a nosotros que los tapaban de balas, esta no es ponderación, y correr que era bueno para ailante sin tirar ningún tiro nosotros y los compañeros caendo ailante y al costado de nosotros... y correr por una cuesta por la derecha a rodiarlos íbamos nosotros y el Esmeralda, y llegamos al borde de un cerrito y hemos visto aquel campamento tan

grande denemigos... y rompimos los fuegos... y los rodíamos... Y así seguimos peliando y las balas que les caían como cuando llueve granizo y los compañeros caendo a más y mejor... Era tanto el cerramiento de las balas que a mí me pasaban de entre las piernas, por los sentidos, pero nada de temor, me parecía que era una fiesta ora una travesura».

De tanto correr y animar a la tropa, el subteniente Del Solar cayó exhausto en una zanja. Recobró el conocimiento en los brazos de un soldado que le daba agua de su caramayola. Era Francisco Canchú, el amotinado que prometiera vengarse de él a raíz de los azotes que hizo darle en Iquique...

Tacna recibió a los vencedores con el señorío del que se traga su amargura. En los hospitales de sangre las damas socorrían por igual a peruanos y chilenos. Paseando por la plaza. Del Solar vio cuando el alegre Ignacio Carrera Pinto, apodado el Mocho, ofrecía una flor a una hermosa muchacha.

-Será robada, porque ustedes son unos ladrones -dijo ella.

A lo que él contestó:

-Si somos ladrones ¿cómo no nos hemos robado el oro de esas lindas trenzas...

Terminaron haciéndose amigos. Si hubo algo serio entre ambos, ¿cómo habrá recibido ella, más tarde, la noticia de lo ocurrido en La Concepción?

Describiendo la batalla final de Miraflores, coinciden los dos cronistas en referirse al misterioso arco iris que ambos vieron desplegarse entre la Tablada y los escombros humeantes de Chorrillos. Adecuado símbolo del fin de la tormenta... Pero es el ignaro peón chillanejo quien halló la frase feliz para abrochar su narración al evocar la salida de Lima en el viaje de regreso a la patria:

«¡Qué gozo, qué contento que los ibíamos para nuestro verde Chile y florecidos campos!».

A guerra a mano limpia

No sé quién, no sé cuándo, acuñó esta frase:

«En la guerra del 79 murieron todos los chilenos valientes y todos los peruanos cobardes».

Frase no muy exacta, pues nunca han sido cobardes los peruanos. Léanse los documentos oficiales contemporáneos, léanse las memorias de los combatientes Benavides, Del Solar, Gutiérrez y se verá que los soldados enemigos pelearon como leones. Perdieron por la ineptitud de sus gobernantes, por la irresponsabilidad de la clase dirigente y la corrupción de los jefes militares, que llevaban el uniforme para obtener privilegios, propiedades, mansiones y carruajes. Perdieron también porque la jefatura decadente optó por la estrategia cómoda, esperando al invasor detrás de sus parapetos, táctica funesta que Napoleón desahució con su aforismo: «La mejor defensa es el ataque», y San Martín confirmó con sus ordenanzas: «Defenderse atacando».

Don Gonzalo Bulnes, nuestro especializado historiador militar, propuso otra clave del desenlace de la contienda: «Lo que venció al Perú fue la superioridad de una Historia»: Juicio certero porque al Perú desmoralizado, anarquizado por los caudillos y saqueado desde dentro se opuso un Chile invicto y de rica tradición en empresas de aventura, un país con sus reservas morales intactas, con su aristocracia patriota y sobria, su pueblo orgulloso, sus colegiales que asediaban los cuarteles para alistarse, sus damas que entregaban las joyas al Gobierno, sus cantineras que peleaban como varones y sus militares formados en la escuela del sacrificio y la disciplina mandados por un Baquedano de vida intachable y modesta y heredero del coraje de O'Higgins.

Sabiéndose inferiores en número, en riqueza y armamentos ante el doble y preparado enemigo, los chilenos se dieron cuenta de que iban a la derrota si no ponían en juego la suma de sus recursos humanos. Nada estuvo más lejos de su ánimo que menospreciar la capacidad bélica del Perú y su aliado y el desnudo de su gente, que tenía motivos tan respetables como la nuestra para tomar las armas. De no existir la clara idea de lo difícil que era el enfrentamiento, no se explicaría el aporte espontáneo, unánime y electrificante de la ciudadanía en esos momentos cruciales. Por fabulosa coincidencia el presidente Pinto rompió relaciones con Bolivia el 12 de febrero, aniversario de la batalla de Chacabuco, y declaró la guerra a la Alianza el 5 de abril, efemérides de la batalla de Maipú; y no hay duda de que esas fechas de gloria contribuyeron con su magia a enardecer el espíritu combativo.

Como en una Cruzada, todos quisieron participar, y de hecho tomaron parte hasta los que no podían empuñar el fusil. La fortuna, la generosidad, el ingenio y la audacia formaron el ejército de apoyo, sin armas ni banderas, que en las grandes movilizaciones puede no sólo ser útil, pero hasta decisivo. ¿No lo fue doña Isidora de Cousiño al ceder los barcos de la Compañía de Lota y todo el carbón que necesitara la escuadra? ¿No lo fue Eusebio Lillo al hacerse nombrar secretario en el buque insignia, previendo el efecto psicológico que la presencia del autor de la Canción Nacional produciría entre los marinos? A guisa de sable, don Benjamín Vicuña Mackenna cogió su pluma y dio comienzo a la más colosal campaña de prensa de que haya recuerdo, publicando a diario para acicatear a los directores de la guerra, para celebrar las victorias de tierra y mar, para homenajear a los héroes y mártires, para trazar la biografía de cada figura sobresaliente, fuesen generales o cornetas, almirantes

o grumetes; y junto al escritor combatía el orador hablando día a día en el Senado y hasta en los mítines patrióticos al pie de las estatuas; y esta actividad abrumadora todavía dejaba tiempo al investigador que reunía paquetes de documentos para escribir sobre la marcha la historia de la guerra en cinco mil páginas. Desde su Legación en París, el novelista Alberto Blest Gana cumplía la doble tarea de comprar cañones y fusiles, que despachaba eludiendo el control neutral, a la vez que vigilaba las adquisiciones navales del Perú detectando las maniobras de sus agentes en lugares tan distantes como el Havre, Tokio y Constantinopla. Este maravilloso servicio de inteligencia, en que le secundaban los funcionarios Morla, Lynch y Zañartu, permitió al Ministro de Chile desbaratar ante las Cancillerías la compra de los acorazados con que Grau habría podido destruir la escuadra chilena.

En esta División de guerreros desarmados cualquier hombre o mujer podía servir con el ejercicio de sus habilidades. La de Anita Buendía, prostituta de dieciocho años radicada en Iquique, consistió en ceñir entre sus lindos brazos al viejo y concupiscente general peruano de este apellido (que ella llevaba como apodo) para acabar en desgastarlo y hacerle descuidar sus deberes; y quién sabe si no ejerció también el espionaje.

Nunca se valorizará bastante el precioso concurso de los carreteros, burreros y baqueanos de la Pampa del Tamarugal, conocedores de las rutas del desierto, de sus oasis y depósitos de agua. La pericia de estos rústicos anónimos salvó de la muerte a batallones extraviados y enloquecidos por la sed, y los hubo que voluntariamente se asimilaron a las filas para acompañarlas hasta el fin de la campaña de Tarapacá.

En auxilio de un Ejército que carecía de adecuado servicio sanitario acudió la gente pudiente de Santiago abriendo hospitales de sangre que tampoco podía mantener el Estado. Uno entre muchos fue el que instaló la familia de don Domingo Matte en la calle Lira; otro, el de la calle Castro, cerca del Polvorín, que fundaron los filántropos Ramón Subercaseaux y Melchor Concha y Toro y cuya administración tomó a su cargo doña Luisa Vicuña Mackenna. Lo dotaron de cincuenta camas, farmacia y completo equipo de operaciones, y trabajaron en él, gratuitamente, los cirujanos Barros Borgoño, Valdivieso y Puelma Tupper. Los primeros heridos hospitalizados procedían del desembarco en Pisagua:

«A veces -cuenta Subercaseaux en sus Memorias- me tocaba pasar la mitad del día ayudando en las mesas de cirugía, sea teniendo el cloroformo, sea sujetando los cuerpos o miembros durante la amputación».

Esta magnífica obra humanitaria estuvo a punto de desaparecer cuando el vecino Polvorín voló remeciendo la ciudad y dejando el hospital con el techo hundido y las murallas agrietadas.

Si decenas de cirujanos entregaron su ciencia y su caridad en los pabellones de sangre, tres ingenieros partieron al frente con igual disposición altruista. Uno de ellos, Juan Agustín Cabrera, se encontraba en la bahía de Iquique tratando de conectar el cable submarino con los buques bloqueadores, cuando se produjo el combate del 21 de mayo y quedó atrapado a

bordo de la Esmeralda. Sobrevivió para escribir su insuperable crónica de testigo y actor de la epopeya. Su colega Federico Stuken se había embarcado en la fragata Elvira Álvarez, al ancla en Antofagasta, para transformarla por propia iniciativa en maestranza militar flotante. Era hijo de un alemán de Hamburgo y una chilena de Quillota y había estudiado mecánica y fundición en Alemania e Inglaterra hasta graduarse como ingeniero de máquinas. El afán de dominar su especialidad de alto abajo le llevó a contratarse como conductor de locomotoras en las montañas de Tarz. De regreso en Valparaíso creó la «Fundición Stuken & Chambery», de donde salieron cañones de gran calibre en los días del conflicto con España. En el Perú montó ingenios azucareros y fábricas de algodón. Fue autor de una Guía del Ingeniero Mecánico y estableció en Buin una industria de papel de estraza. De este próspero negocio se deshizo al estallar la guerra y después de proponer al Ministro en campaña su genial idea de la maestranza ambulante. En la cala del viejo buque instaló los tornos y fraguas con que se reparaban o reconstruían las armas, vehículos y piezas de artillería, ahorrándose las largas demoras de su envío a Valparaíso y el costo y los riesgos de la doble travesía marítima.

Nombrado comandante de ingenieros militares, vistió uniforme y con su velero llevado a remolque siguió al convoy de la expedición a Pisagua. En la caleta de Junín proveyó de agua a las fuerzas de desembarco de Lynch, refaccionando los estanques y cañerías destruidos por los aliados. Pero la fama de que goza proviene de su desempeño como ingeniero de ferrocarriles. La fertilidad de sus recursos hizo posible que el coronel Arístides Martínez realizara sobre ruedas su incursión de reconocimiento a Moquegua. Con dos destartaladas locomotoras que encontró y reacondicionó en la estación de Pacocha un par de trenes que dieron cabida a los quinientos expedicionarios del regimiento Lautaro y sus dos cañones volantes. Después de cortar el telégrafo, partió Stuken conduciendo en persona la primera de las máquinas. Como en Moquegua lo menos que se esperaba eran tropas chilenas, y precisamente en víspera del Año Nuevo, el vecindario las tomó por peruanas e invadió los andenes arrebatado de alegría, disputándose las mujeres entre sí por abrazar a los soldados. Al descubrirse la verdad, las que no arrancaron despavoridas cayeron desmayadas, y al propio coronel Martínez tocó socorrer a una que se desvaneció en sus brazos. Vuelta la calma a los ánimos, el nuevo año fue celebrado con decoro, dando tiempo a que el coronel recogiese la información que había ido a buscar.

En el viaje de regreso, sabotadores intentaron dejar a los trenes sin agua, inutilizando los estanques y bombas de las estaciones; y en una curva al borde del precipicio la locomotora del ingeniero descarriló al encontrar los rieles removidos. Percances de esta índole eran los que él sabía resolver, y el Lautaro volvió a la costa sano y salvo con apenas unas horas de retardo.

Con la misma facilidad con que reparaba y utilizaba los ferrocarriles del enemigo, los descomponía para que éste no pudiera servirse de ellos. Así lo hizo en Pacocha al volver del interior, llevándose las piezas vitales de las máquinas y los frenos de los vagones. La próxima vez que armó un convoy fue para contribuir tal vez de manera decisiva al resultado de la guerra. El hecho ocurrió al entrar al puente de Maquegua a raíz del combate de Los Ángeles. Su ojo vigilante divisó desde lejos unos bultos sospechosos colocados en la armazón metálica del viaducto. Detuvo la máquina a tiempo para evitar una catástrofe de consecuencias incalculables. Eran trece cajones de dinamita que debían detonar

automáticamente al paso del tren. Los desconectó y retiró por sus manos, con riesgo de la vida, salvando así la de los pasajeros, entre los que iban el Ministro Sotomayor, el comodoro Riveros y los generales Escala y Baquedano...

Esta intervención providencial de Stuken trae a la memoria al legendario Arturo Villarroel, que convirtió el manipuleo de explosivos en su virtuosa especialidad y pasó a la historia con el apodo de General Dinamita. Nacido a bordo de la goleta en que su padre transportaba madera de los aserraderos de Chiloé, desde la cuna parece marcado con el signo del trotamundos. Alternando sus estudios de ingeniería eléctrica con el afán de correr aventuras, Villarroel se buscó la vida en el Perú y acompañó al general Flores en su expedición a Ecuador, combatiendo con él en Guayaquil. Dedicado al comercio, viajó desde allí a Argentina, Brasil, Europa, China, México y California, donde experimentó el contagio de la fiebre del oro. Se repatrió a tiempo para encontrarse en el incendio de La Compañía y prestar socorro a las víctimas; y enseguida se contó entre los fundadores del Cuerpo de Bomberos, y en tal condición tomó parte en la lucha contra el fuego durante el bombardeo de Valparaíso por los españoles.

Su habilidad ingenieril le permitió como a Stuken obtener agua en el desierto, salvando de la sed a la División Lynch con los pozos que labró en la marcha de Lurín a Cañete. Pero esto es nada comparado con sus proezas de jefe de contraminadores del Ejército que fue el puesto con que lo hizo enrolar el ministro Vergara porque aquí combinó la eficiencia del técnico eximio con la imperturbabilidad de un alegre suicida. Tres noches consecutivas trabajó con sus auxiliares en retirar las dinamitas y minas automáticas de que estaban sembradas las laderas inferiores del Morro de Arica. Es casi imposible explicarse cómo no volaron todos mientras rastreaban en tinieblas esa red de pólvoras ocultas y calculadas para estallar al pisarlas. Y el día del asalto el impávido personaje iba delante de la tropa, sin más armas que sus herramientas de electricista, cortando alambres y desmontando detonadores y refiere Virgilio Figueroa «en lo más recio del fuego consiguió salvar así un buen número de vidas de una muerte espantosa».

En las vísperas de las batallas finales le confiaron la tarea de limpiar los faldeos de un cerro artillado como fortaleza, donde el infierno acechaba debajo de suelos «minados en tal forma que las bombas se sucedían a pocos centímetros una de otra». En espeluznante trabajo nocturno realizado bajo las barbas de los peruanos, Villarroel destruyó las mortíferas instalaciones hasta dejar el campo casi despejado a las fuerzas atacantes. Fue él quien hizo posible la victoria de San Juan; y si allí se detuvo su carrera es porque habría sido inverosímil que llegara ileso hasta Lima. Definido ya el resultado de la acción, se retiraba al campamento cuando un proyectil perdido pegó en una mina y la explosión consiguiente lanzó al general Dinamita por los aires como a un muñeco de trapo. Salió con vida, porque los explosivos no se hicieron para matarlo a él; pero sufrió tales fracturas y lesiones, al volar y aterrizar, que quedó inválido y fue dado de baja en las filas.

Un final parecido al de Stuken, inutilizado para siempre por la caída desde una locomotora en marcha.

La guerra después de la guerra

Con el convoy que repatrió a Baquedano llegó a Valparaíso el más cuantioso botín recogido en las guerras americanas. Su inventario interminable incluía quince mil fusiles y doscientos cañones de campaña y montaña. Semidesarmado y sin escuadra, y a sabiendas de que un país en bancarrota es militarmente impotente, el Perú encontró todavía reservas de orgullo y coraje para seguir luchando. Desde la Sierra, con armamento conseguido en Bolivia, el empecinado Avelino Cáceres iba a dar que hacer a las fuerzas de ocupación hasta dos años después de la entrada a Lima. A este dilatado epílogo contribuyeron las vacilaciones del gobierno de Santa María y las intrigas y litigios de las potencias y la banca internacional, a las que el canciller Bismarck llamó al orden con su declaración inolvidable:

«Dejemos de una vez que ese país heroico disfrute en paz de su merecida victoria».

Esta nueva frase de la contienda, de que poco sabe el vulgo, no sólo fue más larga que la primera, sino por añadidura más cruel y penosa. En el registro de un solo regimiento, el Lautaro, se enumeran nueve combates de espectacular violencia, entre los cuales no están La Concepción ni Huamachuco. Se inició esta campaña contrariando la opinión de Lynch, quien en vano señaló a los estrategas de La Moneda la inconveniencia de expedicionar sobre altitudes de cuatro a cinco mil metros en los meses invernales. Si el desierto fue inclemente para el soldados chileno, mucho más lo fue la salvaje cordillera peruana; y si en las arenas quemantes se peleó sin compasión, en las cumbres heladas el ensañamiento no se detuvo ante la muerte. En cualquier relato de testigo ocular puede leerse que los guerrilleros indígenas se paseaban con las cabezas de sus enemigos ensartadas en las lanzas y adornaban con su piel estacada la puerta de sus viviendas.

Como aquí se tratara de los aspectos vivenciales de la guerra más que de sus hechos de armas, anotaremos que el Lautaro, con la flor de la juventud voluntaria de Valparaíso (el corneta contaba once años al enrolarse), viajó por ferrocarril en la primera etapa de su traslado hacia la Sierra de Junín. Entre las mujeres que servían como cantineras iba la embarazada esposa de un sargento. Al embarcarse en la estación de Lima desapareció el perro mascota, y los hombres vieron en esto un augurio de mala fortuna. Pero cuatro días después de llegar a Matucana, irrumpió el hermoso mastín en el vivaque, flaco, sucio y cubierto de heridas de mordeduras, al cabo de una carrera de cien kilómetros siguiendo la vía férrea porque sabía que por ahí viajaban sus amos, y se supone que ha ido buscándolos de pueblo en pueblo con su olfato portentoso. Acompañaba al regimiento desde los días de su fundación en Quillota y había ganado la jineta de cabo en Tacna, donde cazó un zorro al empezar la batalla como en anuncio de victoria y luego cayó con gloriosa herida de bala. Después de curarle las que sufriera en su odisea de Lima a Matucana, fue sometido a

sumario, porque la ordenanza es la ordenanza, para ser enseguida procesado como desertor con todos los procedimientos de una corte marcial. Mientras «Lautaro» (éste era su nombre) dormía a pata suelta en su calabozo, fiscal y defensor sostenían los alegatos. A punto de ser condenado a muerte, se salvó el acusado cuando la defensa conmovió el corazón de los vocales aduciendo como atenuantes el largo acuartelamiento y la seducción de las bellezas limeñas; y la pena se redujo a su degradación de cabo a soldado raso y a veinticinco azotes conmutables en mil caricias, jolgorio general y el obsequio de una chuleta succulenta.

Así entretenían sus ocios y conservaban la moral en alto esos guerreros devorados por la nostalgia del terruño y retenidos por una campaña que prometía más penurias que gloria. Quien refiere aquel episodio, y los que vienen enseguida, es el subteniente Arturo Benavides, más tarde alcalde de Valparaíso, en su libro *Seis años de vacaciones*. Su regimiento formaba parte de la División de 2.300 hombres que bajo el mando del coronel Del Canto debía perseguir a las escurridizas fuerzas de Cáceres.

Ya en Casapalca, en el camino de la Sierra, tuvieron que calarse los ponchos de castilla; e informados de que más arriba no encontrarían leña, cogió cada cual el trozo más largo que podía llevar consigo, utilizándolo como báculo, para lanzarse a las desoladas alturas.

En el primer descanso, al cabo de ocho horas de caminata ascendente, el inexperto Benavides pagó su noviciado. Habiéndose echado a dormir bajo un reparo que sólo le protegía a medias, despertó con las piernas cubiertas por una capa de nieve, y cuando quiso incorporarse advirtió que las tenía heladas. No había nadie a su alrededor, nadie en la cercanía, y todo el paisaje aparecía pintado de blanco. Sólo sus brazos obedecieron a su voluntad y en un manoteo desesperado consiguió derribar el techito de ramas del cobertizo. Dominado por el pánico, dio voces pidiendo socorro, lloró, rezó... Al término de varias horas acudió Juan Bueno, su asistente, que había notado su ausencia en las filas y deshizo camino para venir en su búsqueda. Como los masajes con nieve y pellizcos no lograsen normalizar la circulación de la sangre, envolvió las piernas inmovilizadas con la manta y corrió a la siga de su batallón para dar cuenta del accidente. Entre tanto Benavides perdió el conocimiento y en medio de su estado de delirio tuvo la vaga sensación de que entre varios le acomodaban en una camilla, que le conducían a un poblado y le subían a un tren... Al volver en sí se encontró tendido en una cama del Hospital 2 de Mayo en Lima... Tardó tres semanas en sanar y otras tantas en convalecer, y entonces supo que los masajes con nieve que le diera el asistente le habían salvado de la doble amputación.

En su ausencia había tenido lugar la batalla de Pucará, en que dos mil chilenos de las tres armas derrotaron a tres mil quinientos del ejército regular de Cáceres. Cuando iban persiguiéndoles cedieron las amarras de un puente de cimbra, y como consecuencia hubo doce ahogados y el Lautaro quedó dividido en dos mitades separadas por las turbulentas aguas del río.

Estos puentes escalofriantes fueron el peor obstáculo opuesto al avance de la División Del Canto. Uno de ellos, cerca de Huancayo, había sido cortado por los montoneros para detenerla, y fue menester instalar un andarivel entre los dos vertiginosos barrancos para poder pasar de una orilla a la otra del Mantaro. Esta improvisada obra de ingeniería la hizo

posible un soldado que se desnudó desafiando el frío cordillerano y cruzó a nado la gélida corriente llevando atada a la cintura una soga de cincuenta metros cuyo extremo sujetaban desde la ribera. Con él iba el perro «Lautaro», que debía servirle de obediente auxiliar en la operación mientras un cañón apuntado hacia la margen opuesta les protegía de posibles merodeadores. Llegado que hubo el nadador al lugar a propósito, recogió la soga, la cual llevaba a remolque un fuerte cable de acero que enseguida hizo firme al tronco de un árbol ribereño. Entonces ató la soga al collar del perro, el que nadó hasta la primera orilla para que desde allí pudieran arrastrar el cable y dejarlo amarrado a otro árbol... Con ayuda de un aparejo corredizo pasó por el andarivel un segundo soldado, llevando en un atado la ropa del desnudo; luego pasó un tercero, llevándole su fusil y equipo. Al ponerse el sol había en esa cabecera de puente veinticinco infantes, más un oficial con sus cabos y sargentos y el vigía «Lautaro», que cumplió su guardia nocturna husmeando los contornos y gruñendo por si acaso. Quince días después el regimiento entero había pasado con sus bagajes de campaña para invadir un territorio aún no hollado por tropas chilenas.

Para comunicarse con el resto de la División idearon utilizar al perro, que cruzaba el río llevando y trayendo mensajes en un tubo de metal atado a su pescuezo. Este ingenioso correo hizo posible el envío de refuerzos a la compañía destacada en Ñahuenpuquio para rechazar a los montoneros que la tenían cercada. En sucesivas misiones el amaestrado animal fue portador del parte de victoria de los combates de Chupaca y Vilca-Bamba. Estos servicios distinguidos le valieron al degradado «Lautaro» la recuperación de su jineta de cabo.

Ocurrían estos hechos en lo más crudo del invierno, en serranías y desfiladeros amortajados por la nieve. Bufando bajo el capuchón de sus ponchos, los hombres (y mujeres) caminaban jornadas enteras sin probar comida caliente. Rotas las suelas de los bototos, tuvieron que calzar ojotas. Y un nuevo enemigo, el tifus, les salió al paso, obligándoles a detenerse ante una casa abandonada para hospitalizar a los enfermos en el suelo y sepultar a los muertos en fosa común. Cayó contagiado el subteniente Benavides, y cuenta en sus memorias que el fiel asistente Juan Bueno en veinte días no se separó de su lado:

«Sólo mi madre me habría cuidado mejor que él, y estoy persuadido de que mediante sus atenciones salvé la vida»...

Pero el solícito enfermero cogió a su vez el contagio y pasó a engrosar la lista de decenas de bajas mortales que la epidemia causó en los regimientos.

En medio del trágico flagelo trataban los oficiales de distraer a la tropa organizando carreras de caballos y funciones de títeres. Hasta una tanda de teatro en que los valientes del 2.º de Línea se atrevieron con El médico a Palos de Molière...

Falto de recursos sanitarios, de abrigo y de víveres, que el enemigo había interceptado, llegó un momento en que la División no pudo sostenerse más y tuvo que replegarse a Lima.

Al emprender la marcha cedieron los caballos y mulas a los convalecientes, mientras que los enfermos eran conducidos en camillas confeccionadas con ramas y cueros de vacuno transportadas por indios reclutados a la fuerza. Estos camilleros de poco fiar iban amarrados por parejas con sogas o lazos anudados a los tobillos, para quitarles la tentación de escapar, y junto a cada uno marchaba un soldado en función vigilante con bala en boca.

Tenían que recoger de paso a la compañía del Chacabuco destacada en La Concepción, y Benavides, que iba en la avanzada, llevaba orden de pedir al jefe de esa guarnición, Ignacio Carrera Pinto, que tuviera preparado el rancho y la dieta para los tufosos... Pero al llegar encontraron el pueblo desierto, el cuartel reducido a escombros y sus inmediaciones sembradas de cadáveres masacrados. Ningún sobreviviente, y sólo un testigo para contar la fabulosa pelea de setenta y siete hombres sin esperanza contra un batallón completo y una horda de dos mil indígenas. Matanza en que sucumbieron hasta las mujeres de los sitiados y con ellas el niño nacido durante la resistencia de veinte horas...

Mientras La Concepción quedaba ardiendo como una pira funeraria, los regimientos de Del Canto partían Sierra abajo llevándose como sagradas reliquias los corazones de los cuatro oficiales mártires y la bandera salvada por milagro.

A la consternación aplastante siguió la reacción psicológica del enardecimiento patriótico, y este estado anímico fue el que sostuvo la moral de la tropa en la calamitosa marcha de retorno. Pocas veces una hueste ha sufrido peores padecimientos ni los ha afrontado con tanta paciencia y disciplina. Lo de menos fueron los combates de Tarma-Tambo, San Juan Cruz y el puente de La Oroya, porque en todos cantaron victoria y el furor de la lucha hace olvidar el frío, el hambre, la fiebre, la fatiga y los dolores físicos. Espoleados por la escasez de víveres, iban casi a la carrera en demanda de los valles donde estaban la verdura, el ganado y la leña. ¡A marchas forzadas y respirando el aire enrarecido de la alta cordillera! Subían y bajaban cerros de la mañana a la noche, chapaleando en el barro y la nieve con el calzado o las ojotas agujereadas. Por toda comida, un caldo tibio y un pan duro. Dormían a cielo descubierto, apenas protegidos por el poncho y la frazada despedazados al cabo de siete meses de campaña. Un parte de Lynch dice que cinco soldados y seis prisioneros perecieron helados, y «los caballos consumían los últimos techos de paja de las chozas».

Benavides refiere que en diez días no se quitó las botas ni mudó su ropa interior, impedido por el frío y el cansancio.

Más temibles que los proyectiles de los montoneros ocultos eran los peñascos que los indios echaban a rodar desde las alturas, los cuales se precipitaban desprendiendo a otros para caer sobre el camino como terroríficas máquinas de muerte.

Al llegar a la aldea de Morococha, casi arrastrándose, iban ya sin reservas de alimentos, y como allí tampoco había donde conseguirlos, no pudieron comer ni los enfermos. Todo lo que quedó por hacer a los cocineros fue encender fuego con los palos de los ranchos deshabitados para preparar la única bebida posible: ¡agua caliente!, pero agua pura, porque hasta el azúcar se había acabado.

Poco más allá sacrificaron la llama del comandante del Lautaro, que era su portaequipaje, para asarla y repartirla en bocaditos insignificantes.

A Casapalca llegó Benavides a pie, llevando de la brida a su caballo incapaz de resistirlo sobre la montura.

Quien más debió padecer fue la cantinera encinta, que en lo mejor de la nevada empezó a sentir los dolores del parto. La bajaron de su mula y la tendieron sobre unas frazadas; una de sus cofrades ofició de comadrona, y la criatura nació y sobrevivió contra todas las leyes de la obstetricia.

Ese desfile de hombres harapientos y famélicos parecía cualquier cosa menos un ejército victorioso. Pero les quedaba su gallardía marcial, y al entrar a Chicla, donde debían tomar el tren, enrollaron los ponchos y tomaron la calle de la estación marchando a tambor batiente, Benavides montado en su jamelgo vacilante, el cabo «Lautaro» ladrando a los vientos, la cantinera parida con su guagua en los pechos.

Retrato de un General en Jefe

Puesto que las líneas de la mano señalan nuestro destino, algún quiromántico ha podido decir a don Manuel Baquedano González:

«La fama y la gloria le llegarán tarde y de repente, pero con tal apoteosis que ningún conciudadano la conocerá igual, y no habrá sitio bastante espacioso para el homenaje de la posteridad».

Y él jamás habría creído que la Alameda de Carrera, de San Martín y de O'Higgins iba a resultar estrecha para su estatua y que debería construirse para ella una plaza de jardines panorámicos, con su nombre por añadidura y la Cordillera como grandioso fondo de perspectiva.

A este caballero de sobriedad espartana, tartamudo y devoto de la Virgen, el toque de calacuerda del 79 lo sorprendió en su fundo de Los Ángeles, a orillas del Laja, precisamente en tiempo de cosechas. Entendiendo muy bien lo que tiene que hacer un general cuando la patria está en peligro, dejó sus intereses personales postergados y acudió a alistarse con la presteza de un subalterno. Era hijo de militar y su biografía refiere que de niño abandonó el colegio y el hogar para embarcarse de pavo en el convoy de la guerra de 1838. A los quince años peleó a las puertas de Lima y obtuvo el grado de alférez. Viendo expedirse al general Bulnes en Guías, Buin y Yungay, adoptó su escuela primitiva y

cruenta, que se reducía a atacar de frente y sin hacer caso del costo humano propio o ajeno, al revés de Prieto, que en Lircay jugó al ajedrez con sus tropas. Formado a la sombra de Bulnes, su tocayo Baquedano llega a asemejarse de manera asombrosa en episodios cruciales de su vida. Así como el maestro combatió contra su padre en la Independencia, el discípulo se enfrentó con el suyo en la batalla fratricida de Loncomilla; y habiéndole visto caer herido, se acercó a socorrerle después de la acción. (Tal era la firmeza de convicciones de los antiguos, y su sentido del deber). Otra semejanza misteriosa es que mientras Bulnes inspiró a Zapiola el Himno de Yungay, Baquedano salvó la vida a Eusebio Lillo, autor de la Canción Nacional, en el combate de la Alameda. Lo mismo que Bulnes, dos veces desenvainó su espada en defensa de la Constitución, en los años 51 y 59, con la sola diferencia de que Montt no le quería y le tuvo siempre entre ojos. Como era usual entonces, encontró en la Araucanía su mejor escuela práctica de soldado, y en una de tantas sublevaciones de la Frontera combatió contra los indios en Malleco y Renaico. De ese torbellino de fuego y lanzadas pasó sin transición a la tranquila jefatura de la escolta del presidente Pérez. Bajo el gobierno siguiente ascendió a general de brigada para ocupar el puesto de Comandante General de Armas de Santiago.

Al producirse el conflicto con Bolivia y Perú, su futuro vencedor llevaba cincuenta y tres otoños a la espalda y aparentaba mucho más con su cabeza prematuramente envanecida. La suerte no se dio prisa en sacarle de la obscuridad. Tocó al coronel Emilio Sotomayor ser el primero en distinguirse al desembarcar en Antofagasta el día en que las salitreras chilenas iban a ponerse en subasta por el gobierno boliviano. Y declarada de hecho la guerra, es el general Arteaga el favorecido con el nombramiento de Comandante en jefe del Ejército, quedando Baquedano como conductor de la caballería. Producida la vacante por renuncia de Arteaga, es otro anciano, Erasmo Escala, el designado para ocupar el puesto máximo, permaneciendo por segunda vez postergado el que a la postre probaría ser el mejor.

Más tarde diría que la guerra era con el desierto antes que con el enemigo. De sus fértiles valles y clima bendito, los chilenos pasaron sin transición al medio más inhóspito del mundo, a la luna de América. Como si Dios hubiese querido corregir su desolación horrenda, hizo correr el cauce del Loa hacia el sur, luego hacia el oeste, después al norte y por último otra vez al oeste, para repartir su magro caudal de agua salobre por los suelos resechos y salitrosos. En esos páramos en donde no crece ni la maleza, los sufridos pobladores pintaban arbolitos verdes en las murallas de sus viviendas para engañar los ojos (Memorias de Abdón Cifuentes). La camanchaca, única defensa contra el sol quemante, es una neblina compacta que no deja oír un grito agudo a cien pasos de distancia, y un cronista escribió que «al enfriarse la costra de caliche después del terrible calor del día, sus cristales crepitan con tal fuerza que semejan el fuego graneado de batallones en combate». Esta tierra estéril, cuyo destino paradójico es dar fertilidad a otras, puede decirse que fue autárquica en la guerra. Adelante iba el salitre, convertido en pólvora, segando vidas; detrás iba el yodo, su subproducto, curando a los heridas... Por allí cruzaron las Divisiones chilenas de sur a norte, del poniente al oriente, de norte a sur, de la Cordillera al mar, cambiando polvo por sudor, las cureñas y carros hundidos en la arena hasta los ejes. En su libro Seis años de vacaciones, el voluntario Arturo Benavides cuenta que su regimiento, el Lautaro, recorrió a pie 49.770 kilómetros.

Estaba por cumplirse un año de campaña cuando el general Baquedano saltó repentinamente a la nombradía con su victoria en la cuesta de Los Ángeles. Victoria obtenida después de cometer el gravísimo error de no recoger suficiente provisión de agua. La horrible sed del desierto, en la travesía de Hospicio a Moquegua, hizo presa en una de sus Divisiones produciendo casos de dispersión, locura y suicidio. A los atacados de insolación tenían que destrabarles los dientes con las bayonetas y romperles la tela que se forma en la garganta. Con las fuerzas en condiciones de servir dio el general su asalto nocturno a las posiciones del coronel Gamarra, que eran tan difíciles, si no más, que las del Pan de Azúcar de Yungay. Sus mineros de Atacama debieron subir en fila india, a gatas y a tientas por un sendero de varios kilómetros, labrado en zigzag al borde del precipicio. Fueron descubiertos por los centinelas cuando, después de trepar toda la noche, estaban llegando a la cima del cerro. El combate duró una hora hasta que el poeta Rafael Torreblanca izó la bandera chilena en el mástil, a tiempo que la artillería y caballería daban cuenta en el bajo de los que se replegaban hacia Torata. Esta sorpresa que sólo se consideró posible después de llevada a cabo, dejó abierto el camino de Tacna y Arica y al vencedor listo para reemplazar a Escala en la Comandancia en jefe.

Su ascensión al puesto máximo significó el fin de la pugna entre militares y civiles y de los síntomas de indisciplina que ella generaba. Alberto del Solar, del Séptimo de Línea, lo describe en su Diario de Campaña tal cual le tocó verlo con esos días:

«Matinal como ninguno, se le veía constantemente en movimiento, ora a caballo, ora a pie. Su rostro, tostado por el sol, hacía hermoso contraste con el blanco de sus canas, semicubiertas por un quepis de irreprochable corte».

«Recuerdo haberlo visto aproximarse muchas veces a nuestras tiendas para observar de cerca a los soldados y poder así examinarlo todo personalmente, dirigiéndonos investigadoras preguntas con aquella dicción entrecortada que caracterizaba su lenguaje. El tono empleado era grave y paternal a la vez; severo y sencillo; culto pero sin apelación».

En el libro de Benavides vemos a un Baquedano enojado porque el voluntario de dieciséis años, que llevaba mucha prisa, le dio alcance en el camino y lo cubrió de polvo al pasar. Don Manuel mandó buscarlo con un ayudante y le espetó esta filípica tartamuda:

-Cuando el general, general, o cualquier superior, superior, va por un camino, camino, el subteniente no galopa, galopa, echándole tierra, tierra.

Dice Encina en su Historia de Chile que hacía el efecto de un ser elemental; sin embargo:

«Era profundamente sensato, poseía cierta sagacidad natural y buen juicio militar dentro de su escuela. Era tan incapaz de una hábil concepción táctica como de un gran disparate».

La mayor virtud que el historiador le reconoce es su inflexible autoridad, que imponía tajantemente en lo grande y en lo pequeño. Y don Rafael Sotomayor, director civil de la guerra y a quien el general soportaba con callada disciplina, escribió: «Donde está Baquedano, no hay chismes».

Imposible pasar por alto su punto débil: la imprevisión. Así como en el desierto casi se le mueren de sed dos mil soldados, a pesar de habérselo advertido el Ministro en campaña, en Tacna estuvo en un tris de perder la batalla por no dotar a la infantería de suficientes municiones y por llevar las de repuesto en la retaguardia y en cajas con tapas atornilladas. Convertido el desastre en victoria merced a la intervención prodigiosa del coronel Lagos, el General en jefe no anduvo lejos de atribuirlo a un milagro. Conversando poco después con el capellán Ruperto Marchant Pereira, le mostró la medalla de la Virgen que llevaba al cuello, pendiente de una cadenita de oro, diciéndole:

-Aquí tiene a la que debemos todos nuestros triunfos.

Su fe en Ella era tal que rezaba el Rosario antes y después de cada batalla, desgranando las cuentas con las fuertes manos que empuñaban la espada invicta. Hoy parece una curiosidad, pero los veinticinco mil hombres que mandaba eran también creyentes, a tal punto que en su sentir la guerra del Pacífico reducíase a un duelo entre la patrona del Perú, Santa Rosa de Lima, y Nuestra Señora del Carmen, reina del Ejército de Chile; y el cronista Del Solar oyó esta frase a la hora de los porotos en el vivac: «¡Una simple beata pretendiendo pelear contra la Santísima Virgen!»

Cualidad relevante de Baquedano -y muy rara entre nosotros- era el saber reconocer y aprovechar el talento ajeno. Carecía del feo vicio nacional de la envidia. Aunque no simpatizaba con Lagos, premió su actuación en Tacna designándole para dirigir el asalto de Arica y dejándole plena libertad en la concepción del plan de ataque al Morro. Esta sola virtud, con que también estimuló el genio militar del civil Vergara y del marino Lynch, suple con creces sus limitaciones de estrategia y táctico. Si el objetivo era ganar la guerra, lo consiguió como bueno y sin sufrir una derrota, embistiendo de frente a un enemigo que por norma lo esperaba parapetado en formidables defensas y protegido por campos sembrados de dinamita y de minas automáticas. Los Ángeles, Chorrillos y Miraflores son tres monumentos a un general sin miedo y a una tropas que él supo mantener en obediencia inalterable.

Su propia falta de brillantez personal confiere a los actos de Baquedano un tinte emocionante. Es el sencillo agricultor del Laja el que les dice a los Jefes de División, Lynch, Sotomayor y Lagos, en la víspera de Chorrillos:

-Yo espero que todos cumplirán con su deber. Somos chilenos, y el amor a Chile nos señala el camino de la victoria. Adiós, compañeros; hasta mañana después de la batalla.

El ministro Vergara no creía mucho en su inteligencia ni en su golpe de vista militar; pero en Chorrillos evidenció sus tardíos progresos al mover con arte la mayor masa de soldados

que un compatriota hubiese tenido bajo su mando; y en el momento difícil e incierto de Miraflores le bastó ver la arrolladora carga de la caballería para predecir el desenlace:

-¡Barbosa, Barbosa por la derecha! ¡Esta es la victoria!

Como Bulnes, entró a Lima sin pompa ni fanfarria, los tambores silenciosos, respetando el dolor o la cólera de un pueblo en desgracia. Y como su maestro, mantuvo a sus huestes de tal modo sujetas a la disciplina que con su sola presencia contuvieron el saqueo de la ciudad por las turbas desmandadas. Apenas instalado en el Palacio de los Virreyes, ordenó solemnes honras en la Catedral por los caídos en las dos últimas batallas. Como medida de escarmiento negó el indulto a un soldado del Lautaro que en Trujillo había dado muerte a un camarada. El voluntario Benavides, testigo del fusilamiento, refiere que un paisano comentó:

-Con severidad y justicia hay que gobernar a los pueblos. Si al Perú se le hubiera gobernado así, no se habría desmoralizado y habríamos ganado la guerra.

En un banquete ofrecido en su homenaje por los altos jefes, el general terminó su discurso de agradecimiento con estas palabras:

-Bebo esta copa por el Ejército, que tanto ha dado a Chile y que sabrá, no lo dudo, ser en la paz el más respetuoso, leal y firme sostenedor de la ley y las instituciones, como en la guerra lo ha sido del honor nacional.

Contra la opinión del Gobierno, sostenía que las fuerzas no debían retirarse hasta dictar las condiciones de paz. Tuvo que ceder ante las órdenes terminantes de La Moneda, y emprendió el regreso profetizando lo que vendría: tres años de ocupación parcial e insuficiente, conflictos diplomáticos con las potencias y sacrificio inútil de vidas en la cruel campaña de la Sierra. Como Bulnes, entró a Santiago concentrando en la Alameda a un mar humano que le vitoreó hasta el delirio.

Como a Bulnes, quisieron llevarle a la Presidencia de la República... Sólo en esto no fue igual a su modelo histórico; pero diez años después llegó a sentarse en el sillón de O'Higgins cuando la caída de Balmaceda puso el poder en sus manos por tres breves días.

Verdades y mentiras sobre Balmaceda

Como cualquier otro carácter original, el mártir de 1891 es inimitable. Todos recuerdan a un moderno Presidente que desde los balcones de La Moneda anunció al pueblo que no se suicidaría. Pasado el extraño efecto producido por las palabras del no suicida, corrieron por la ciudad comentarios de este jaez:

-Con el suicidio no se juega.

-Con la dignidad presidencial tampoco.

-Sin duda el orador está inspirado en Balmaceda, o se siente un nuevo Balmaceda, al que espera superar, y/o sin querer lo imita.

-Pero es que Balmaceda no da lugar a la imitación, sino a la parodia. De entrada, era un gran señor, con doscientos años de nobleza española a la espalda; poseía la más hermosa estampa varonil que haya lucido un Presidente de Chile; era un intelectual refinado, capaz de deslumbrar a su amigo y admirador Rubén Darío; realizó el gobierno más constructivo y patriótico de nuestra historia; era sobrio e impecable en su vida privada, modelo de esposo y padre; gobernante al que repugnaba la demagogia populachera y estadista que puso por encima de todo el decoro del cargo de Mandatario; y por todo eso fue grande hasta en sus errores, en su caída y en su fin.

Dice Sergio Onofre Jarpa en su libro *Creo en Chile* que para que un Presidente o un político pueda invocar el nombre de Balmaceda «tiene el deber, si quiere igualársele o parecersele, de seguir su ejemplo y aceptar su propio sacrificio antes que sacrificar al país».

Darío, que le dedicó el Canto épico a las glorias de Chile, hizo este vívido retrato de su persona:

«Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente; su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero...».

Hablando en el Ateneo de Madrid, don Miguel de Unamuno expresó:

«Hace falta en Chile una pluma que pueda desarrollar con maestría el hermoso tema de la vida de Balmaceda».

El último de los Presidentes de la era portaliana ha sido estudiado y discutido a porfía: la lista de los títulos consagrados al examen de su obra es tres veces más extensa que las correspondientes a Portales y Montt. Uno de sus más actuales comentaristas, S. O. Jarpa, hace hincapié en las contradicciones en que incurrió a lo largo de su existencia. Educado en el Seminario, adonde le llevó una clara inclinación mística, ingresó poco después al Club de la Reforma, nido y baluarte de la corriente anticlerical. Secretario de Montt y discípulo suyo en el concepto del gobierno fuerte, convirtióse en la Cámara en un ardiente parlamentarista y enemigo de la intervención electoral. Ministro en el Gabinete de Santa María, volvió a abrazar la idea del Ejecutivo autoritario y se empeñó en restarle

atribuciones al Parlamento. Y desde esa cartera y desde la Presidencia de la República fue un franco y decidido partidario de las elecciones controladas a conveniencia de palacio. Como Presidente ha sido el más celoso guardián de las fronteras patrias; como Ministro fue quien presentó al Senado, aunque sin recomendarlo, el Tratado que hizo perder a Chile el dominio de la Patagonia y cuya concertación -explicó- se había generado en compromisos contraídos por un gobierno anterior.

Si algunas de sus actuaciones acusan veleidad o inconsecuencia, en otras brilla la firmeza a toda prueba de que era capaz. Cojamos un diamante al pasar: su actitud ante los Estados Unidos cuando ese país pretendía amedrentarnos con el envío de su escuadra a la costa del Perú:

-Solos hicimos la guerra -declaró Balmaceda al Plenipotenciario Trescot- «y solos haremos la paz y no aceptamos que ninguna otra potencia intervenga.

Y así se hizo.

En unas cosas están de acuerdo los historiadores, y es en señalar las gigantescas realizaciones materiales de este gobernante. Así como la administración Montt aprovechó la bonanza del cobre para dar a Chile un impulso nunca visto hasta entonces, la de Balmaceda -en la mitad del tiempo de que dispuso aquella- utilizó el diluvio de millones del salitre en transformar la fisonomía del país. Construyó mil kilómetros de caminos, trescientos puentes carreteros y ferroviarios, mil doscientos kilómetros de vías férreas y mil quinientos kilómetros de líneas telegráficas; creó el Instituto Pedagógico, el primer liceo de señoritas y la primera escuela técnica femenina; construyó diez liceos de hombres y trescientas escuelas primarias, tres escuelas prácticas de minas y seis escuelas agrícolas; dejó diez puertos modernizados, el dique seco de Talcahuano, treinta faros, dieciocho centros penales, la canalización del Mapocho y los edificios de siete Intendencias, del Ministerio de Industrias, de las Escuelas Militar y Naval y de la Escuela de Artes y Oficios, aparte de una cadena de hospitales y redes de agua potable para veinte ciudades, sin olvidar que reforzó la escuadra y renovó el armamento y equipo del Ejército. Inició la colonización de la Araucanía y en Magallanes entregó un millón de hectáreas para la crianza de ganado, mientras que su clarividente intuición geopolítica le llevó a anexar la isla de Pascua.

Este programa colosal fue cumplido sin salirse de una norma: que tratándose de ejecuciones extraordinarias debían financiarse con fondos también extraordinarios, como eran las entradas fiscales del salitre. Balmaceda intuía que el auge salitrero no iba a ser eterno y con años de anticipación previó la competencia del nitrato sintético y quiso adelantarse a ese hecho inevitable dejando el país capacitado para diversificar su producción de riqueza. Con este fin es que dio los dos pasos preliminares: la multiplicación de las comunicaciones internas y el fomento de la instrucción superior y técnica. Alcanzó a ver las primicias de su estímulo a la industria: las primeras locomotoras y el primer buque a vapor de construcción nacional, que encargó a la maestranza de Lever & Murphy de Viña del Mar. Pero esta política previsor, verdadera lección que el Mandatario dejó como un legado a sus sucesores, no fue apreciada ni comprendida por los contemporáneos. Pensaban éstos que si el Estado nadaba en la abundancia, debía reducir o suprimir los impuestos y destinar las entradas del salitre a cubrir los gastos fiscales normales en lugar de tirarlas al pozo sin

fondo de las obras públicas... Y éste fue uno de los primeros motivos de descontento, el que movió a la Oposición a iniciar sus críticas en la prensa y en el Congreso.

En el último tiempo se ha visto que la personalidad de Balmaceda y su hoja de gobernante dan para mucho. Con su absoluta falta de escrúpulos y su desprecio por la verdad histórica, escritores marxistas han ensayado el recurso de asimilarlo a su causa, presentándolo poco menos que como un precursor de la revolución proletaria. ¡Singular revolucionario aristócrata, liberal, católico y latifundista, defensor de la propiedad privada y el capital particular y enemigo del Estado empresario! Si viviese hoy, sus actuales panegiristas rojos le llamarían pelucón retrógrado; pero desde la bruma del pasado, desde el otro mundo, Balmaceda les sirve de bandera, en último caso de banderín, para tremolarlo ante los ojos de su clientela de ignorantes. Del recio tronco sacan dos astillas que les parecen utilizables: su posición nacionalista ante el predominio inglés en las salitreras y su ruptura con los banqueros... A esto se reduce el Balmaceda «izquierdizante» exhibido en choclones y en malos libretos de radio.

Esta distorsión malévola de la política económica del Presidente tiene su origen en un libro del marxista Hernán Ramírez Necochea, que es un infundio a partir del título Balmaceda y la contrarrevolución de 1891, toda vez que no se tienen noticias de que Balmaceda haya hecho previamente alguna revolución, ni pensara hacerla. Este autor comprometido se mantuvo en relativa impunidad hasta que el economista Hermógenes Pérez de Arce destrozó punto por punto su tesis de la revolución originada en causas económicas. La confabulación de la banca nacional y el imperialismo inglés contra Balmaceda es un episodio del que nadie oyó hablar en aquel entonces. Sin prueba alguna, el señor Ramírez Necochea reactualizó el rumor contemporáneo de que el salitrero John T. North habría dado cien mil libras esterlinas para ayudar al derrocamiento del Presidente. ¿Derrocarlo por qué y para qué? Cualquiera que examine los discursos y mensajes de Balmaceda verá claras tres cosas: que jamás pensó en expropiar las Compañías salitreras inglesas, que rechazaba la idea de convertir al Estado en entidad empresarial y que sólo pretendía interesar en esa industria a los capitales particulares chilenos con el fin de prevenir un monopolio extranjero. Balmaceda fue toda su vida un convencido liberal partidario de la libre empresa. Con los enormes ingresos de que dispuso su gobierno pudo haber levantado innúmeras usinas estatales, empezando por las de elaboración del salitre; no lo hizo porque sostenía que «la misión fundamental del Estado es sólo garantizar la propiedad y la libertad». Prueba de la sinceridad de sus principios es el proyecto de traspasar a inversionistas nacionales una parte de los yacimientos de la reserva fiscal. Por añadidura, otorgó concesión a la firma inglesa Campbell-Autren para construir y operar como dueña y señora un ferrocarril salitrero... ¿Qué queda, pues, de la supuesta refriega entre Balmaceda y el imperialismo inglés? Y para remate, es perfectamente sabido que el gobierno de Su Majestad Británica fue contrario a la revolución y guerra civil, que seguramente consideraba innecesarias y perjudiciales para los intereses de sus súbditos. Otra cosa es que North y el Foreign Office se alarmaran cuando el Presidente intentó hacer volar las oficinas salitreras para privar de sus recursos a los revolucionarios.

Los otros conspiradores del 91, a juicio del honrado historiador Ramírez, son los banqueros chilenos. De su versión de los hechos surge la interrogante de cómo pudieron los señores Matte, Edwards y otros confabularse contra un gobierno que no hizo sino favorecerles con

las cuantiosas sumas de dinero estatal que tenía depositadas en sus Bancos; y cómo pudieron ponerse de parte del Congreso cuando fue éste el que obligó al Ejecutivo a retirar esos fondos... La rectificación de Hermógenes Pérez de Arce consiste en poner en claro que los banqueros se volvieron contra el Presidente después que este rompió con el Congreso y se declaró dictador. En otras palabras, la oposición de la banca fue una consecuencia y no una causa del enfrentamiento.

De manera que -y esto ya lo había afirmado Encina- la Revolución no tuvo un origen económico, fue un conflicto de poderes, el choque entre el régimen presidencial y el régimen parlamentario, o sea, una contienda política, en donde se luchó por principios, por ideas y hasta por ideales. Esto jamás podrá entenderlo un materialista fanatizado. De acuerdo con ese grosero modo de pensar, lo lógico habría sido que los Edwards y los Matte se hubiesen puesto del lado del Presidente si pensaban sólo en su conveniencia egoísta; y ya sabemos que no lo hicieron, y arriesgaron su fortuna a la jugada más peligrosa. Y es que estaban lejos de ser los gavilanes que el señor Ramírez se imagina. Con su genio de economista, don Augusto Matte financió la guerra del Pacífico sin recurrir a impuestos, a empréstitos ni a racionamientos. Don Agustín Edwards secundó a su madre, doña Juana Ross, en la obra de bien social de mayor envergadura que han visto los chilenos; cuando fue elegido diputado, rechazó el mandato porque la elección no había sido correcta.

La prueba más reveladora de cuál fue la índole de esta revolución está en que el Congreso presentó un ultimátum exclusivamente político para preservar la paz. Sólo exigía una limpia elección presidencial, con una ley electoral y un Ministerio que tuviese la aprobación de las Cámaras como garantía de imparcialidad. Debían terminarse los Presidentes impuestos por el Presidente. No hay la más mínima duda de que si Balmaceda hubiese accedido a tiempo, la catástrofe se habría evitado. No existía otra causa valedera para un desafío a muerte. La orgullosa intransigencia y la mutua desconfianza de las partes tenía que desembocar en la destitución del Presidente por el Parlamento. Y uno en lugar de un sí desencadenó la dictadura, la rebelión, el odio, el terror, las diez mil vidas segadas en las batallas campales, la pérdida de un acorazado, los fusilamientos sumarios, la matanza de Lo Cañas, los saqueos de Santiago y Valparaíso, la sangría económica y el trágico fin de una figura cumbre de nuestra historia.

En una crónica de Joaquín Edwards Bello se lee que Balmaceda firmó su sentencia al echarse encima a las tres fuerzas invencibles de Chile; la Iglesia, las mujeres y la Marina. No mencionó al Congreso porque éste fue el conducto por donde se canalizó el torrente incontenible de la resistencia antidictatorial.

Esta lucha contra el absolutismo sirve al estudioso para medir la ferocidad que genera una guerra civil. Un autor contemporáneo recogió los denuestos que se oyeron en los púlpitos de los templos de Santiago. El cura del Carmen Alto vociferó:

¡Abajo el Champudo! ¡Ya cayó el Champudo!

Otro orador sagrado gritó:

¡Fueron bandidos todos los que acompañaron a Balmaceda!

Sabido es que la anciana madre del Presidente fue escupida en la cara por dos damas devotas en la puerta de la Catedral. Y el cadáver del vencido tuvo que ser sepultado de noche y en tumba ajena para librarlo de la profanación.

Parece hoy increíble que apenas cuatro años después su nombre comenzara a ser reivindicado y que una pléyade de balmacedistas llegaran a la Cámara y al Senado elegidos por sus entusiastas partidarios; cómo es increíble que hasta los comunistas pretendan ahora apropiarse del hombre que pensaba y decía:

-Sólo la libertad de trabajo alumbró y vivificó la industria.

-La propiedad es sagrada.

-La libertad es igualmente sagrada.

-Es conveniente la pronta enajenación de las reservas salitreras pertenecientes al Estado.

-No estamos en contra de los legítimos derechos de los propietarios ingleses.

-Si el Estado ha de tener una religión, ésta debe ser la católica.

-Tengo fe en Dios, que ve hasta el fondo de las conciencias.

-Dios se apiadará de nosotros.

Balmaceda: genio y estilo

Mientras estuvo en el Seminario pareció evidente que sería sacerdote, y la madre piadosa lo veía de Arzobispo de Santiago. Colgado el hábito de cadete de la Iglesia, pronosticaron que sería escritor en vista de su pequeño y pulcro ensayo biográfico sobre el presbítero Valdivieso. Tampoco era éste su destino, aunque iba a pasarse la vida escribiendo intervenciones parlamentarias, resoluciones ministeriales, mensajes y discursos presidenciales, artículos de prensa y millares de cartas privadas y públicas. Típicas de los caracteres inquietos y versátiles son estas vacilaciones en la búsqueda del camino a seguir; en el caso de José Manuel Balmaceda el fenómeno se acentúa, porque aun entregado a su vocación definitiva, la política, no sigue el rumbo rectilíneo de un Portales, un Bulnes o un Montt, sino que de continuo oscila entre tendencias contrapuestas, siendo en veces amigo y en veces enemigo del clero, hoy defensor y mañana detractor del régimen parlamentario, un día campeón de la libertad electoral y otro día de la intervención electoral.

No es raro que hasta en el amor haya vacilado entre dos tipos de mujer diametralmente opuestos. La alegre y coqueta Elvira Concha y Toro era la antítesis de su temperamento apasionado, serio y romántico; en tanto que Emilia Toro Herrera, a la que en feliz decisión tomó por esposa, dejó la fama que un poeta cantó así:

Siempre elevada en la región serena,
En la grandeza fue modesta y buena,
Como fue noble y resignada en el dolor...

El joven diputado por Carelmapu casó con esta dama en la primavera de 1865, al cabo de un romance que tuvo por escenarios la mansión de la calle de los Huérfanos y la hacienda de Lo Águila de Paine, propiedades de la encoquetada familia descendiente de don Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista y Presidente del primer Gobierno Nacional, y emparentado con doña Paula Jaraquemada, la celeberrima heroína de la Independencia. A los que creyeren que el novio hizo un matrimonio de conveniencia o arribismo, hay que advertirles que aportó más fortuna y blasones que la desposada, porque los Balmaceda eran nobles en España desde el siglo XVII y entre los bienes que poseyeron en Chile se cuenta Bucalemu, fundillo de treinta y seis mil cuabras en donde solían pastar hasta veinticuatro mil vacunos...

Era el mayor de los ocho hijos varones de don Manuel José Balmaceda y doña Encarnación Fernández. Fue el predilecto y regalón de esta señora de carácter fuerte a la vez que espiritual, y abundan los testimonios que prueban cómo correspondió el primogénito a la predilección materna. En los apuntes inéditos de Raúl Marín Balmaceda se lee que «con el primer dinero que su padre le dio a ganar, le compró a su madre el vestido más lujoso que encontró en el mejor comercio de Santiago», atavío que ella a la edad en que ciñó la banda presidencia -no cumplidos aún los cuarenta y seis años- don José Manuel Balmaceda parecía algo mayor de lo que era. Sus contemporáneos le describen como un hombre alto y de recias espaldas, de tez pálida y melena y mostacho de color castaño claro:

«Los ojos -al decir de Encina- despedían miradas de fuego que, en abierta contradicción con la melena, no delataban el ensueño sino el dinamismo. Mientras sus modales acariciaban, algo indefinible en la mirada atraía y a la vez ponía en guardia al interlocutor».

Don Ramón Subercaseaux escribió que tenía la apariencia de un italiano y que era flexible y se contoneaba al caminar. Por su costumbre de halagar a la gente y de prometer lo que no siempre le era posible cumplir, muchos le tuvieron por falso o voluble. Parece más exacta la definición de Encina:

«Como en todos los iluminados, en Balmaceda los hombres sólo contaban en cuanto instrumentos u obstáculos en el camino obsesivo propuesto».

Su biógrafo Ricardo Salas Edwards vio en él a un misántropo y señala sus frecuentes crisis de melancolía. No se puede pensar que una personalidad de tal envergadura haya sido un dechado de equilibrio psíquico. Y de otro lado, ¿qué son esas presuntas fallas de su carácter puestas en la balanza contra las virtudes y condiciones positivas que lo adornaron? Cuando el presidente Pinto le encargó la misión diplomática de negociar la neutralidad de Argentina para poder enfrentar a Perú y Bolivia, Balmaceda pagó de su bolsillo los gastos de viaje y permanencia en Buenos Aires, porque la patria estaba en peligro y escaseaba el dinero. ¡Y entonces ya no era precisamente un potentado! Había perdido la mitad de sus haberes en la gigantesca construcción del canal de las Mercedes, donde él y otros quijotes sólo ganaron sinsabores para dar riego a centenares de usufructuarios en las tierras de rulo entre Maipú, Melipilla y Curacaví:

«Mi consagración a la vida pública -escribió el patriota- me ha hecho sacrificar en gran parte mis intereses...»

Así se estilaban las cosas cuando el país era manejado por una aristocracia idónea.

El antiguo seminarista y modelo pictórico de Jesucristo había compuesto para sus hijos una oración que más tarde mereció los honores del imprimatur o permiso eclesiástico para darla a la stampa. Es otro de sus rasgos olvidados o desconocidos, recientemente sacado a luz por el investigador Mario Correa Saavedra, y así dice la plegaria:

«¡Oh Dios!, en cuya presencia inclino mi frente y a quien pido con toda humildad misericordia. Dame, Señor, virtud, inteligencia, amor al estudio y aplicación al trabajo.

Alienta mi salud y mis empresas. Aviva mi fe, para que siempre reverencie tu nombre, observe tus mandamientos y te lleve en mi corazón.

Oye, Señor, mis ruegos y bendíceme no en atención a mis merecimientos, sino según tu infinita clemencia.

Alaben al Señor mis labios en el día y bendíganle durante la noche; sea para siempre bendito y alabado el Creador del Cielo y de la tierra. Amén».

Aquí cabe recalcar que la fe cristiana de Balmaceda fue constante e invariable y nada tiene que ver con las veleidades en que cayó bajo la influencia del presidente Santa María, que le hizo firmar como Ministro las leyes anticlericales sobre cementerios, registro civil y matrimonios. Como prueba está el hecho de que la primera medida de su gobierno, la primera de todas, el mismo día en que asumió el mando, fue escribir de su puño y letra al Papa León XIII para proponerle la reanudación de las relaciones diplomáticas cortadas por su impío antecesor. Hermosa rectificación y magistral maniobra política de resultados nulos, porque los católicos recordaban la ofensa y su resentimiento iba a contribuir a la implacable oposición conservadora que desembocó en el drama del 91.

De acuerdo con la sobria costumbre imperante, residía en La Moneda, en cuyo estrecho departamento presidencial acomodó a la larga prole; las paredes del estudio privado desaparecieron detrás de las estanterías de su biblioteca de cinco mil volúmenes. Para su uso y el de la familia tenía su coche particular, porque en plena abundancia del erario público, derivada del auge salitrero, el Presidente no varió la norma tradicional de administrar con parsimonia los dineros del Estado.

En el salón del departamento, alhajado con modestia que debía impresionar a las visitas extranjeras, Su Excelencia recibió una vez, juntos, a Rubén Darío y Sarah Bernhardt, invitados por su hijo Pedro, que casi niño iniciaba con brillo su carrera de escritor y crítico de arte. ¡Qué escena para un museo de cera!

Como trabajaba hasta tarde y hacía su tertulia política en la noche, Balmaceda comenzaba la jornada activa poco antes de la hora de almuerzo, que entonces se servía a las doce. Pasaba la mañana en la alcoba, leyendo a sus autores favoritos: Platón, Suetonio, Lamennais, Castelar y Lamartine, y entre los chilenos, Vicuña Mackenna y los Amunátegui. En algún momento libre del día, invariablemente iba a saludar a su madre a la casa de la calle Catedral con Teatinos. Su amigo Julio Bañados Espinosa refiere que en la mesa hojeaba los diarios o abría parte de la correspondencia, urgido por el tiempo que se le hacía corto. Hasta las dieciocho o diecinueve horas despachaba con los Ministros (que eran sólo seis en el gobierno más dinámico de nuestra historia) y concedía las audiencias indispensables. Gran parte de su epistolario oficial está escrita por su mano, y cuando dictaba lo hacía construyendo las frases con la seguridad y rapidez de un maravilloso improvisador, mientras se paseaba arriba y abajo de la sala alisándose el pelo o atusando el espeso bigote. Como prueba de que pudo haber sido un extraordinario periodista, si hubiese abrazado este oficio, entre una carta y un discurso redactaba los editoriales con que defendía su política en las columnas de La Época, El Diario Oficial, Los Debates, La Nación, El Comercio y La Tribuna. Por algo le llamó Rubén Darío: «personaje de rara potencia intelectual».

En sociedad, el gran patricio era afable sin salirse de su seriedad congénita y poseía un estilo de conversación locuaz y apasionado que sin duda heredó de su madre. En el hogar, donde era cariñoso a la vez que autoritario, había puesto su predilección y su orgullo en Pedro, el muchacho genial y enfermo, del que esperaba «que ilustrara su nombre y mantuviera el lustre y prestigio de la familia»... Su prematura muerte fue el golpe aplastante al que se atribuye la tristeza y el desencanto de sus últimos años.

Nadie puede expresar la cuantía de esta desgracia como él lo hizo en la carta dirigida a su hermano Elías:

«...¡Pobrecito de mi corazón! No me dio penas ni trajo amarguras a mi hogar, ni molestó a nadie, y lo poco que vivió fue para significarse y dejar una huella que ha despertado las más vivas simpatías en toda la sociedad de Santiago. Todos los diarios le han elogiado, y ha sido entregado a la fosa no como un niño, sino como un hombre que ha servido a sus semejantes, que ha ilustrado las letras y que prometía ennoblecerlas con nuevos esfuerzos, ennobleciéndose él mismo...».

La vida de Pedro se extinguió en el invierno de 1889, en la época en que las primeras ráfagas del huracán político se hacían sentir. Fue, pues, un Balmaceda enlutado, abatido e inconsolable el que tuvo que afrontar la más despiadada contienda civil que hayan visto los chilenos. La forma en que resistió, luchando hasta el límite de lo posible, fue el asombro de los que recordaban sus antiguas indecisiones, y recién entonces se pudo tener una idea de las reservas de entereza que poseía ocultas. Se sabía que era fuerte y valiente, pero no hasta ese extremo... Y lo triste y sublime es que dio su empecinada batalla como habría podido darla don Quijote, divorciado de la realidad y peleando por algo -la supervivencia del régimen portaliano- que a esas alturas ya era una quimera o un castillo de encantamiento.

Sentado a la mesita en que Rufina Lagos le servía sus solitarias comidas, redactó el Testamento Político y las cartas de adiós. Con fecha 14 de septiembre escribió al general Mitre:

«Acabo de tomar la suprema resolución de abandonar espontáneamente esta vida para entrar a la que no conocemos, pero que debe de ser infinitamente superior, porque solamente así es perfecta la obra del Todopoderoso... (...) Convencido como estoy de que no encontraré ya seguridad en ningún punto de la tierra, porque mis adversarios irán hasta el fondo del mar si allí puedo ocultarme...».

El objeto de esta carta era pedir a Mitre, propietario de La Nación de Buenos Aires:

«El favor de que las presentes líneas, escritas con ánimo sereno al borde de la tumba, alcancen la mayor publicidad posible en la prensa americana y europea. He encargado a Julio Bañados Espinosa que haga la historia completa de mi Administración; pero debo anticiparme a ese libro, a fin de no mantener suspendido por mucho tiempo sobre mi memoria el fallo de la historia...».

Ahí estaba su autorretrato: el del hombre consciente de su grandeza y obsesionado por el juicio de la posteridad.

El día 18, aniversario patrio y fecha en que debió expirar su mandato, escribió sin parar de la mañana a la noche. Escribió a Eusebio Lillo; luego a Claudio Vicuña y Julio Bañados la extensa carta testamentaria en que expresa que ha amado a la patria por sobre todas las cosas de la vida; y «cuando ustedes y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu, con todos sus más delicados afectos, estará en medio de ustedes».

Escribió a sus hermanos:

«...Piensen que yo, que he ilustrado nuestro nombre, no puedo dejarlo arrastrar y envilecer por la canalla que nos persigue».

A la esposa y los hijos:

«Dios les protegerá. El tiempo pasa veloz. Antes de mucho nos reuniremos todos en un mundo mejor que el que dejo en horas de odio y venganza».

Y en esta carta iba su recomendación dictada por la gratitud con que apreciaba los servicios de Rufina Lagos:

«...Tómala tú. Es discreta, capaz e inteligente y puedes confiarle tu casa... Se ha interesado por mí de un modo que compromete mi reconocimiento».

A la madre dirigió estas palabras:

«Tiene Ud. a Dios y su santa fe que la conforta y la levanta. Dios se apiadará de nosotros. Cúidese para sus hijos y nietos. Y crea que la ama de todo corazón el hijo que le dedicó siempre sus más tiernos y sus más vivos afectos».

Había recién terminado de escribir, pasada la medianoche, cuando Uriburu se presentó en su dormitorio. Venía de la función de gala del Teatro Municipal, donde estuvo con don Jorge Montt en un entreacto. El cansancio y su terrible estado anímico no impidieron que el

hombre que estaba en el andén de la muerte se mostrara gentil delante de la extemporánea visita. Conversaron con la animación de costumbre y esta fue la última vez que se vieron.

Como nadie habló con él después de esa entrevista, se llevó el secreto de lo que fueron sus horas finales en el mundo. Puede presumirse que el alba le sorprendió sin haber pegado los ojos. Antes de que Rufina le llevara el desayuno se sentó a redactar la última carta, dirigida al dueño de casa, para agradecerle su hospitalidad y despedirse.

La detonación del disparo despertó al vecindario a las 8 de la mañana. Al acudir la mucama, vio al suicida tendido sobre el lecho, vestido y con el rostro ensangrentado. Un minuto después, Uriburu observó los detalles que la horrorizada Rufina fue incapaz de captar. La mano exánime sostenía aún el revólver. El proyectil, después de penetrar por la sien derecha, había ido a incrustarse en la pared. El cadáver quedó semi tumbado sobre la pierna izquierda, que aparecía recogida como a efecto de las contracciones de la agonía. Sobre la mesa de noche encontraron un número de El Ferrocarril y la carta a Eusebio Lillo.

Así voló a la leyenda el héroe que la historia transformaría en símbolo de supremas virtudes ciudadanas. El mártir en cuyo mausoleo el pueblo escribe hasta hoy sus demandas de milagros a la más ilustre animista de Chile:

«Balmaceda, ruega por que adelante en mi estudio de piano. -M. O».

«Balmaceda, ruega a Dios que le den trabajo a Raúl; gracias. -TERESA».

«Balmaceda, ruega a Dios que me compren un terno para el año nuevo. -F. ARRIAGADA».

«Balmaceda, ruega para que la Olga se case con Tito», etc.

¡Fuera de Chile los Balmaceda!

La historia señorial cierra el capítulo de la Revolución del 91 con el balazo suicida que puso fin a la vida del Presidente. Corresponde a la crónica menuda retomar el cabo suelto para referir el drama de la familia del mártir, de los inocentes que se vieron acorralados en medio de la borrasca de persecuciones y venganzas partidistas. De este epílogo sombrío no quedaron testimonios contemporáneos impresos, pero el fundamento documental existe, aunque data de fecha posterior, y me cuento entre los pocos privilegiados que lo conocen. Se trata del relato escrito por Andrés Balmaceda Bello, sobrino del Mandatario, y conservado por su viuda entre los papeles inéditos que de él heredó. Compuesto en las postrimerías de una larga existencia, evoca con memoria fotográfica la odisea compartida

por el niño de cinco años que siguió a los suyos en la emigración a través de los Andes. Ignoro por qué no trascendió a la publicidad; sólo sé que Hernán Díaz Arrieta lo tuvo en sus manos y declaró al autor, en carta manuscrita, que era una de las cosas más impresionantes que había leído.

A la gentil autorización de Olga Balmaceda hay que agradecer la salida a la luz de este trozo del pasado, comparable a la huida de los patriotas después del desastre de Rancagua..., con la diferencia de que el lugar del caudillo derrotado lo ocupó aquí una heroica, una indomable y maravillosa mujer.

El desbande de la familia se produjo al día siguiente de la Batalla de La Placilla, cuando sobrevino el saqueo de las casas de los balmacedistas, que el general Baquedano no atinó a impedir con su guarnición de cinco mil hombres:

«Abandonamos nuestro hogar -cuenta Andrés Balmaceda- a medio vestir, sin ropas, sin recursos, escondidos en el fondo de un siniestro coche de posta».

Pasaron a través del populacho que invadía las calles embanderadas como un río desbordado, y han debido ver cómo de los balcones caían muebles, bacinicas, pianos de cola, vajilla y lámparas de cristal; pillos ebrios se paseaban con sombrero de copa y otros tremolaban corpiños y calzones a guisa de trofeos. Las bandas de saqueadores procedían bajo las órdenes de capataces a caballo que al toque de una campanilla mandaban iniciar o poner término a su obra de vándalos. Los empavorecidos ocupantes del coche de posta fueron a refugiarse en el hospital San Borja, mientras la anciana madre del Presidente, doña Encarnación Fernández, se asilaba en la Legación del Brasil, y su señora, doña Emilia Toro, lo hacía en la Embajada de los Estados Unidos.

Todavía estas damas se hallaban ocultas cuando el 19 de septiembre se inmoló Balmaceda en su escondite de la Legación argentina. Para salvar la vida, tal era el odio desatado, los hermanos del Presidente, excepto don José Ramón, habían salido al extranjero, de suerte que sólo permanecían en Santiago sus esposas y niños a la espera del momento favorable para seguirles.

La catástrofe que acababa de consumarse al costo de millares de vidas y de mil residencias desvalijadas, dejaba planteadas para la posteridad un sinnúmero de controversias; pero una conclusión es clara: que ninguna clase de dictadura, ni la mejor intencionada y la más constructiva, se salva en Chile de caer a corto plazo, por las buenas o por las malas, a causa del «espíritu casi selvático de libertad» que Alberto Edwards estudió en La Fronda Aristocrática. Como prueba del feroz repudio al gobernante que se salió de la Constitución está el hecho de que entre sus enemigos se contaron tres de sus deudos más próximos: su hermano Vicente, su cuñado y su suegra.

De la Legación brasileña misiá Encarnación Fernández se había trasladado al hogar de don Ruperto Allendes. Desde allí, en marzo del año 92, mandó decir a su hijo José Ramón, a su

nuera doña Emilia Toro y al resto de la parentela que era tiempo de partir para la Argentina. En un libro de Eduardo Balmaceda Valdés se lee que tomó esta determinación a raíz de haber sido escupida en el rostro por dos señoras que se cruzaron con ella en la puerta de la Catedral. De su casa, por otra parte, apenas si quedaban las murallas y los techos. La ultrajada madre del Presidente, a la que sus nietos llamaban «Mamita», iba a demostrar que la espantosa desgracia no había aniquilado sino más bien acrecentado sus reservas de entereza y energía. Iba a ponerse a la cabeza de su tribu de mujeres solas y de niños (Ana Bello de Balmaceda era madre de una guagua recién nacida), para sacarles a través de la frontera y librarles de la miseria y las vejaciones.

Abandonó el domicilio del señor Allendes negándose a aceptar la protección de la policía. Emula de Isabel Riquelme, de Paula Jaraquemada y Rosario Montt, no precisaba guardaespaldas, que están de más cuando no se tiene miedo. Contaba setenta y un años y lucía bien conservada con su tez marfileña y sonrosada en las mejillas, los ojos azules y el pelo rubio apenas plateado por la edad.

Emigraban con ella los Balmaceda Toro, los Balmaceda Bello y los Balmaceda Fontecilla. Se presume que viajaron hasta Los Andes en los coches del fundo de Melipilla y llevando por delante los animales de carga y de montura. Porque fue a lomo de mulas y caballos que la familia proscrita se internó en la soledad petrificada de la Cordillera. E. Balmaceda Valdés recogió la tradición de que su padre, don José Ramón, conducía del cabestro al «Cerezo», en cuya silla montaba la Mamita.

Textualmente dice Andrés Balmaceda Bello:

«Abandonábamos la Patria dejando nuestros hogares saqueados, nuestros bienes en peligro, la familia dispersa y vilipendiado nuestro nombre».

«Algunos parientes cercanos nos acompañaron en las primeras jornadas. Vestíamos riguroso luto... Adelante de todos, en el caballo patrón de la hacienda, la abuela anciana y casi ciega, envuelta en un amplio chal negro y tocada con una mantilla, marchaba entera, firme, callada, la cabeza baja y el alma traspasada de dolor, como un general que huye con los restos de su ejército salvado de la derrota».

Seguía a doña Encarnación Fernández su enfermera y dama de compañía Aldelicia Leiva, que cabalgaba acicalada como para una visita de etiqueta, con retoques de polvo y colorete y un ostentoso sombrero de plumas encaramado sobre el moño. Como un perro fiel escoltaba a su ama el mozo Ruperto Piña, combatiente de la guerra del 79 y de las recientes batallas de Concón y Placilla; hombre de tal capacidad que más tarde administró los fundos de la familia, escribió en los diarios y fue candidato a regidor por Melipilla.

Llegaron al anochecer a Guardia Vieja, segunda etapa del viaje. En el mísero paradero tuvieron que apiñarse en una posada de planchas de zinc donde los niños se acostaron amontonados sobre esteras, cubiertos con sus mantas de castilla y sin más calefacción que

un brasero alimentado con hojas de maíz cuyo humo viciaba el aire. Molidos de cansancio como estaban, se les pasó la noche en un ronquido; y por la mañana provocó una algazara infantil la presencia de los cóndores parados sobre la pirca del corral de las mulas; inmutables vigías que ni pestañeaban bajo las pedradas con que los chicos pretendían echarlos a volar.

En la siguiente jornada comenzaron las penurias de la marcha por los senderos escarpados al borde de los precipicios. Los arrieros llevaban sobre la cabecilla de la montura a los menores, a los que el hambre y la sed arrancaban llantos lastimeros. La señora Ana Bello de Balmaceda, madre de Andrés «dejaba rodar silenciosamente sus lágrimas sobre la criatura que sostenía en sus brazos»; y el propio Andresito gemía de angustia cuando su mula cansina se distanciaba de la silente fila india.

En Juncal hicieron alto para esperar a los rezagados, entre los que iba la reina destronada, doña Emilia Toro viuda de Balmaceda, en compañía de sus hijos. La caravana de veinticinco desterrados, más la servidumbre y la dotación de baqueanos cordilleranos, siguió tramontando por el camino de Portillo y Las Cuevas. Que la gente de entonces era más fuerte que la de hoy, podría deducirse de la forma en que resistían a la fatiga, al frío de las nieves y al aire enrarecido de la altura, desde la abuela septuagenaria hasta Valentina Balmaceda Bello, la guagua de pecho, ¡y cómo se entonaron los ánimos al trasponer la línea fronteriza! Allí estaban la seguridad y la paz, y también los brazos abiertos de los varones Balmaceda Fernández, encabezados por don José Rafael, padre de Andrés, que habían ido a esperarles para cambiar besos, lágrimas, risas de felicidad y loas al Altísimo.

Allí entraban al exilio, pero a partir de ese minuto empezaba a disminuir el tiempo que transcurriría hasta que pudiesen repatriarse...

En Las Cuevas -ya acostumbrados- alojaron en una casucha destartada en donde cinco de los pequeños debieron tenderse atravesados sobre un colchón, ateridos bajo el precario abrigo. Una tempestad de viento y nieve no dejó dormir a nadie, sacudiendo el refugio con ráfagas ensordecedoras que penetraban por los portillos de las latas para colarse por entre las mantas. Premunido de una linterna, don Rafael Balmaceda se pasó la noche metiendo tacos de papel en las aberturas de los tabiques. Viendo que su hijo menor lloraba aterrorizado, lo tomó en brazos para trasladarlo a su cama.

Al amanecer, el paisaje circundante era un sudario blanco y helado que cegaba los ojos bajo la luz furiosa del sol. La aumentada cabalgata partió siguiendo la huella del baqueano mendocino. Detrás iba la Mamita, hecha una lástima a causa de la fatiga y los síntomas de la puna, el «Cerezo» conducido de la brida por su hijo Elías. Tras ella, el solícito Piña y la impertérrita Aldelicia Leiva ataviada como para asistir a la Opera. El desfile de medio centenar de bestias de silla y de equipaje pasó a trancos cautelosos por el Espinazo del Diablo, tremebundo filo de las cumbres cortado a pico entre dos abismos. Uno de los niños iba apunado sobre su mula resonante. De pronto el mal de las alturas hizo presa en todos, sin distinción de edad o sexo. La marcha se detuvo entre gritos y quejidos y los arrieros debieron multiplicarse para administrar las sales de amoníaco, el éter, el coñac y las fricciones con nieve.

En estas deplorables condiciones llegaron a Puente del Inca, ya anocheciendo, para echarse sobre las camas de la posada convertida en enfermería.

Cuando entraron a Mendoza, al séptimo día desde la salida de Santiago, fueron advertidos de que acababa de declararse una epidemia de difteria. Vistosos letreros señalaban las casas en donde había contagiados, y era menester cubrirse boca y nariz al pasar ante ellas. Exhaustos como estaban los viajeros, forzosamente tenían que permanecer allí para recobrar las fuerzas antes de seguir a Buenos Aires. Paseando por la ciudad tropezaron con una antigua plaza arbolada en donde perduraba un vestigio de otra contienda civil chilena: el murallón que sirvió de patíbulo para el fusilamiento de los Carrera.

Al cabo de una semana de descanso tomaron el tren para cruzar los mil kilómetros de pampa que les separaban de la capital. Encariñada con el caballo que la llevó al destierro, doña Encarnación había dejado a su capataz la orden de devolverlo a sus natales potreros de alfalfa de Melipilla.

Terminó el viaje en el Hotel París de la calle Corrientes, y sólo al trasponer sus puertas pudo decir la Mamita que llegaba al final de la aventura con su hueste sana y salva.

Una fotografía conservada por sus descendientes muestra a la admirable matrona rodeada de los seres que la defendieron de la soledad en esos tres años de ostracismo. Vestida de luto definitivo, mira delante de sí con sus ojos ya casi apagados, y la expresión es vaga y desencantada. El jardín que sirve de marco al grupo familiar corresponde a la casona de la calle Cangallo, o bien a la de Cerrito, donde el clan se instaló sucesivamente a vivir. Lugares que fueron puntos de reunión casi diaria de los caídos, como se dio en llamar a los proscritos del partido balmacedista que allí representaban los señores Claudio Vicuña, Julio Bañados, Emilio Bello Codesido y Gregorio Cerda y Ossa conjuntamente con los hermanos del Presidente.

Pero no sólo estos compatriotas en desgracia, sino lo más connotado de la sociedad bonaerense acudía a manifestar su adhesión a la madre y a la viuda del legendario estadista. Los domingos solían hacerse estrechos el comedor de treinta asientos y el salón en donde la abuela presidía las mesas de naipe y ajedrez. En una ocasión en que había invitados para presenciar desde los balcones un desfile militar, el pequeño Andrés Balmaceda se encontró de pronto en los brazos del convidado de honor, un caballero patriarcal que tenía en la frente una cicatriz de guerra en forma de estrella: el general Bartolomé Mitre.

El mulato Taguada contra don Javier de la Rosa

Los payadores son la gloria del folklore americano. Sus torneos en verso, con pies forzados y con respuestas instantáneas, eran duelos caballerescos en donde se buscaba la más alta expresión del ingenio y la viveza populares. La tradición chilena recuerda una paya de

proporciones homéricas, desafío sin paralelo en el que dos hombres estuvieron ochenta horas tratando de vencerse, hasta que uno de ellos no fue capaz de seguir y, apabullado por la amargura y la vergüenza, tomó el camino de la muerte.

Lugar y fecha del encuentro: según Encina, Curicó a fines del siglo XVIII; según Acevedo Hernández (y lo confirman los versos), San Vicente de Tagua -Tagua hacia 1830.

Contendores: el mulato Taguada, maulino, apodado El Invencible; y don Javier de la Rosa, caballero latifundista de Copequén, as del guitarrón, filósofo y astrónomo y cantor jamás aventajado.

¡Ochenta horas dando y recibiendo! Ni antes ni después hubo algo parecido. Los investigadores han agotado sus rebuscas sin hallar más que unos cuantos fragmentos de esa pugna titánica, cuyo texto completo habría llenado un volumen. Las propias circunstancias en que ella se produjo no aparecen del todo averiguadas. ¿Se encontraba don Javier y el mulato por obra del azar, o se buscaban con afán de medirse? En la versión de Acevedo Hernández se afirma que había de por medio una mujer, la prometida de Taguada, a la cual cortejaba el caballero y cuyo amor esperaba conquistar si vencía a su amante. Lo que se sabe de cierto es que la muchacha asistió a la paya, como una moderna heroína de película, porque estaba allí al ocurrir el desenlace y su actitud ha quedado como espejo del alma de la mujer nativa.

Unas carreras de caballos, con motivo de la fiesta de San Juan, habían hecho congregarse a la gente de la vecindad. A la ramada de un tal Arancibia, bolichero del lugar, llegó don Javier de la Rosa a beberse una chicha. Montaba un alazán de cola larga, un sombrero, un poncho blanco y unas espuelas nazarenas de plata que eran una provocación. Pero había más: traía consigo su guitarrón célebre, el cual, según la fama «hablaba». Con él venía un séquito como los que siguen a los toreros: amigos adulones que remolían a expensas de su generosidad rumbosa.

Su aparición ha debido causar revuelo, porque allí cerca, en otra chingana, estaba el mulato del Maule con su novia y sus admiradores. ¡Por fin se iban a ver las caras los más grandes improvisadores nacidos bajo estos cielos!

Taguada era chico, no muy joven, hijo de india y español, y cantaba para vivir. Aquel día no tenía deseos de lucirse, pero dicen que al tener noticia de la llegada de don Javier, y de su propósito de enfrentarlo, se reanimó como por milagro y exclamó:

-¡Agora mesmo!

Hiciéronle ver que nadie hasta entonces le había cortado el ala al sombrero de don Javier.

-Mesmamente a mí -contestó el mulato-; naide me la ha cortado entuavía.

Era costumbre que el payador triunfante tijereteara el sombrero del vencido. Humillación atroz que dejaba a quien la sufría condenado para siempre a las burlas. Y los payadores eran seres inflados de vanidad y orgullo...

Tomó Taguada su instrumento y se acercó a la ramada vecina. Formose un corro de mirones anhelantes y bebidos. Viendo allí a su rival, don Javier de la Rosa cogió su guitarrón divino y le mandó estos versitos de saludo:

-¿Quién es ese payador
que paya tan a lo obscuro?
Tráiganmelo para acá
y lo pondré en lugar seguro.

Antes de que un segundo hubiera transcurrido, Taguada respondía:

-Y ese payador, ¿quién es,
que paya tan desde lejos?
Si se allega pa'acá
le plantaré el aparejo.

Estallaron aplausos y gritos. Y empezaron a cruzarse las apuestas. ¡Voy al mulato! ¡Voy a su mercé!

Habían designado juez a don Hermenejildo Castillo, alias don Merejo, boyero de las carretas de Santiago a Valparaíso. Ordenó a Taguada iniciar el contrapunto. Éste bordoneó sus cuerdas y comenzó:

-Señor poeta abajino
ya podimos prencipiar;
afírmese en los estribos
qu'el pingo lo va a voltiar.

Rasgueando su guitarrón, le contestó don Javier con donaire:

D. JAVIER: En nombre de Dios comienzo,
de mi padre San Benito;
hágote la cruz, Taguada,
por si fueras maldito:
De este inocente Taguada
la pregunta me da risa...
Quiébrala y échala al fuego;
florecerá la ceniza.

TAGUADA: Señor poeta abajino.
con su santa teología,
dígame ¿cuál ave vuela

y le da leche a sus crías?

D. JAVIER: Si fueras a Copequén, allá en mi casa verías
cómo tienen los mucílagos
un puesto de lechería.

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
por lo redondo de un cerro,
ahora me ha de decir
cuántos pelos tiene un perro.

D. JAVIER: Había de saber, Taguada,
por lo derecho de un huao,
si no se le quéido ni uno
tendrá los que Dios le puso...

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
viniendo del Bido-Bido,
dígame si acaso sabe
cuántas pieiras tiene el rido.

D. JAVIER: A vos, mulato Taguada,
la respuesta te daré:
pónemelas en hilera
y entonces las contaré...

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
usté que sabe de letras
ahora me ha de decir
si la pava tiene tetas.

D. JAVIER: Te doy, mulato Taguada,
la respuesta de un bendito:
si la pava las tuviera
le mamaran los pavitos,
pero como no las tiene
los mantiene con triguito.

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,

usté que sabe de asuntos,
diga qué remedio habrá
pa levantar los difuntos.

D. JAVIER: Oye, mulato Taguada,
la respuesta va ligera:
métele el dedo en... la boca
y sale el difunto a carreras...

La brillantez de las respuestas del caballero iba desesperando a su adversario a la par que hacia volverse en su favor a la versátil concurrencia. Los gritos parecían anunciar su victoria: ¡Don Javier! ¡Don Javier!

Lo del dedo en... la boca del difunto sacó a Taguada de sus casillas y provocó el enojo de sus parciales. Juzgaron que aquello era una quiebra indigna de un payador de categoría. El juez intervino para amonestar al infractor:

-Su mercé ha estado todo el tiempo tratando de burlarse de Taguá. Debe darse cuenta que no es pión de su hacienda.

-Son travesuras -contestó De la Rosa-. Me portaré como es debido; pero advierto que si me siguen preguntando tonterías, no sé adónde vamos a parar...

-Cada uno preúnta lo que puee -dijo el mulato en estado febril.

Se concedió un descanso y los cantores y los oyentes pasaron a almorzar a las ramadas. Nada apasionaba tanto a los huasos de entonces como una paya entre puertas de alto vuelo. Nadie volvió a hablar de las carreras de caballos; no hubo tales carreras. La paya se reanudó en la tarde y siguió hasta la puesta del sol; y volvió a continuarse al día siguiente:

«El auditorio - dice Acevedo Hernández- comprendía que estaban frente a frente dos fuerzas inmensas.

Ni una ni otra cedía; y a medida que pasaban las horas, parecía que se iban agigantando. Toda actividad cesó en el pueblo, y los ecos de la batalla inaudita hacían acudir a las gentes de los contornos. Don Javier de la Rosa y el mulato Taguada payaban ahora cercados por una multitud estupefacta. Ya nadie aplaudía ni reía: estaban presenciando un drama.

Al cuarto o quinto día, una cosa estaba en claro: que don Javier tenía una respuesta para cada pregunta. En otras palabras: que a la defensiva era imbatible. Entonces, deseoso de terminar, resolvió pasar al ataque. Y éste fue el comienzo de la derrota del maulino.

D. JAVIER: Me contestarás, mulato,
y aquí darás a saber,
cuáles son los cuatro hermanos,
tres hombres y una mujer.

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
lo hago salir de la porfía,
son el sur, el puelche, el norte,
la mujer es la travesía.

D. JAVIER: Contrario, tengo cien pesos,
terneros voy a comprar;
pagándolos a tres pesos,
Taguada, ¿cuántos serán?

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
le contesto sin tropiezo,
treinta y tres terneros paga
y queda sobrando un peso.

D. JAVIER: No te demores, Taguada,
Adán y Eva se vieron
desnudos y avergonzados;
¿con qué tela se cubrieron?

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
no hallando piel de animales,
de las hojas de la higuera
hicieron sus delantales.

D. JAVIER: Habís de saber, Taguada,
yo quiero saber también:
decidme por qué motivo
pica el gallo la sartén.

TAGUADA: Mi don Javier de la Rosa,
si necesita saberlo:
el gallo al sartén lo pica
porque no puede lamerlo...

Nunca lamentaremos bastante el que sólo haya quedado el fragmento final de esta «largada al agua», como el propio De la Rosa la llamó. Lo que hoy conocemos es virtualmente la caída del telón:

D. JAVIER: Taguada, yo te saludo
antes de largarte al agua,
y que sepa Tagua -Tagua-
que a bueno te ganaré.

TAGUADA: No se gaste tanta prosa;
usté lo sabe muy bien,
me ha pegao con sus libros
que hablan de ajeno saber.

D. JAVIER: Dime, si te hayas en vena,
qué dice la Teología
sobre las almas en pena
y sobre las jerarquías.

TAGUADA: Almas en pena no existen;
alma en pena, digo yo,
es la que se encuentra triste
porque la mata un amor.

D. JAVIER: Has contestado muy bien,
pero sábelo Taguada,
Dios dispone de las almas.

TAGUADA: Que Dios dispone yo lo sé.

D. JAVIER: Dime qué hay en el Oriente,
en tierras que el Ganges riega
con sus inmensas corrientes...

TAGUADA: A mí no me la pega;
usté sabe, don Javier,
que yo el Oriente no hey visto.
Preúnte cosas de ayer
y no se dé tanto pisto.

D. JAVIER: Que confieses tu ignorancia
estoy esperando yo...
¿Hasta cuándo te pregunto?
Deja el campo o me iré yo.

TAGUADA: No me preúnte leseras
que yo no pueo saber;
¡dígaselas a su madre,
que yo no lo aguantaré!

D. JAVIER: Ya te pasaste Taguada,
hablaste una herejía;
¡hiciste ca... en tu madre
y carambola en tu tía!

Aquí terminó la paya. El juez don Merejo amonestó a Taguada por su salida procaz. El mulato, fuera de sí, agotado, no supo ya qué decir, e hizo ademán de agredir al vencedor. Prodújose un tumulto de empujones y de gritos. La concurrencia aclamaba a don Javier de la Rosa, primer payador chileno de todos los tiempos.

-Doy por ganador a su mercé -dijo don Merejo.

-No te ganó él, te ganaron sus libros -le dijo a Taguada su novia.

-¡Que no me hable naide! -gritaba el mulato- ¡Que naide me dé la sal ni el agua, que Dios mismo me quite la luz! ¡Estoy deshonrao y sobro en este mundo!

-¡Viva Taguá! -gritó un alma caritativa.

Nadie le hizo caso.

-Dame tu sombrero, mulato -le ordenó don Javier.

Con unas tijeras le cortó el ala y se lo plantó en la cabeza en señal de inolvidable afrenta.

En medio de un silencio trágico, Taguada se alejó, dejando la guitarra abandonada, y partió a caballo como quien va huyendo.

No iba solo: llevaba al anca a la mujer que, pese a todo, deseaba unir su vida a la suya.

Galoparon hasta que se hizo de noche. De pronto el infeliz se detuvo y se apeó del caballo para ir a sentarse en una piedra a la orilla del camino. La muchacha se quedó a unos pasos

de distancia, sin atreverse a importunarlos. Doblando en dos, con su sombrero convertido en bonete de ignominia, el hombre parecía meditar bajo las estrellas.

Pasó un largo rato. Creyendo que dormía, la niña fue a echarse a su lado y cogió sus manos, que quiso besar... Entonces supo que nunca más, en el mundo, volverían a oír la voz del mulato Taguada.

El loco del burro

Entre 1851 y 1860, Chile fue el primer país productor de cobre en el mundo. Después de perder esta posición privilegiada, la recobró en 1871 y la mantuvo hasta 1880. Había por entonces quinientas minas en trabajo, y los cargamentos eran conducidos anualmente en sesenta veleros y sesenta vapores con destino a los puertos de Europa y el Lejano Oriente.

Esto fue obra casi exclusiva del capital nacional, en una época en que la explotación se hacía con sistemas anticuados y cuando aún no se tocaba el mineral de Chuquicamata.

Este hermoso récord no tuvo nada que ver con la iniciativa o la protección de los gobiernos: antes bien, fue conquistado a pesar de la política estatal, que encarecía la producción con los impuestos desmedidos y nada hizo por respaldarla en el exterior, no obstante que más de la mitad del consumo mundial era de procedencia chilena. Para los estadistas el cobre ha sido solamente un surtidor de ingresos fiscales: él sólo rendía más que la agricultura y la ganadería reunidas.

La clave de aquella primacía estuvo en la inaudita riqueza de las minas. Al paso que en Inglaterra se contentaban los productores con leyes hasta del dos por ciento, en Chile se decía que una veta «era mala» cuando su ley bajaba de diez.

Otro factor determinante fue el poderío de los hombres que sostuvieron la industria. Como el carbón y el salitre, el cobre atrajo o formó a los mayores magnates nacionales. Uno de ellos, don José Tomás de Urmeneta, poseyó la más cuantiosa fortuna de la América del Sur.

Los orígenes de este auge se confunden con los albores de la Independencia, y es todo un símbolo el que los proyectiles de los cañones libertadores se hayan fundido con el cobre nativo de Aconcagua y Atacama. De esa época datan las primeras exportaciones en gran escala, cuando la Compañía de Calcuta, de don Agustín de Eyzaguirre, empezó a mandar sus cargamentos a los puertos de la India (1819). Contemporáneo es también el arribo de los primeros «indiamen», buques hindúes fletados por la British East India Company (la más fuerte empresa particular del orbe, con armada y ejército propios), que venían a buscar el metal rojo a cambio de trigo y el té de Ceylán.

En pos de los traficantes llegaron los mineros y hasta los fundidores -tan rápidamente se extendió la fama del chilean copper-; y ya a mediados del siglo existía en Guayacán,

levantado por una sociedad inglesa el célebre establecimiento de fundición con el que iban a relacionarse los grandes negocios cupríferos.

Urmeneta entró en acción hacia 1834. La posteridad conoce la altura a que alcanzó y la envergadura de la obra que legó a su patria. Lo que suele ignorarse es el punto desde donde empezó a subir y las circunstancias que determinaron su encumbramiento fabuloso.

Este legítimo rey de la minería nació en Santiago en 1808 y murió en Limache en 1878. Era un retoño de esa inmigración vizcaína que hizo la prosperidad y el prestigio de Chile y que en nuestros días se ha visto reemplazada por la inmigración semita. La muerte de sus padres lo dejó huérfano a los diez años. A los quince, el hermano que lo protegía le costeó su traslado a Providence, Rhode Island, Estados Unidos, para que estudiase comercio. Al regresar, cuatro años después, ya pudo bastarse a sí mismo, pagando el pasaje con el producto de su primer negocio: la venta de un cajón de agujas. El hombre excepcional se anunciaba en sus actos. Habiéndole sido adjudicada su parte de la herencia familiar, renunció a ella en favor de sus hermanas, no pidiendo otra cosa que una mancerina sin valor, recuerdo sentimental de su madre. Después de una segunda salida al extranjero para completar su aprendizaje mercantil, vino a establecerse en la hacienda de Sotaquí, departamento de Ovalle, de la que era propietario su amigo don Mariano Ariztía. Allí contrajo matrimonio con doña Carmen Quiroga, y es importante saber que la única dote que novia y novio aportaron, fue «la decencia de sus personas».

El objeto de su establecimiento era hacerse cargo de la administración de la hacienda, que Ariztía le había confiado más por caridad que por conveniencia... Pero desde el momento mismo de instalarse allí, sus miradas se posaron sobre un cerro que divisaba desde el corredor de la casa: el cerro Tamaya.

Está éste situado a veinte kilómetros al N. O. del pueblo de Ovalle, en la banda septentrional del río Limarí, y corre de norte a sur con una altitud de 900 metros. Su aspecto es salvaje y desolado. Su sola utilidad era una vetita de cobre, ya medio bronceada, de la que extraían metal para la manufactura de utensilios domésticos.

Contrariando la opinión de los mineros y cateadores, el joven Urmeneta se forjó la idea de que esta montaña podía esconder un vasto yacimiento. El origen de su intuición es un misterio; sólo se sabe que, con la ayuda pecunaria de su protector, tomó en arriendo un pique abandonado, casi en la cumbre del cerro, y comenzó a trabajarlo con sus pobres medios.

A poco de iniciarse las faenas, los barreteros tropezaron con una buchada que hizo de su explorador un pequeño potentado. La producción, enviada a Inglaterra, significó una ganancia de doscientos mil pesos de 48 peniques.

Pero la bonanza no debía pasar de allí. El pique se broceó, y en dos años se tragó la mayor parte de los haberes del empresario.

Inmutable ante el fracaso, éste denunció otra mina abandonada, la de El Durazno, que creía más cercana a la supuesta veta matriz, y empezó a horadarla en la roca viva. La nueva

empresa consumió los restos de su capital. Arruinado, tuvo que sacar a su mujer y a sus niños de la casa de Sotaquí y llevárselos consigo a un rancho de adobes y techo de totora que levantó en la falda del cerro. Los paisanos le hicieron blanco de su lástima y de sus burlas. Por su costumbre de movilizarse en un asno -que otro lujo no podía permitirse-, le llamaron «El Loco del Burro».

Es fantástico e increíble, pero estrictamente verídico: Urmeneta vivió en el Tamaya dieciocho años. Su caso no tiene precedentes, no se parece a nada. En este lapso sus hijos crecieron -descalzos y semidesnudos-, su esposa tomó la apariencia de una mendiga, y él mismo estragado por el hambre y la obsesión, llegó a parecerse a un espectro.

Cierto día, en octubre del año 52, su desastre culminó. No teniendo ya con qué comer ni con qué pagar a sus hombres, se resolvió a darse por vencido y puso en venta la mitad de su pertenencia. Pero no encontró interesados, porque nadie quería la mina maldita.

En tal momento decisivo -gran momento de la historia de Chile-, el noble Ariztía acudió una vez más en su ayuda y le entregó cuarenta mil pesos para que jugase su última carta.

La perforación se reanudó, y dos días después, en el lugar denominado Frontón de Campino, a 330 varas de profundidad, las barretas cortaron un filón de un metro ochenta de grueso y de ley del sesenta por ciento.

¡La veta cuprífera más grande y más rica jamás encontrada en el mundo!

«No ha habido minero -dice un historiador- que haya merecido más ampliamente su suerte y su caudal».

De un día para otro, el Tamaya solitario pasó a ser el mágico imán que atraía a los soñadores de riquezas. Sus laderas se poblaron de cateadores afanosos, y una en pos de otra fueron descubriéndose nuevas minas. El cerro entero era un depósito de cobre de leyes descomunales.

Urmeneta frisaba entonces en los cuarenta y cuatro años. Se le describe como un hombre de airoso porte, parco y glacial a simple vista, pero poseedor en el fondo de una sensibilidad incomparable.

Sus virtudes fueron recompensadas con largueza. El solo Pique Urmeneta, como se llamó a la mina descubridora, le produjo diez millones de pesos. Las otras vetas, que posteriormente fue comprando, han debido rendirle cuatro o cinco veces más.

Su tenacidad fenomenal y sus rentas inmensas permitiéronle imprimir a sus empresas un impulso del que no había ejemplo en el país. Las faenas de extracción se modernizaron mediante poderosas maquinarias movidas por el vapor y manejadas por operarios traídos de Inglaterra. Al pie de la montaña surgió una población, y un camino expresamente labrado

dio paso a los convoyes de mulas y carretas que transportaban el mineral hasta la costa. Navíos de Liverpool, Swansea y El Havre venían a estacionarse en Coquimbo a la espera de su embarque.

Las exportaciones debían hacerse en bruto, porque la fundición inglesa de Guayacán había fracasado y se hallaba paralizada. En 1858, Urmeneta decidió que el cobre chileno debía fundirse en Chile, y sin dilación compró el establecimiento y se dio a la tarea de reacondicionarlo.

Lo que no habían conseguido los británicos, lo logró él a fuerza de práctica y paciencia. Mezclando en cierta porción (secreto suyo) los óxidos con los sulfatos, obtuvo un abaratamiento y una aceleración del fundido que habilitaron a la usina para volver a encender sus fuegos. La dirección del negocio corría a cargo de don Maximiano Errázuriz, su yerno predilecto, con el que había formado la sociedad Urmeneta & Errázuriz. Era la mayor fundición de su especie en el continente, después de la de Lota: daba trabajo a cuatrocientos hombres y consumía cada año 25.000 toneladas de carbón. El Humo de sus treinta y cinco hornos ennegrecía el cielo del lugar, y su resplandor, por las noches, era el faro que guiaba a los buques al entrar en la bahía.

El nuevo multimillonario se tomó un memorable desquite de sus años de miseria. El esplendor y magnificencia de su vida hicieron época en la sociedad chilena. En los alrededores de Limache compró para su solaz una estancia de quinientas cuadradas, que fertilizó con obras de regadío y forestó con especies exóticas, hasta convertirla en un lugar de ensueño. En la capital (calle de las Monjitas) levantó un palacio suntuoso al costo de quinientos mil pesos. Construido en piedra y en estilo gótico inglés, este edificio tenía puertas de maderas preciosas y vitrales coloreados a fuego. Sus salones y vestíbulos llegaron a reunir la más valiosa galería de arte conocida en Santiago. Fiestas y bailes feéricos lo tuvieron por escenario, y su celebridad lo pobló de leyendas. Se decía que los duendes se daban cita en sus enormes habitaciones y que en una de las torrecillas, disimulada por la yedra, existía una salida secreta por donde el dueño de casa escapaba en horas nocturnas.

A la puerta del palacio había una berlina con caballos y lacayos importados de Inglaterra. En días de spleen o de ocio, el magnate se hacía conducir a Valparaíso. Allí lo esperaba el Dart, su yate a vapor de doscientas toneladas, con camarotes principescos y tripulación de uniforme. A su bordo embarcose una vez con el naturalista Philippi y el fotógrafo Helsby, y salió a vagar por el Pacífico. Parodiando a Colón, gratificó al vigía que primero divisó la tierra de Juan Fernández. Haciendo él mismo de piloto, puso la proa a la Oceanía y fue a dar a Tahití, el edén de las vainas que se entregan por una sonrisa.

Favorito del éxito y la fama, se vio aureolado de todos los honores que podía apetecer. Fue hecho diputado (1858) y senador (1861); presidió los directorios de los ferrocarriles fiscales, fue juez de la Corte Suprema y consejero de Gobierno; y en el colmo de su triunfo (1870) lo ungieron candidato a la Presidencia de la República, que se le escapó de las manos por causa de la intervención electoral.

Los que de él se mofaron un día, cuando cabalgaba en el burro de la pobreza, han debido mirarlo después con estupefacción supersticiosa, como si en él se hubiese encarnado el héroe de un cuento legendario.

El incesante crecimiento de la producción hizo insuficiente la capacidad de Guayacán. Teniéndolo previsto, Urmeneta planeó y ejecutó en dos años el montaje de una nueva planta fundidora. El lugar elegido fue la bahía de Tongoy, a treinta kilómetros al sur de Coquimbo, sobre una caleta que antaño utilizaron los balleneros y cuya playa estaba cubierta de restos de cetáceos. La imponente fábrica significó un desembolso de un millón de pesos, y fue traída des Alemania en un barco expresamente fletado. Inaugurada en 1868, se la exhibió como el más acabado exponente de la industria pesada nacional. Comprendía nueve hornos de reverbero y otras tantos de manga; potentísimos chorros de aire multiplicaban la liquidación de los metales. Frente al establecimiento debieron construirse tres muelles de fierro, dotados de equipos de vagonetas y grúas a vapor. En la cercanía se formó una población de mil quinientas almas.

¡Las realizaciones que hoy están reservadas a los gobiernos y a los trust financieros, las llevaba a cabo un hombre solo, con sus propios medios y sin respaldo de nadie!

Su audacia y dinamismo no se detuvieron aquí. En plena era del ferrocarril, resultaba anacrónico el que los minerales se siguiesen transportando en carretas..., y entonces encargó a Errázuriz que hiciera construir un camino de hierro desde las minas hasta Tongoy, y luego otro desde Guayacán hasta Cerrillos, para empalmar con el F. C. de Coquimbo.

Las dos líneas, de una extensión conjunta de cincuenta kilómetros, se entregaron al servicio entre 1859 y 1868, y fue su costo de un millón y medio de pesos. Los rieles treparon por las faldas del Tamaya hasta su cumbre misma, casi a novecientos metros de altura; y hasta allí subieron los trenes, arrastrados por dos y tres locomotoras, para recoger el tesoro que fluía del fondo de los piques.

Simultáneamente Urmeneta había terminado de comprar las restantes minas del cerro, y a la fecha explotaba las más ricas de entre ellas: la Almagro, la Murciélago, el Borracho, Arenillas, Las Ánimas, Campaniñ y San Lázaro. La fama de su fuerza colosal repercutió en el exterior: en la Mining Review de Chicago, un articulista le llamó «The mining Genius of Chile».

Fueron esos los años en que el cobre alcanzó su récord histórico. Ferrocarriles y fundiciones no daban abasto: en 1871 Guayacán casi se fundió a sí misma (al decir de un humorista) entregando su cifra tope de cuatro millones de kilos en barras y seis millones en lingotes. La usina sólo dejaba de funcionar seis horas en el año: lo justo para limpiar las tuberías de sus hornos. Tongoy apenas le iba en zaga, y la producción de las dos mantenía ocupada en su acarreo al grueso de la flota mercante nacional.

Sobre el hombre del Tamaya caía la riqueza como un aguacero. Desbordándose, ésta tuvo que ser canalizada en otras direcciones, en negocios que ya casi escapaban al control de su dueño. Durante los últimos años de su vida el rey del cobre abordó la industria vinícola,

plantando en Limache la viña que sería famosa y cuya administración confió al segundo de sus yernos, don Adolfo Eastman. Intervino a la vez en las empresas carboníferas, explotó la plata y el oro en catorce minas de Punitaqui, Tambillos, Arqueros, Huasco y Andacallo. Del mismo modo estuvo comprometido en los cultivos experimentales de la seda y la betarraga de azúcar. Su fortuna llegó a estimarse en setenta millones de pesos.

Si no fue aún más poderoso, es porque practicó el principio de que hay que hacer algo por el prójimo.

Se mencionan entre sus gestos filantrópicos el obsequio de un lazareto y dos escuelas al pueblo de Limache y la subvención de seis colegios en las poblaciones mineras; la fundación de la Casa de Orates de Santiago, el mantenimiento del Hospital de San Vicente y el pago de la mayor parte de las obras del cerro Santa Lucía. Como amante del arte, fue un mecenas que mandó a perfeccionarse en Europa a pintores y escultores que más tarde alcanzaron la celebridad. Sin ser banquero ni prestamista, financió los proyectos industriales y comerciales de cuanta gente buscó su ayuda. Entre los favorecidos se cuenta el Gobierno de la República, al que facilitó trescientos mil pesos para la construcción del ferrocarril Santiago-Valparaíso.

Sus donaciones espontáneas no pueden casi enumerarse. Con la misma generosidad con que hizo restaurar las iglesias de La Estampa y la Viñita, dotó de equipo al Cuerpo de Bomberos, proporcionó su yate durante el conflicto con España, socorrió al vecindario de Valparaíso a raíz del bombardeo y encabezó todas las listas de suscripciones para la erección de los monumentos que adornan la capital.

Los legados y pensiones llenan páginas y páginas de su testamento. Pocos días antes de morir, entregó a Eastman una orden escrita encargándole que sus funerales se hiciesen sin ninguna ostentación «pues quería que la que se había de gastar en una ceremonia, se repartiera entre los pobres».

Sus exequias tuvieron el brillo de una apoteosis. El templo de San Francisco fue estrecho para contener a la multitud que desfilaba ante la capilla ardiente; y un acompañamiento popular de millares de personas marchó en pos de la carroza. Lo lloraron y lo despidieron como a un benefactor de la nación.

Lucha romana en 1855

El tráfico a California en los años de la fiebre del oro, convirtió a Valparaíso en un centro cosmopolita permanentemente invadido por pasajeros sedientos de diversiones. Había una variedad de esparcimientos digna de las urbes europeas. La ópera italiana funcionaba a

tablero vuelto en el Teatro de la Victoria y los circos internacionales se sucedían en las carpas del Almendral; el Jardín Abadie daba una retreta diaria con sus bandas, mientras la Sociedad Filarmónica presentaba a los virtuosos en tránsito por la América, y el Salón Óptico exhibía el portento de la linterna mágica con sus «vistas» de la guerra de Crimea; amén de las riñas de gallos, más o menos clandestinas, y las carreras dominicales en las ramadas de Viña del Mar... Un espectáculo nuevo vino a sumarse con motivo de la tournée por el Pacífico, en el estío de 1855, de M. Alfredo Charles, un atleta francés que se hacía llamar «el rey de los luchadores» y que lanzó un desafío a los forzudos chilenos capaces de enfrentarlo.

La lucha romana, o lucha de hombres, como entonces se decía, no era ignorada en el país, donde solía cultivársela sin mayor observancia de sus principios reglamentarios. Lo que esta vez provocaba la expectación del público era el prestigio de que venía precedido M. Charles, hombre al que nadie, en toda Europa, había podido vencer. Otra circunstancia notable era que ofrecía lidiar hasta contra seis adversarios en una misma ocasión, y ofertando un premio de 500 pesos -suma cuantiosa en esos días- a quien lograra derrotarlo.

El desafío, publicado en El Mercurio, decía a la letra:

«GRAN LUCHA EXTRAORDINARIA DE HOMBRES dada por M. Charles para el domingo, 28 de enero, a las 5 y media de la tarde.

En el primer Tívoli de Polanco se hallará un anfiteatro hecho con el mayor gusto y a la sombra, que ofrecerá buena comodidad a la sociedad.

M. Charles se ha decidido a dar una lucha en Valparaíso como recuerdo grato a sus ilustrados habitantes; pero piensa que será la única.

A este efecto invita a todos los hombres de mayores pulsos, sin excepción de color ni nacionalidad, a medirse con él; el mismo premio de 500 pesos será la recompensa del vencedor.

Las personas que quieran lidiar pueden inscribirse en el mismo Polanco hasta el miércoles 24 del presente.

Los convites (programas) del día darán el detalle y pormenores. Salud y respeto.-

(Firmado) ALFREDO CHARLES».

Seis valientes, ansiosos de gloria y de dinero, aceptaron el reto. Figuraba entre ellos José Soto, un mocetón que lucía el apodo de «el Hércules Chileno» y cuyas hazañas de fuerza muscular habíanle hecho célebre. Era el prototipo del mestizaje araucano-español, que todavía daba sus grandes especímenes, tales como el andarín Mutra, que viajó a pie desde Concepción hasta Copiapó, con su equipaje al hombro; y como el loco Juan Aguilar, que se

creía caballo y viajaba entre Santiago y Melipilla trotando a parejas con los coches de posta. Soto no era lo que hoy se llamaría un luchador «científico»; pero poseía tan tremenda potencia, que podía, imitando a don Juan José Carrera, detener un coche sobre la marcha cogiéndolo por los rayos de las ruedas, o -como lo hizo delante de testigos- sacar un caballo caído en un pozo tirándolo por las orejas.

La expectativa de ver en la arena a tales colosos arrebató de entusiasmo al vecindario porteño. La lucha se concertó con todas las reglas clásicas. Se exigía a los contendores presentarse con las uñas cortadas y se les prohibía untarse el cuerpo con sustancias oleaginosas. Otra prohibición decía:

«No se admite luchador en estado de embriaguez».

Cada encuentro duraría hasta media hora, quedando sin decisión si a su término ninguno de los atletas había sido «planchado», esto es, puesto de espaldas y con los hombros tocando el suelo. El acto de golpear, arañar, echar zancadillas, oprimir la garganta o insultar al adversario, daría motivo a la descalificación. Un jurado de tres personas imparciales decidiría las disputas o reclamos que se suscitasen. La entrada valdría un peso, y había una banda de músicos para amenizar los intermedios.

La función, empero, no pudo llevarse a efecto en el día fijado: la propia concurrencia, superior en número a cuanto se había previsto, vino a malograrla. Más de mil personas entraron al Tívoli e invadieron incluso el proscenio que debían ocupar los luchadores. Un portavoz de M. Charles tuvo que abrirse paso a viva fuerza para anunciar que el desafío quedaba postergado hasta que pudiese habilitarse un local más espacioso.

Este chasco, y la determinación de no devolver las entradas, exasperó los ánimos. A una pifia general se siguió el desahogo de los violentos mediante gritos ofensivos y la destrucción de la verja y el jardín que ornamentaban el recinto. Con lo que la lucha terminó para algunos en el local todavía más estrecho del cuartel de policía.

En un sitio eriazo que daba frente a la Plaza del Orden, vale decir, a la orilla del mar, levantó M. Charles un anfiteatro de tablones, con una pista en el centro, capacitado para mil quinientos espectadores. Él era su propio empresario, y, a lo que parece, administraba su capital con cautela típicamente francesa. No bien había terminado la construcción, la Intendencia mandó clausurarla, en vista de la peligrosa fragilidad de las aposentaduras. ¡Por ahorrarse unos pesos, el glorioso campeón pretendía exponer a los «ilustrados habitantes» a un derrumbe catastrófico! Este hecho insólito depreció los bonos de su popularidad y fue causa de una nueva postergación.

«Un reñidero de gallos de la más mísera aldea -comentaba El Mercurio- no ofrecería un aspecto tan despreciable y repugnante. Se le hace un insulto al público al convidarlo a asistir a semejante barraca».

Sólo cuando ésta quedó convenientemente reforzada se le permitió al económico match-maker abrir sus puertas y anunciar su «lucha de hombres» para la tarde del domingo 18 de febrero.

Fue un acontecimiento extraordinario, del que no pudo, sin embargo, sacar su promotor el provecho que esperaba. Como el local carecía de techo y todo Valparaíso es un puro anfiteatro, apenas seiscientas personas entraron al stadium; el resto en número de millares, prefirió mirar desde lejos, sin pagar, y ocuparon los dos cerros próximos y los tejados que daban a la plaza.

Los cuatro primeros desafiantes fueron tres «rotos» y un marinero norteamericano. Escatimando sus energías como escatimara su dinero, M. Charles se contentó con no dejarse vencer: planchó a dos y empató con los demás. Reservaba sus fuerzas para Soto, que era el hueso duro de roer.

Cuando el Hércules de Chile y el rey de los luchadores se colocaron a dos varas -la distancia de rigor para empezar la lidia-, se echó de ver su desproporción física. Soto era media cuarta más alto y su musculatura recordaba la de un gladiador romano.

Iniciado el combate, lo primero que hizo fue coger al francés por el pescuezo, zarandearlo en el aire y arrojarlo al suelo como a un fardo de lana. Hazaña que arrancó al público un griterío ensordecedor e hizo creer que el rey iba a perder su corona y el premio ofrecido.

Pero M. Charles, con su menor reciedumbre, era veloz como un pez y poseía los secretos de su arte. Cayó, y caería muchas veces, casi sin tocar el piso; tal era la agilidad con que volvía a ponerse en pie. Contra esa facultad se estrellaba en vano la terrible fuerza de su enemigo, desencadenada en embestidas de toro furioso. Y cuando éste parecía tenerlo a su merced, se le escurría, nadie sabe cómo, rubricando la escapada con una sonrisa. El encuentro era como un símbolo vivo de los mundos que ambos representaban: el americano, exuberante, inexperto y desordenado; el europeo, fino, metódico, imperturbable en su seguridad de maestro. Al cabo de la media hora estipulada, Soto no pudo atrapar a aquella anguila humana. Pero ésta no logró tampoco dominarlo, y la lucha terminó para el criollo con la gloria de quedar invicto. Mérito que los amateurs premiaron sacándolo en andas, mientras saludaban al otro con una rechifla.

Este resultado indeciso dio pábulo a una apasionada rivalidad, llena de incidencias pintorescas. Habiendo hecho notar la prensa que M. Charles luchó cansado, después de sus cuatro lidias preliminares, Soto se sintió ofendido y propuso la repetición del encuentro en igualdad de condiciones. En el acto aceptó el campeón, que hasta entonces traía saldo al debe y no aspiraba más que a recuperar lo perdido. Contestando a la invitación, manifestó desde El Mercurio que «lucharía en un cuarto cerrado hasta que uno de los dos pidiese la llave para salir».

Tres semanas después se encontraron nuevamente en la barraca de la Plaza del Orden. El empresario, en este lapso, no se había decidido a colocar el techo, y la consecuencia fue un nuevo y peor fracaso en el bordereau: sólo trescientas personas pagaron la entrada y cinco mil se apiñaron en los gratuitos asientos de las quebradas vecinas. ¡Demasiado tarde vino a aprender M. Charles que no es bueno tener el «tejado de vidrio»!

Pero su disgusto mayor fue la imposibilidad de abatir a aquel muchachote de músculos de acero. Los más sutiles recursos rebotaban contra su fuerza bruta inmovible; y ahora era él, el rústico, quien desbarataba sonriendo las embestidas del maestro. Habíanse trocado los papeles, porque el invencible europeo no aceptaba, en su orgullo, sino la victoria, y el no poderla conseguir lo enfurecía. Seis veces rodó por el suelo, después de ser levantado y sacudido como una pluma, y apenas si pudo salvarle su maravillosa agilidad. Agotado y fuera de sí, interrumpió la contienda para reclamar a los jueces de una zancadilla que nadie había visto. Su actitud provocó a su vez la irritación de la concurrencia, que se dividió en dos bandos opuestos y promovió un pandemonium de gritos y pifias. Se hizo notar un caballero italiano que, parapetado detrás de un guardián, increpaba furiosamente a Charles y le ofrecía curtirlo a bastonazos.

El tiempo de reglamento se completó sin que pudiesen calmarse los espíritus; y una vez más el rey de los luchadores debió conformarse con un resultado que equivalía a la derrota.

La rivalidad entablada no acabó allí: faltaba todavía su sabroso capítulo final.

Comentando las alternativas de la lidia, el redactor de El Mercurio manifestó que Soto había sido «más hombre» que su adversario. Picado Charles en la médula de su vanidad, publicó un remitido en el que trataba de reivindicar su prestigio. Insistía en acusar al Hércules de zancadillas invisibles y quejábase de la hostilidad de los espectadores, especialmente del italiano del bastón, del que textualmente decía:

«Le aconsejo ir más bien a comer macaroni a su país natal que poner el desorden en la arena».

La carta terminaba proponiendo una nueva y última revancha, esta vez «a brazo partido», para dilucidar el pleito en definitiva.

Soto aceptó, pero exigiendo hacer él las veces de empresario. Con mayor criterio que su antagonista, arrendó un local cerrado -el teatro de la Compañía Winther Ravel, en la calle Independencia-, con asientos para quinientas personas. Fijó su lucha de hombres para el sábado, 14 de abril, a las 8:30 de la noche, avisando que enfrentaría, aparte de Charles, a todos los que se pusiesen delante, y ofreciendo como premio el producto de las entradas.

Se presentaron siete contendores: cantidad suficiente para quebrar la resistencia de un Milón de Crotona. Pero con tal prontitud eliminó Soto a los cuatro primeros, que los dos siguientes optaron por no subir al proscenio.

La concurrencia, que llenaba la sala, creyó que esta vez, por fin, el invicto francés iba a dar cuenta del mocetón con su ventaja de encontrarlo cansado. Pero el desenlace fue de una índole enteramente imprevista. A los diez minutos de faena, el Hércules se echó a su majestad a la espalda y lo arrojó al suelo con tal violencia que por poco hunde el escenario. Como siempre, Charles escapó; pero su moral se había trizado -cual si de pronto aquilatase la espantable fuerza del adversario-, y ya no atinó más que a rehuirlo. El combate cayó en la monotonía y el público empezó a silbar y patear. Con ello acabó Charles de perder el aplomo, y, volviéndose a la platea, vociferó que «el que quisiera lidiar con él a patadas y trompones, subiese a las tablas». El extraño desafío provocó una explosión de risas y pifias. En una instante, la aureola del gran Charles se apagó y el espectáculo degeneró en tumulto. Dos hombres de las luchas anteriores entraron al escenario, a medio vestir, diciendo hallarse dispuestos a combatir a puntapiés. La gente saludó su gesto con una tempestad de aplausos; pero la policía intervino para impedir el escándalo. Público, luchadores y guardianes gritaban y forcejeaban a la vez; en los pasillos, los atletas improvisados sostenían pugilatos colectivos, mientras la concurrencia femenina huía fuera del teatro.

Tras muchos esfuerzos pudo restablecerse la calma; pero Charles, con aquella multitud declarada en su contra, no osó seguir luchando, y tomó el prudente partido de escabullirse.

Después de lo cual no volvió a dejarse ver, y un buen día desapareció sin que nadie lo advirtiese.

Tampoco se supo más de Soto, quien pasó al olvido con sus soberbias facultades, a las que él mismo, según parece, no concedía importancia.

Los Conquistadores y los Reyes de España

Octubre, 1958

Las mejores películas chilenas son las cortas y sin pretensiones. Vi una excelente de la Antártida. El público aplaudió.

Voy a poner un reparo a la película. Se trata de la presencia fugaz de cierto detalle revelador de un error histórico repetido e inveterado. En dicha película aparece S. M. el rey de España, en su trono, en el momento de nombrar a Pero Sancho de Hoz gobernador de las nuevas tierras que descubriera, con exclusión de Chile. Este Pero Sancho había sido socio de Pizarro. Tales contratos se ventilaban mediante el Consejo de Indias, en nombre del rey, pero nunca con el rey en persona.

El origen de los conquistadores es oscuro y humilde. Superaron con sus proezas a los soldados españoles de su tiempo. Sus hechos asombraron y continúan asombrando a los investigadores que se interesan en ellos. La Conquista es, según Lumnis, «la más grandiosa, la más larga y sorprendente hazaña de la historia».

No sé si a dichos héroes, de origen plebeyo, les hubiera agradado que los historiadores les agregaran dones y des a sus nombres.

Valdivia sentía natural repulsión por la gente titulada de España. Pizarro, analfabeto como Almagro, no supo que, casi un siglo después de su muerte, uno de sus descendientes sería convertido en marqués.

El origen de los conquistadores es oscuro, y laudable es nuestro propósito de ennoblecerlos agregando, desde luego, un de entre nombres y apellido, además del don: «Don Quijote endonó a la maritornes de Tolosa y a las mozas del partido», dice Rodríguez Marín. No es raro que nuestros quijotescos historiadores hayan endonado a las concubinas de los conquistadores. Ercilla encantó a una de éstas con nombre de Libros de Caballería. Me refiero a la tercera y última concubina de Valdivia, Juana Jiménez, a quien adornó el cantor de La Araucana con el nombre de doña Mencía de los Nidos. Estas transformaciones echaron raíces en nuestras tierras. Asombrábase de ello Santa Teresa. En carta de Sevilla, en 29 de abril de 1576, dijo:

«Cuanto a los dones, todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá, que es vergüenza».

Extremadura, la región de donde se desgajaron los conquistadores, es la más atrasada de España. Don Mariano José de Larra, el inconmensurable cronista, viajó por dicha tierra en diligencia, allá por 1834, y nos dio un cuadro inolvidable del país cuyos habitantes son llamados vulgarmente choriceros. Otros les llamaban corsarios. Es seguro que así como los vio Larra fueron los antepasados de nuestro pueblo. Larra pasó por cierta parte del camino, entre Mérida y Badajoz, donde hay unas hondonadas llamadas «El Confesionario». En dicho terreno los bandoleros confesaban a los aterrados pasajeros. Los siniestros Cerrillos de Teno, en Chile, son descendientes del Confesionario extremeño.

Sigo con mi asunto. Es seguro que ningún rey de España tuvo tratos personales con los conquistadores o contratistas en el Nuevo Mundo. Ni les oyeron ni leyeron sus cartas. Es seguro que Felipe II no conversó con Ercilla, ni antes que viniera a estas Indias, ni después, cuando el soldado poeta se estableció en Madrid. El rey don Felipe II no leyó La Araucana.

Ercilla era un vasco nacido en Madrid. Los vascos eran solicitados para el servicio de los nobles y de los ricos. Eran famosos como «mozos de espuelas». En dicha condición acompañaron alguna vez a los reyes en sus viajes compuestos con numerosos carruajes y gente montada.

Respecto a la dedicatoria de La Araucana al monarca, dice Medina:

«¿Cómo recibió esta dedicatoria el monarca español? ¿Leyó la obra, o siquiera la dedicatoria? Es probable que ni una ni otra cosa».

Poco antes de su muerte escribió Ercilla, refiriéndose a su pluma:

«Siempre ha dado en seco y en vacío...»

En asuntos atinentes a los nuevos dominios ultramarinos se ocupaba el Consejo de Indias. Después de leer los voluminosos tomos del doctor Marañón, titulados Antonio Pérez, comprendemos mejor la indiferencia de los monarcas españoles hacia los asuntos de estas tierras.

Mitos, mitos y mitos

Cuando don Pedro González de Mendoza conoció el nuevo Estatuto hecho en Guipúzcoa, en que impedía que fueran allá «a morar o a casar», desde otras partes de España, exclamó:

«¿No es de reír que todos, o los más anbian acá sus fijos que nos sirvan de mozos d'espuelas y que agora no quieran ser consuegros...?».

La carta de don Pedro de Valdivia, la del pie del Santa Lucía, ni la escribió Valdivia ni la leyó Carlos V. Fue escrita por el «secretario de cartas». Según don Germán Riesco, júnior, la calefacción en los antiguos inviernos consistía en leer la carta de don Pedro de Valdivia; donde dice que en Chile nunca hace frío.

¡Cómo se pondría orondo Valdivia si pudiera mirar a la tierra en este 12 de octubre de 1958 para presenciar la caravana que le resucita vestido con utilería de teatro, en primer actor joven, cerca de la linda Inés Suárez! La caravana del fundador de las calles de Santiago es la realidad transformada en cuento de hadas. La realidad de los soldados sucios, prietos de sol y de lodo, andrajosos, seguidos por indios en miserables filas.

La historia más graciosa de la indiferencia de los reyes respecto de los americanos es la que contó el indio peruano González Lobo. Llegó a España a fines de 1679, esperando en ver al monarca. Después de tres años, mediante aventuras de novela picaresca, por entre laberintos de pasos, de pasadizos y de escaleras, después de sufrir innumerables plantones, conoció a otro que aguardaba como él, un aspirante a jardinero de palacio. Ambos recorrieron cada día el dédalo de pasillos y de antesalas. Le remitieron a casa de la baronesa Berlips, conocida por el apodo de «La Perdiz». Todo el patio de la casa era antesala: «El poder de los magnates se medía por el número de postulantes que aguardaban en sus puertas». Finalmente doña Antoñita Núñez, enana de la cámara del rey, se apiadó de él. Sólo quería besar los pies del monarca. Regaló a la enana un cintillo. La enana le llevó de la mano, por escalones, antesalas y retorcidas filas de palaciegos y guardias, hasta una puerta enorme y doble. Por fin estaba en presencia del soberano más poderoso de la tierra: Don Carlos II de España, hijo de Felipe IV y de doña Mariana de Austria. El indio González Lobo describió al soberano español como sigue:

«Su Majestad estaba sentado en un grandísimo trono, sobre un estrado, y apoyaba los pies en un cojín de seda color tabaco, puesto encima de un escabel. A su lado reposaba un perrillo blanco. El encaje de Malinas que adornaba el pecho del rey estaba humedecido por las babas que fluían de sus labios. Todo él despedía un fuerte hedor a orines. Sus piernas eran increíblemente flacas. La enana Antoñita se le acercó al oído y le habló algo. Su Majestad me miró, pero en ese instante saltó un mono y distrajo su Real atención». (El Hechizado, por Francisco Ayala.)

En La Historia de los Agustinos en Chile leí lo que contó, en su estilo imponderable, el obispo Villarreal, de su viaje a España. Dijo que los deseos de los criollos de inclinarse ante los reyes expiran en los umbrales del palacio real. Vitupera el celo de los ministros para alejar a los criollos del rey de España.

El marqués de Viana, palaciego, íntimo servidor y amigo del último rey, se jactaba de no querer conocer hispanoamericanos. Entre la verdadera nobleza madrileña la presencia de criollos rebajaba el nivel de distinción de las fiestas.

He dejado para el fin el asombroso caso de Hernán Cortés. Pobre, solo y olvidado, hallándose en la corte sin poder ver al emperador Carlos V, le aguardó a que saliera y se colgó del estribo de su coche. Fue alejado por los guardias, mientras el emperador, asombrado preguntaba:

-¿Quién sois?

Cortés respondió:

-Soy el hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaran vuestros padres y abuelos. Soy Hernán Cortés.

Criollos en los tiempos coloniales

Los teóricos se esforzaron por fundar en una doctrina filosófica la irritante desigualdad que la metrópoli había establecido entre los peninsulares y los criollos.

Según algunos autores, los primeros eran por naturaleza superiores a los segundos. En la época de la conquista, se había sostenido que los indígenas habían nacido para ser esclavos de los conquistadores.

En la época de la colonia, se sostuvo que los criollos habían nacido para ser dependientes de los peninsulares.

En uno y otro caso, se buscó cómo apoyar la práctica en una teoría científica.

Un autor escribió que los criollos «mamaban en la leche los vicios o lascivia de los indios y de las indias».

Otro dijo que el clima del nuevo mundo era «mejor para criar yerbas y metales, que hombres de provecho, pues aún degeneraban luego los que procedían de los de España».

«Conviene -dice el eminente jurisconsulto Solórzano y Pereira- convencer la ignorancia o mala intención de los que no quieren que los criollos participen del derecho y estimación de españoles, tomando por achaque que degeneran tanto en el cielo y temperamento de aquellas provincias, que pierden cuanto bueno les pudo influir la sangre de España, y apenas los quieren juzgar dignos del nombre de racionales, como lo solían hacer los judíos de Jerusalén y Palestina teniendo y menospreciando por bárbaros a los que nacían o habitaban entre gentiles.

Los que más se extreman en decir y publicar esto son algunos religiosos que pasan de España, pretendiendo excluirles por ello del todo de las prelacías y cargos honrosos de sus órdenes, o que se han de proveer por alternativa en virtud de ciertos breves que han impetrado.

Llegó esto a tanto, que un obispo de Méjico puso en duda si los criollos podrían ser ordenados de sacerdotes; y parece haber perseverado en ella, hasta que el consejo de las Indias se le respondió y encargó que los ordenase sí por lo demás los hallase idóneos y suficientes».

El célebre padre Feijoo destinó el discurso 6.º del tomo 4.º de su Teatro Crítico, publicado en 1730, a desvanecer «la opinión común de que los criollos o hijos de españoles que nacen en la América, así como les amanece más temprano que a los de acá el discurso, también pierden el uso de él más temprano».

Vese en este escrito que era creencia general en Europa la de que ningún criollo llegaba a los sesenta años sin ponerse decrepito.

El filósofo Pauw, que gozó de bastante reputación en su tiempo, recapituló y exageró, al principiar la segunda mitad del siglo XVIII, en una obra titulada: *Recherches Psilosophiques sur les americains*, de la que se dieron a luz varias ediciones, los conceptos desfavorables que se habían esparcido contra la América en general, y contra los criollos en particular.

Oigámosle como se expresa acerca del último punto.

«Como hemos atribuido principalmente al clima del nuevo mundo las causas que han viciado en él las cualidades esenciales del hombre, y hecho degenerar la naturaleza humana, hay sin duda el derecho de preguntar si se ha notado algún desarreglo en las facultades de los criollos, esto es, de los europeos nacidos en América de padre originarios de nuestro continente. Esta cuestión curiosa y muy importante por sí misma merece que le dediquemos un momento de atención. Todos los animales conducidos del antiguo mundo al nuevo han experimentado, sin exceptuar uno solo, una alteración sensible, sea en su forma, sea en su instinto, lo que desde luego debe hacernos presumir que los hombres han debido recibir alguna modificación por las influencias del aire, de la tierra, del agua y de los alimentos; pero como han sabido, mucho mejor que los animales, garantirse del poder inmediato del clima, no se ha notado desde luego la variación de su constitución y el debilitamiento de su alma; pero si se les compara a los europeos recién desembarcados, se ha creído percibir alguna diferencia entre los unos y los otros, y a fuerza de reiterar las observaciones, se ha adquirido el convencimiento de que la degeneración que se había creído posible, era real. En fin, se ha llegado al punto de afirmar atrevidamente que los criollos de la cuarta y de la quinta generación tiene menos aptitud para las ciencias que los verdaderos europeos; y esta opinión estaba universalmente adoptada cuando el padre Benito Feijoo, tan conocido por las monstruosas paradojas que ha sostenido en su Teatro Crítico, se ha levantado contra esta opinión, y ha intentado hacer la apología de los criollos americanos, a los cuales se acusaba de ser brutos.

Aunque respeto en el padre Feijoo un fraile superior a los frailes de España, es menester convenir en que ha sido inducido en una infinidad de errores groseros, tanto por su pasión de singularizarse, como por su inclinación a lo maravilloso; ha escrito muchas disertaciones formales para probar que ha habido hombres marinos, dotados de un alma inmortal, lo que basta a mi juicio para recusar su testimonio y autoridad en todas las materias que ha tratado, porque más vale asegurar que siempre se ha engañado, a decir que siempre ha tenido razón, como lo ha hecho el padre Sarmiento, que ha venido en vano al socorro de su maestro: no es posible defender a un autor que cree en los hombres marinos.

Resulta de las experiencias practicadas en los criollos que, como los niños indígenas dan en su primera juventud algunas señales de penetración, que se apagan al salir de la adolescencia; llegan a ser entonces indolentes, desaplicados, obtusos; no obtienen la perfección en ninguna ciencia ni arte; así se dice en forma de proverbio que son ya ciegos cuando los otros hombres comienzan a ver, porque su entendimiento se abate y decrece a la época misma en que el de los europeos tiende a alcanzar su mayor vigor. Aunque el padre Feijoo se fatigue para probar el espíritu sublime de los americanos, y para citar hechos que considera serles favorables, lo cierto es que las universidades de América no han producido ningún hombre afamado perteneciente a la raza de los criollos. No ha salido de la academia de San Marcos de Lima ningún hombre que haya sido capaz de componer un mal libro, aunque esta escuela ha gozado de más celebridad que las demás universidades americanas. Cuando Godin fue nombrado profesor de matemáticas y de astronomía en el Perú, no encontró un estudiante capaz de comprender sus lecciones, las cuales nunca pudieron ser comprendidas en ese rincón del mundo. Los jesuitas han publicado relaciones pomposas de su colegio de Santa Fe, donde dicen que ha habido muchas veces dos mil alumnos, lo que es tanto más sorprendente, cuanto que de esa multitud de discípulos no ha salido ningún gran maestro, ningún filósofo, ningún médico, ningún físico, ningún sabio cuyo nombre haya pasado los mares y resonado en Europa. Inútilmente se me objetaría que debe atribuirse esta absoluta escasez de hombres célebres a la ignorancia, a la barbarie de los profesores y al deplorable estado en que se hallan las ciencias en las Indias Occidentales; aquéllos que ha recibido de la naturaleza el feliz don del genio sobrepujan con facilidad los obstáculos de una mala educación, y se elevan por sus propias fuerzas, como todos los grandes hombres se han elevado encima de su siglo y encima de sus maestros, a quienes no son deudores casi nunca de la menor parte de sus talentos y de su fama. Así debe atribuirse a un vicio real y a una alteración física del temperamento bajo un clima ingrato y contrario a la especie humana el poco triunfo que han obtenido los criollos enviados por sus padres a los diferentes colegios del nuevo mundo. A Europa han venido a estudiar algunos, cuyos nombres han quedado tan ignorados, como si hubieran seguido sus cursos de filosofía en Méjico o en Lima; no han escrito nunca ninguna obra sobre los animales, los insectos, las plantas, los minerales, el clima, las singularidades y los fenómenos de la América. A los botánicos y físicos europeos debemos todos los conocimientos que la historia natural ha adquirido en las Indias. Qué sabríamos sin Oviedo, Pison, Margrave, Benzo, Clusius, Mérian, Leri, Clayton, Cornut, Barrère, Catesby, Hans-Sloane, Feullée, Plunier, La Condamine, Bouguer, Jussieu, Calm, Browne y tantos otros que para instruirnos han viajado por un país que los criollos habrían podido describir sin salir de su patria, si hubiesen tenido la menor capacidad, el menos gusto, la menor inteligencia? Se les juzga sin parcialidad según lo que no han hecho; porque como nunca han escrito nada, no se podría juzgarlos según sus obras; y yo pienso que esto basta para refutar la opinión adoptada por el padre Feijoo».

Los hispano-americanos leían poco o nada; pero lo que contra ellos había escrito Pauw no tardó en llegar a su noticia.

La indignación que por esto experimentaron fue excesiva.

Tres ex-jesuitas americanos, que después de la expulsión de la orden vivían en Italia, se apresuraron a salir en defensa de la patria común, a saber, el mejicano don Francisco Saverio Clavijero en su Historia Antigua de Méjico, el chileno don Juan Ignacio Molina en su Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del reino de Chile y el quiteño, o si se quiere ecuatoriano, don Juan de Velasco en su Historia del Reino de Quito, esforzándose por contradecir y refutar las aseveraciones del escritor prusiano.

Lo que hubo de más notable fue que los criollos atribuyeron a los peninsulares la culpa de las injurias de Pauw.

Son ellos quienes se las han dictado, decían: «Pauw se ha limitado a resumirlas».

No era esto sólo todavía.

Los peninsulares, según los criollos, se deleitaban con lo que había escrito Pauw, y lo saboreaban.

«Después que el prusiano Pauw trabajó nueve o diez años como un escarabajo para formar su pelotilla de cuanto malo habían dicho de la América y habitantes sus tiranos, escribía el mejicano Miers en 1813, los españoles han dado en regodearse con esta putrefacción para echárnosla en cara como si todavía fuésemos los antiguos indios».

Las aseveraciones de Pauw contra las facultades naturales de los americanos eran completamente inexactas, como no tardó en manifestarlo la experiencia en la tremenda lucha de la gran revolución de 1810, que hizo aparecer con brillo en la escena pública a tantos ilustres criollos, los cuales adquirieron en aquellas circunstancias difíciles merecido renombre, sea como estadistas, sea como militares.

Aunque extremadamente exageradas, eran sin embargo mucho más aproximadas a la realidad, las observaciones que Pauw hacía relativas al cultivo intelectual de los hispanoamericanos.

Ese cultivo era, por demás insignificante, o ninguno.

Numerosos son los hechos indudables que he consignado en esta misma obra, de los cuales consta que la metrópoli ponía los más serios embarazos para que los criollos se ilustrasen, no sólo cuando niños, sino también cuando adultos.

Las escuelas y colegios que había, sobre ser muy pocos, estaban pésimamente organizados.

Se ponía toda especie de trabas a la impresión o a la circulación de escritos.

La discusión pública de cualquiera clase era completamente desconocida.

Así, no era nada extraño que los dominios hispano-americanos hubieran producido muy pocos individuos en el gremio de los aspirantes a literatos o sabios.

En consecuencia, este antecedente podía aducirse, no contra la inteligencia natural de los criollos, sino contra el pésimo régimen social bajo el cual vivían.

La impaciencia misma con que soportaban la injustificable desigualdad que se había establecido entre ellos y los españoles-europeos, es la mejor manifestación de que estaban muy distantes de encontrarse en la degradación intelectual que suponía Pauw.

XIX

En los últimos tiempos de la dominación española, los colonos reclamaban sus derechos, no sólo en nombre de los principios de la justicia, sino también como el cumplimiento de un pacto expreso y solemne.

Llamo la atención sobre la siguiente cita de un escritor de la época de la revolución, el cual expone perfectamente este aspecto legal de la cuestión:

«Los conquistadores desde Colón, que cooperó con la octava parte de los gastos para ir a descubrir las Indias, la conquistaron a su propia costa, como consta de las historias. Aún prohibieron expresamente las leyes que se hiciese alguna población, conquista o descubrimiento a costa del rey. Los que se proponían hacerlo contrataban con el soberano, quien reservándose el alto dominio, cedía a lo demás a los conquistadores y sus hijos. Así cuando por las primeras leyes de Indias, se les quisieron quitar los esclavos y encomiendas, se opusieron con mano armada como contra una violación de sus contratos con el rey, quien entró en nuevos compromisos y acomodamientos, Las leyes de Indias están llenas de encargos a virreyes y amplias facultades para recompensar y hacer mercedes a los conquistadores, descubridores y primeros pobladores. Concédeseles muchas, y las de ser preferidos en los premios y encomiendas. A sus hijos y descendientes los hace hijosdalgo, y personas nobles de linaje y solar conocido, y manda que por tales sean habitados y tenidos, y les concede todas las honras y preeminencias que deben haber y gozar todos los hijosdalgo y caballeros de estos reinos de Castilla, según fueros leyes y costumbres de España. Y mandan a los virreyes que de éstos, al revés de lo que practican, compongan la parte decente de su familia, la única que puede y debe ser empleada».

Tal era lo que escribía en 1813 el mejicano don Servando Teresa Miers en la Historia de la Revolución de Nueva España, que dio a la estampa bajo el seudónimo de José Guerra.

Una de las principales causas que hicieron estallar la gran revolución de 1810 fue el anhelo de hacer desaparecer esta injustificable inferioridad en que la metrópoli había colocado a los criollos.

El primer ferrocarril

La introducción de los buques de vapor hizo de Mr. Wheelwright un magnate y un prohombre, pero no colmó su inquietud creadora. Apenas había dejado marchando su inmortal P. S. N. C., cuando un nuevo proyecto maduraba en su mente de pionero. Este era la construcción de un «camino de hierro» para unir la ciudad de Copiapó con el mar. Concibió esta idea en los años en que, por exigencia de sus negocios navieros, estuvo residiendo en el Puerto Viejo. Con sus minas de plata y cobre en el apogeo de la abundancia, la provincia de Atacama era lo que en su hora sería la de Tarapacá: el primer centro productor de riqueza del país. En el solo mineral de Tres Puntas había noventa minas en trabajo, y setenta en el de Chañarillo. Acuñaada en pesos fuertes, la plata anualmente extraída habría podido cubrir dos veces la plaza mayor de Copiapó... Pero aquellas vetas yacían a treinta leguas de la costa y no existía otra comunicación que un camino desamparado. Morosos convoyes de carretas y un hormiguero de cinco mil mulas y borricos transitaban con su ritmo anacrónico, transportando la carga. La demora y los altos costos de la conducción hacían la vida onerosa y tornaban impracticable la explotación de los minerales de baja ley. Sólo el ferrocarril, con su economía de tiempo y de gastos, podría dar a aquella zona todo el auge a que estaba llamada.

Correspondió al gobierno de don Manuel Bulnes, en noviembre de 1849, otorgar el permiso para la construcción de la Compañía del Ferrocarril de Copiapó, destinada a hacer de Chile el primer país de la América del Sur que adoptó el camino de hierro. A partir de 1825, en que la Locomotion de Stephenson recorriera por primera vez en Inglaterra, habíase introducido esta maravilla del siglo en Francia, Austria, Estados Unidos, Alemania, Bélgica, Rusia, Cuba, Suiza, Jamaica y España. Su adopción se había logrado al precio de porfiadas batallas contra los perjuicios de la época. Los propios ingleses habíanle hecho una oposición tenaz. En el Museo de Kensington se conserva un número de la Quarterly Review de 1819, con un artículo en que formula esta pregunta sarcástica:

«¿Hay cosa más absurda y ridícula que la idea de un wagon arrastrado por el vapor y marchando con doble velocidad que nuestras diligencias?».

Chile no fue una excepción, y bien podría su Museo Nacional exhibir el boletín de cierta sesión del Senado de 1847, en que don José Miguel Irarrázaval expresó con alarma:

«El ferrocarril va a dar un golpe de muerte a los servicios de birlochos, carretas y tropas de mulas»...

De no haber tenido Wheelwright de su parte a don Andrés Bello, que rebatió a Irrázaval y aconsejó a Bulnes, acaso habrían pasado muchos años antes de que los chilenos hubiesen visto una locomotora.

La ley que autorizó «el golpe de muerte a birlochos y carretas» otorgaba a la empresa todas las franquicias concebibles para asegurar su éxito. El Estado le cedía el uso de los terrenos fiscales y municipales que necesitase para su línea y edificios; los rieles, máquinas, vagones y combustible se eximían de derechos de internación; una vez funcionando, no pagaría impuesto de ninguna especie; sus empleados quedaban exentos de todo cargo militar o concejil; durante los diez primeros años la Compañía fijaría a su arbitrio las tarifas de fletes y pasajes, y cuando el Gobierno estableciera las definitivas, le garantizaría una renta del quince por ciento sobre el capital. A cambio de estas garantías obligábase a los concesionarios a conducir graciosamente las valijas de la correspondencia y a cobrar a media tarifa el transporte de las tropas, pertrechos y bagajes del Estado.

Se había reunido un capital de 700.000 pesos, dividido en catorce acciones de 50.000 pesos cada una. Eran sus tenedores: con dos acciones doña Candelaria Goyenechea v. de Gallo, don Diego Carvallo y don Agustín Edwards Ossandón; con una don José Santos Cifuentes, Tocornal Hermanos, Vicente Subercaseaux, Blas Ossa, José María Montt, William Wheelwright y Matías Cousiño; y con media, Domingo Vega y Gregorio Ossa. Formaban el directorio, Wheelwright, Edwards (presidente) y el escritor José Joaquín Vallejo «Jotabeche». Superintendente fue Mr. W. G. Bullions, e ingenieros constructores los hermanos Alexander y Allan Campbell; todos norteamericanos y expresamente traídos al país.

Wheelwright recorrió a caballo la zona que iba a atravesar el ferrocarril, y llegó al convencimiento de que el lugar ideal para conectarlo con la costa sería la caleta de Caldera. Entonces concibió una idea como sólo a un yanqui podía ocurrírsele: la de levantar allí una ciudad y trasladar a ella toda la población del Puerto Viejo, situado a veintiocho kilómetros de distancia.

Entre el pensarlo y el hacerlo no dejó pasar más tiempo que el que tardó en obtener la autorización del Gobierno. Con prodigiosa celeridad, Caldera fue planificada y loteada y proyectáronse la aduana, la estación ferroviaria, el muelle y todas las secciones que harían de ella un centro mercantil. Quinientos peones iniciaron esa obra memorable, mientras que la P. S. N. C. ponía sus vapores a disposición de los habitantes para su traslado gratuito.

Nada era imposible para aquella voluntad colosal. Sus pisadas aplastaban los obstáculos e iban dejando tras de sí una polvareda de asombro.

Los rieles pedidos a Inglaterra, y las máquinas y vagones encargados a los Estados Unidos, llegaron en la Switzerland, fragata fletada por la Compañía, en el mes de junio del año 50. De antemano se estaban haciendo los terraplenes, con seiscientos carrilanos a la faena, porque en esos mismos días se había iniciado la construcción del ferrocarril de Lima al Callao, y Wheelwright deseaba a todo trance que el suyo ganase la gloria de estrenarse primero.

El nueve de noviembre, a las 12 horas, se tendía el primer riel en Caldera:

«Toda la peonada -dice un cronista- estaba formada militarmente, y en lo alto de un trípode colocose la bandera nacional».

Se hallaban presentes los accionistas y las autoridades de la provincia. Wheelwright, en mangas de camisa, pronunció el discurso de rigor, y por sus manos ayudó a colocar el acero sobre los durmientes.

La obra iba a demorar trece meses y dieciséis días en terminarse.

Con su trocha de 1 metro 44, la línea arrancó hacia el S. E. y, describiendo una curva imperceptible, enderezó al E. para seguir desde lejos la ribera norte del río Copiapó. El trabajo de los obreros (remunerados con el mejor salario de la época: de diez a doce pesos mensuales) era abrumador en ese clima donde las lluvias casi son desconocidas y donde los vientos levantan el polvo en remolinos sofocantes.

En abril del año siguiente la vía llegaba al Alto del Fraile, lugar designado para la primera estación del trayecto, a veinticinco kilómetros del punto de partida. Una de las «locomotivas», como entonces se llamaban, cumplió el recorrido de prueba y quedó establecido el servicio regular entre este punto y Caldera. La máquina se conserva hasta hoy como una reliquia. Tiene ocho ruedas, una trompa venerable y una chimenea descomunal. Su andar era de treinta kilómetros por hora. En su parte delantera se lee en caracteres de bronce la razón social de sus constructores: Norris «Brother-Philadelphia-1850»; y al pie, el nombre con que fue bautizada: «Copiapó». La pilotaba John O'Donovan, un irlandés de barba roja que vino con ella desde su país de origen y sirvió a su bordo hasta que la vejez los venció a los dos.

La llegada al Alto del Fraile del tren inaugural -con un coche de pasajeros, un carro cisterna y un vagón de carga-, señaló la victoria de Wheelwright sobre sus émulos del Perú, que sólo un mes después terminaron la línea de trece kilómetros que dejó unidos el Callao y Lima.

Aquel esfuerzo realizábase en momentos de grave incertidumbre, cuando el país sufría la conmoción provocada por Bulnes al imponer a Montt como su sucesor. Las calles de Santiago habían sido teatro de un combate en que hubo doscientos muertos, mientras que en la Frontera y en el Norte Chico la insurrección cundía preludiando la guerra civil. En

tales circunstancias parecía una hazaña que la obra del progreso siguiera avanzando a través del desierto. La clave estaba en la arrolladora actividad de su empresario, quien todavía tenía tiempo para construir en Caldera una planta destiladora de agua para sus máquinas, mientras en Copiapó vigilaba los ensayos del alumbrado de gas (el primero que se conociera en el continente) y hasta asumía la gerencia de la Compañía Inglesa de Minas.

El 4 de julio la ferrovía alcanzaba a Monte Amargo, que fue la segunda estación, a cuarenta y un kilómetros del terminal de la costa.

Con la misma rapidez llegó el 15 de septiembre a Piedra Colgada, la tercera estación; el 20 de noviembre a Toledo, la cuarta, y el 25 de diciembre a la meta: Copiapó.

La distancia total era de 81 kilómetros 680 metros. En toda ella no había túneles ni puentes, pero sí una constante ascensión, que culminaba en los últimos tramos a una altitud de 370 metros sobre el mar. Quedaba terminada la construcción dos meses antes de la fecha prevista.

Al arribo del tren oficial, los once mil habitantes de la ciudad invadieron la estación y sus contornos, y cuando la Copiapó entró en el recinto arrastrando su convoy, fue saludada con una ovación. Venían dos coches de pasajeros, de cincuenta asientos, y dos carros cisterna con el agua para la máquina. Del vagón de preferencia descendieron el presidente de la Compañía y sus accionistas, los ingenieros, la señora y la señorita Wheelwright, el Intendente de la provincia y un séquito de invitados. Habían hecho el viaje en cuatro horas justas.

Al pisar el andén, Wheelwright fue tomado en andas y llevado hasta la Intendencia. Allí le esperaba una recepción fastuosa, preparada por los magnates locales. El camino de hierro les llegaba en el día de la Pascua, y don Guillermo era el Santa Claus portador de este regalo histórico.

Apenas hubo tiempo de agasajarlo. Esa misma tarde debía volver a la costa para tomar el vapor de la carrera... Pues ya otros proyectos le preocupaban, y su presencia era reclamada en el sur para trazar los planes de ejecución. ¡El mismo semejava una locomotiva: tales eran su energía y su constancia inagotables!

Al día siguiente, el ferrocarril debía ponerse en servicio con dos trenes que partirían simultáneamente para cruzarse en el desvío de Monte Amargo. Desde temprano, una fila de viajeros esperaba ante la boletería de Copiapó...

Pero en lugar de oírse el pitazo de la máquina, se oyó del lado de la plaza un estampido de cañón.

Era la Guerra Civil que repercutía a destiempo en Atacama. No obstante que la revolución había sido sofocada (batalla de Loncomilla, con dos mil muertos) «una pandilla de futres ociosos», como les llamó la prensa copiapina, se habían lanzado a la aventura de apoderarse del gobierno de la provincia. Los acaudillaba el desconocido Bernardino Barahona, y el cañonazo era la señal convenida para dar comienzo a la revuelta.

En un dos por tres, los músicos de la banda se posesionaron de las armas del cuartel y abrieron las puertas de la cárcel para improvisar con los presos el Ejército de los libres. Un grupo de exaltados pedía la cabeza de Jotabeche, mientras éste huía hacia la costa en un birlocho de alquiler.

Los oficiales del batallón y el comandante de la milicia fueron tomados prisioneros; luego el Intendente fue echado a la calle y su casa entregada al saqueo. Cuando, horas después, intentó reducir a los revoltosos con la ayuda de los civiles, se produjo en la plaza un tiroteo que dejó en el campo muertos y heridos. Habiéndose agotado sus municiones, el Intendente tuvo que huir, y la ciudad quedó a merced de Barahona. La casa de Jotabeche fue habilitada como hospital de sangre.

Los libres establecieron el cupo forzoso y la persecución de los partidarios de Montt. La imprenta del diario fue confiscada, los paramentos de las iglesias robados para confeccionar insignias militares. El comercio cerró sus puertas y las familias perseguidas fugáronse a Caldera para refugiarse en los buques.

Primordial medida del caudillejo fue tomar el control del ferrocarril. Después de deponer a Bullions, anunció que el servicio seguiría funcionando y que «la pagarían caro» los empleados o maquinistas que tratasen de entorpecerlo.

El resto de la provincia permaneció indiferente y la revolución fue tan efímera como absurdos sus fundamentos. Una expedición mandada desde Coquimbo desembarcó en Caldera para restaurar el orden. Iba a su cargo don Vistorino Garrido, el español discípulo de Portales que en 1836 había capturado la escuadra peruana en el Callao. Los amotinados tenían en Caldera una guarnición de sólo quince individuos. Impotentes para resistir, se contentaron con estropear las piezas vitales de la locomotora en el intento de impedir el traslado de la expedición al interior. Pero en pocas horas O'Donovan tuvo los destrozos reparados y Garrido partió en busca del enemigo.

Vino a encontrarlo en el Lindero de la Ramadilla al oeste de Copiapó, y lo deshizo a la primera embestida de sus tropas. Así los «libres» dejaron de serlo y Atacama volvió a su vida normal después de trece días de zozobra. Hecho prisionero, Barahona fue llevado a Copiapó en el propio tren que trajo a su captor, para ingresar a la cárcel cuyas puertas había dejado abiertas.

Sólo entonces pudo el camino de hierro entrar a servir con regularidad. Se estableció un viaje diario en cada dirección, saliendo el de Copiapó a las 9 de la mañana y el de Caldera a las 3 de la tarde. Los «días de vapor» (cuando llegaba o salía algún «PSNC») corrían los dos equipos con sus convoyes completos. El pasaje de primera clase valía 4 pesos 2 reales. Por un peso podía llevarse un equipaje consistente en un baúl, un catre y una jaba. La carga pagaba 4 reales el quintal; el carbón y la madera, 3; el salitre, 2.

Estas tarifas eran ciento por ciento más caras que las de los vehículos de tracción animal. Con todo, los trenes corrían con su carga y pasaje completos, y muy pronto se echaron de ver los beneficios que esos penachos de humo iban esparciendo en su ir y venir por el

desierto. Aumentaba el ritmo de los viajes y los negocios, afluía la inmigración, crecían las poblaciones. Caldera, mísera caleta de pescadores contaba ya con ochocientos habitantes, y un año después tendría dos mil. Tocada por la vara mágica de Wheelwright, habíase convertido en puerto mayor, con trescientos edificios, gobernación, un palacete para la Aduana, maestranza ferroviaria y un muelle sobre el cual se prolongaba la vía férrea para que la carga pasase de los trenes a los buques.

Y aún éste no era el final, pues ya los Campbell estudiaban la continuación de la línea, que harían llegar por una parte a Tres Puntas y por la otra a Chañarcillo.

Esta doble expansión hizo necesario aumentar el capital de la Compañía a un millón doscientos mil pesos y a capitalizar quinientos ochenta mil de las entradas. Transcurrirían cuatro años antes de que pudiera repartirse el primer dividendo.

Nace El Mercurio y muere Muñoz

El diario más antiguo de la América del Sur lanzó su primera edición el 12 de septiembre de 1827. La modestia de sus comienzos no es menos conmovedora que la pobreza del medio en que vio la luz. Valparaíso contaba entonces veinticinco mil habitantes, y visto desde el mar se reducía a una hilera de casas extendida entre la playa y los barrancos de sus cerros. Ni el malecón ni las calles de Errázuriz y Blanco existían aún. Goletas y bergantines se amarraban donde hoy está el monumento de Prat (debajo del cual se han encontrado anclas y cadenas); y en lo que ahora es la plazuela Aníbal Pinto había un muellecito donde atracaban los botes fleteros. La calle Esmeralda (entonces calle del Cabo) exhibía un promontorio de rocas llamado la Cueva del Chivato, donde reventaban las olas en los días de temporal y donde hallaban refugio vagabundos y ladrones. Lugar tan peligroso, que el colombiano García del Río lo comparó al Cabo de Hornos. La población no disponía de alcantarillas ni agua potable: para sus menesteres estaba a merced de los esteros de las quebradas. En invierno, sus aguas inundaban y convertían la parte baja en lodazal intransitable; los vecinos del Almendral se reclusían en sus quintas y se comunicaban con los del puerto por correspondencia.

Un escritor contemporáneo calificó la fundación de El Mercurio como «una atrevida especulación industrial» y «una audacia literaria». Ningún periódico local había podido sostenerse más de unos pocos meses. El Telégrafo Mercantil y Político y El Observador de Valparaíso habíanse extinguido hacía poco en medio de la indiferencia de sus lectores.

Los protagonistas de la nueva tentativa eran Mr. Thomas G. Wells, propietario de una prensa traída desde su patria, los Estados Unidos; don Ignacio Silva, funcionario de la Aduana y tipógrafo amateur; y don Pedro Félix Vicuña, que aportaba otra prensa y la mitad del capital de la sociedad en un préstamo sin intereses. Es curioso observar que este caballero había sido también el fundador de El Telégrafo Mercantil y Político. Parecía

como si estuviese empeñado en dotar de tribuna a ese hijo suyo que aún no había nacido y que sería el más grande periodista nacional: don Benjamín Vicuña Mackenna.

Instalose El Mercurio de Valparaíso («periódico mercantil y político») en una casa de la subida de la Matriz, vecina al domicilio de Vicuña. En un cuarto cupieron las dos prensas, otro se destinó a la tipografía, y una sala sirvió para la redacción y la gerencia. El tipógrafo jefe era don José Escobar, de quien dice el historiador Roberto Fernández: «Había aprendido a leer conjuntamente con aprender a parar los tipos en el otro periódico de Vicuña»... ¡Así anduvo también la ortografía de El Mercurio en sus primeros tiempos!

La plana de redactores reunía a tres personalidades connotadas: don Juan Candamo, que había sido secretario del general Freire en la campaña de Chiloé; don Pedro Francisco Lira, más tarde Fiscal de la Corte Suprema, y don José Silvestre Lazo, diputado por Valparaíso y Vicepresidente del Congreso. Nunca ha podido averiguarse quién ocupaba el puesto de director; pero podemos creer que Vicuña tuvo una posición prominente, porque él mismo confesó más tarde:

«Yo redacté los primeros números del diario y lo bauticé con el nombre que lleva».

Mirado a través de la perspectiva del tiempo, parece que éste hubiese sido uno de los primeros órganos periodísticos creados en la República. Y sin embargo, desde la Aurora de Chile hasta 1827 se registran ochenta periódicos fundados en el territorio. Todos de vida efímera, como lo prueba el hecho de que al aparecer El Mercurio sólo sobreviviría El Araucano, hoja del Gobierno que se editaba en la capital.

La novedad de El Mercurio y la clave de su éxito, consistía en que era la primera publicación independiente y comercial conocida entre los chilenos. Había sido creada para servir a los negocios antes que a las ideas políticas. Por eso es que supervivió hasta convertirse en el decano del continente y en el patriarca de una familia de rotativos; uno de ellos destinado a aventajarlo en poder y tiraje; los otros, aunque no tan madrugadores, dignos secuaces de su bien plantado abuelo.

El Mercurio que salía de las prensas de Wells y Vicuña tenía cuatro páginas de 29 por 20 centímetros. Su contenido completo cabría en media página de El Mercurio de hoy. Su precio era de un real (la octava parte de un peso), y el valor de la suscripción, doce reales por cada trece números. El prospecto decía:

«Saldrá a la luz los miércoles y sábados, o sus inmediatos, cuando en los designados recayere festividad. Los SS. que gusten 'suscribirse' lo podrán hacer en esta imprenta, en la oficina de don José María Alamos y en el almacén de los SS. Alsop, Wetmore y Cryder; y en Santiago, en la esquina de don Antonio Ramos».

La hora de aparición sería las 11 de la mañana. El flamante periódico iba a ser una lectura de mediodía, o lo que es más probable, de la tarde, después de la siesta que todo hijo de Dios acostumbraba dormir.

El artículo de fondo de ese núm. 1 aparecía firmado con el seudónimo de El Pescador, y trataba de la necesidad de fundar una Academia Náutica. El autor parecía inspirado en las palabras luminosas de El Diario de María Graham:

«Chile es un país tan esencialmente marítimo, que si yo fuese uno de sus legisladores dirigiría toda mi atención y todo mi interés hacia el mar».

El Pescador sostenía que con poco gasto podía instalarse un plantel donde se formasen los oficiales de las nacientes marinas de guerra y comercio. Con 136 pesos al año se pagaría el arriendo de una casa; con 119 pesos se obtendrían los útiles (cuatro mesas grandes con ocho bancos, una pizarra, cuatro reglas, un estuche de matemáticas, las obras de Ciscar y las tablas de Gardier, más el papel, la tinta, lápices y tiza); y con 1.000 pesos se remuneraría al preceptor:

«¿Será posible -se preguntaba- que Chile, destinado por la naturaleza a ser el país más comercial de Sudamérica, carezca del establecimiento que debe poner a sus hijos en aptitud de fomentar su comercio, su crédito y su felicidad?»

Una nota de los editores decía que se insertarían todos los avisos que se les dirigiesen, y en cualquier idioma. La tarifa era de un peso por la tres primeras inserciones y un real por cada una de las siguientes, sin salirse del tamaño regular que era de tres centímetros de alto por el ancho de la columna.

El diario que ha batido en Chile todos los récords de anuncios comerciales, se inició con tres avisos; tres pequeños avisos que son como el símbolo de las imprevisibles posibilidades de crecimiento que hay en cualquiera obra humana.

En el primero de estos anuncios, el señor Eduardo L. Scott ofrecía aceite de ballena, carne salada, manteca de puerco y los aparejos de los buques naufragos Hero y Canadá.

En otro, la casa de Tomás Eduardo Brown y Cía. anunciaba el zarpe del muy velero bergantín inglés Velocidad para el Callao y con escala en Quilca. Carga y pasajes podían contratarse en su oficina o a bordo de la nave acudiendo al capitán.

El tercer anuncio avisaba la salida, para el mismo destino, del también muy velero bergantín Americano chileno: «Para flete o pasaje véanse con sus consignatarios: Alsop, Wetmore y Cryder».

Entre las informaciones generales se hacía saber que había en el hospital cuarenta y siete enfermos, y en la cárcel, treinta y seis presos. El día anterior había llovido con viento norte; en los momentos de lanzarse la edición el viento persistía, aunque sin lluvia, marcando el barómetro 30.09 y el termómetro 62° Fahrenheit.

En la bahía hallábase de estación una escuadrilla de tres buques de guerra ingleses, en uno de los cuales, la fragata Doris, enarbolaba su insignia el comodoro Sir John Sinclair. Recientemente había entrado el transporte Wellington, con 33 días desde el Callao, trayendo víveres para la flotilla; el bergantín norteamericano Conway, con 33 días desde Guayaquil y carga surtida; el bergantín inglés Isabela, con madera y 11 días desde Chiloé; y la fragata nacional Minerva, de recalada forzosa por causa de un accidente en la arboladura. Durante los tres últimos días, ningún barco había entrado o salido de ese puerto soñoliento...

Pero si nada extraordinario sucedía en el mar, en tierra firme habían ocurrido acontecimientos que conmovieron al país y que el propio cronista calificaba de «escandalosos y horribles».

Tratábase de un hecho de sangre con proyecciones de conflicto internacional, acaecido tres noches atrás en un entreacto del Teatro Cómico. Era ésta la única sala de espectáculos y hallábase situada donde hoy están los Tribunales de Justicia. Se la describe como una barraca de madera cuyo escenario se iluminaba con velones de sebo metidos en candelijas de lata. El primer actor era el andaluz Francisco Cáceres, sargento en los fuertes de Corral cuando Lord Cochrane se lo tomó por asalto. Ganaba seis pesos por función y lo secundaba un elenco chileno español sacado de la nada por el empresario don Domingo Arteaga.

Se había levantado el telón para el cuarto acto de la tragedia que debía culminar «con la injusta muerte del virtuoso Juan de Calaz -dice la relación de El Mercurio- cuando inopinadamente es sustituida aquella tierna y triste escena por la escandalosa y horrible que tuvimos el pesar de presenciar».

Un grupo de oficiales de la Doris, en estado de ebriedad ruidosa, había entrado a la sala, completamente llena, buscando donde acomodarse. De pronto el teniente John Fullarton cogió a un espectador por la solapa y trató de sacarlo de su asiento. Como éste se resistiese, el inglés lo abofeteó en el rostro y enseguida sacó su pistola y apuntó sobre él. A los gritos de la concurrencia acudieron el comandante de serenos y un oficial de la artillería, que se interpusieron entre el energúmeno y su víctima. Se produjo un tumulto indescriptible. En el intento de restablecer el orden, el mayor de plaza mandó a uno de sus subalternos, el sargento José María Muñoz, a arrestar al matón. Cosa que no pudo hacerse, pues al instante Fullarton disparó su arma y Muñoz cayó a sus pies sin un grito. Minutos después agonizaba en los brazos de su jefe.

En medio de la batahola, el hechor escapó a la calle sin que atinasen a atajarlo. Sólo fue posible detener a dos o tres de sus compatriotas para llevarlos al cuartel como rehenes.

Ahí llegaron el gobernador militar, general Lastra, el cónsul inglés, R. Nugent, y el comodoro Sinclair. Éste obtuvo la libertad de los detenidos, y el gobernador, a su turno, se hizo prometer que el asesino sería entregado.

Pero el suceso no había de terminar aquí. Temiendo que la exaltada multitud atacase en represalia el comercio y súbditos británicos, Sinclair había mandado que la marinería de desembarco de su escuadrilla se viniese a tierra como medida de previsión.

«Todo parecía concluido -refiere el cronista de El Mercurio cuando el desembarque de la tropa inglesa y sus movimientos dirigidos a cortar la nuestra, que se retiraba a su cuartel, despiertan el antiguo y bien acreditado coraje de los hijos de Arauco y en el momento un grito general de alarma se oyó sonar de un extremo al otro de la ciudad. Los señores comisario de guerra y marina, don Victorino Garrido, don Joaquín Ramírez y otros, vuelan al cuartel de artillería, arman y municionan la tropa y ciudadanos; y en pocos momentos todo estaba del mejor modo preparado para conservar la independencia nacional y cubrir de terror y vergüenza a los incautos que tuviesen la temeraria arrogancia de provocar nuestro denuedo».

El vecindario se había echado a la calle y circulaba en medio de una excitación contagiosa, profiriendo gritos ofensivos contra el «invasor». Una mínima incidencia habría podido encender la chispa del desastre. Éste se evitó cuando el comodoro inglés, accediendo a las instancias del gobernador, optó por reembarcar sus fuerzas, a tiempo que la tropa local entraba también a su cuartel.

A la mañana siguiente, Sir John fue a ver a Lastra para comunicarle que Fullarton se hallaba a bordo de la Doris.

Hubo un cambio de notas. El gobernador insistió en que se le entregase al culpable para juzgarlo según las leyes del país. Sinclair contestó manifestando que él y los suyos tenían «ansias» de que se hiciera justicia, y que el propio Fullarton deseaba se realizase «la más completa investigación...».

El asesino de Muñoz fue entregado, y para juzgarlo se constituyó un Consejo de Guerra presidido por el teniente coronel Lasalle e integrado, entre otros, por los coroneles Beauchef y Rondizzoni.

Lo que hubo entre bastidores es cosa ignorada; sólo se conoce el fallo, según el cual: «...no hallando al acusado convencido del crimen por el cual se le puso en consejo de guerra, mandó que se le dé por absuelto y se le ponga en libertad».

Chilenos en California

«Eran diablos vomitados del infierno en otro infierno peor; y han dejado un recuerdo imborrable de su pujanza y bravura».

Alusión a los mineros chilenos.

El Eco, San Francisco, 1880.

El descubrimiento del oro de California se supo en Chile el 19 de agosto de 1848 con la llegada a Valparaíso del bergantín nacional J. R. S., que procedía de Yerba Buena conduciendo un cargamento de sebo y cueros. Su capitán, Alfredo Andrews, enseñaba una bolsa de polvo aurífero comprado allí para dar prueba de la veracidad de sus nuevas. Porque el corsario Drake había dicho de California: «No hay tierra que merezca ser tomada, pues no existen indicios de oro»... La inmensa riqueza había sido denunciada en un arroyo próximo al río Sacramento, en las pertenencias del colono suizo Juan Augusto Sutter, al hacerse las obras de instalación de un aserradero. La codicia, informaba el capitán, había trastornado a las gentes, haciéndolas acudir desde todos los lugares en pos de una rápida fortuna. Las tres cuartas partes de la población de Yerba Buena había emigrado a los lavaderos; la aduana y el periódico local se hallaban paralizados por la deserción de sus empleados, y el propio J. R. S. se había visto en la inminencia de perder su marinería. Se aseguraba que todos los ríos de California arrastraban oro y en cantidades tales que jamás podría agotarse.

Recién aquel territorio acababa de pasar de la soberanía mexicana a la estadounidense, como resultado de una guerra de conquista que costó la vida de cincuenta mil combatientes. Habíase firmado la paz, pero una vorágine mayor, una cosa nunca vista en la historia de la humanidad iba a sobrevenir enseguida, hasta hacer olvidar las escenas de los campos de batalla.

Las informaciones de Andrews produjeron el efecto de una campana tocando a rebato. Y es que Chile estaba idealmente dotado para hacerse partícipe de la fiebre. País de minas y lavaderos por excelencia, tenía listo el contingente humano; país naviero con cien buques que servían toda la costa del Pacífico, podía transportar a San Francisco con mayor rapidez que los propios norteamericanos del Atlántico. Agréguese todavía las características, buenas o malas, de la idiosincrasia nativa -el amor a la aventura, el desprecio de las penalidades y el espíritu especulativo-, y se tendrá explicada la prontitud con que el chileno acudió al llamado de California.

Ningún otro acontecimiento ha dado a la nacionalidad ocasión de expedirse de manera tan descollante. Para los más fríos historiadores fue motivo de asombro, y ya en nuestros días parece una leyenda. Y tal impresión se acentúa si recordamos que el Chile de entonces contaba millón y medio de habitantes y que sus gobiernos negaron a los que emigraban toda protección y auxilio, abandonándoles a su suerte en las aflicciones en que se vieron envueltos.

Con sus triunfos, y hasta con sus excesos, estos hombres crearon una tradición viril y puede decirse que ni la diplomacia ni el arte ni las victorias militares han hecho por el lucimiento exterior del país lo que esta muchedumbre de aventureros.

Por eso su historia perdurará con los honores de un episodio insigne, en el que ha de hallarse una fuente de inspiraciones.

El 12 de septiembre, veintitrés días después del arribo del J. R. S., zarpaba de Valparaíso la fragata Virginia, con carga surtida y cuarenta y cinco pasajeros, rumbo a la tierra dorada. Dueño del cargamento y del buque era don Josué Waddington, que jugaba a esta carta la mitad de su fortuna. A bordo iba otro audaz, don Carlos Armstrong, con su esposa y una cuadrilla de ocho peones: José Videla, Felipe Carvajal, Santos Vergara, Juan Ferreida, José Bustamante, Bernabé Morales, Cruz Díaz y José García, equipados con tiendas de campaña, cocina, herramientas, provisiones de boca y armas de fuego. Don Tomás O'Neill y don Juan Ellis iban cada uno con su señora y tres hijos; y don Enrique Poett, con su esposa, una hermana y seis niños. Hecho que parecería increíble si no constase en las listas publicadas por los diarios contemporáneos.

A los diez días de haberse dado la Virginia a la vela, la seguía la barca Undine, despachada por G. L. Hobson; a poco después, la fragata Mercedes, de J. R. Sánchez. Luego, a intervalos cada vez más cortos, hasta el fin del año, salieron la barca Dolores, de Álvarez e Hijos; la goleta Rosa, de J. Wilson y Cía.; la fragata Minerva, de Loring y Cía.; el bergantín Thili, de George Cook; la fragata Ana Mc. Kim, de Mickle y Cía.; el bergantín-goleta Correo del Pacífico, de José Cerveró; el bergantín Talca, de J. Waddington; las fragatas Chile, de Hemengway y Cía.; Confederación, de José Squella; Julia de Fauché Hnos., y la francesa Staouely, procedente de El Havre. Y ésta no era más que la vanguardia que iba a reconocer el terreno. Previendo que en la salvaje California no habría cultivo alguno, los industriales habíanse lanzado a especular con la harina y los frutos del país, disputándose los barcos disponibles para remitir sus cargamentos. Pero estos barcos eran a la vez tomados al asalto por hombres cuya impaciencia asumía caracteres de furor. Se hicieron comunes las filas los desórdenes ante las oficinas de pasajes. A la media hora de haber publicado su aviso, la Staouel y quedó repleta de gente hasta los pasillos. ¡No importaba dormir a la intemperie, asfixiarse en la cala o exponerse al escorbuto; la cuestión era llegar allá!...

Entre los pasajeros iban el joven Vicente Pérez Rosales y tres de sus hermanos, miembros de una sociedad cuyo capital eran unos sacos de provisiones y 250 pesos en dinero. Su cortedad de recursos no debe extrañar, porque todos, cual más cual menos, partían como ellos: a la buena de Dios.

En el mismo buque había logrado introducirse la galante Rosa-León, «mujer fresca y donosa todavía», al decir de Pérez Rosales. Aparte de su atavío de seda y su sombrilla, no llevaba consigo más que su intrepidez y sus artes femeninas. No tardarían en hacer escuela, alentando con su ejemplo a decenas de cofrades -como Remigia Gallardo, Peta Guerrero, Margarita Fernández-, a ir a extraer el oro... de los bolsillos de los mineros.

San Francisco había sido una caleta de poco más de cuatrocientos pobladores, dedicados al comercio de trueque con los indios y al aprovisionamiento de los balleneros que aportaban en su rada... De la noche a la mañana, en un vuelco que no tiene precedentes en la trayectoria del mundo, esta aldehuela había pasado a ser el lugar más célebre, pintoresco, dinámico y peligroso de la tierra. Su historia anecdótica, en los veintitantos años que duró la golden fever, es el tema que ha ocupado el mayor número de escritores romancescos; y sería difícil hallar otro que ofrezca más variadas sugerencias para el estudio de la locura y el heroísmo humanos.

Al arribo de las avanzadas de la emigración chilena, el magno desbarajuste estaba ya en su apogeo. La mayor parte de los navíos surtos en el puerto hallábanse abandonados, porque sus tripulantes habían desertado en masa para correr los placeres (como se llamaba a los lavaderos). Vacío estaba también el cuartel de la guarnición, porque otro tanto habían hecho las tropas que el gobernador mandara desde Monterrey en el intento de restablecer el orden. Nadie resistía a la tentación diabólica. Para retener a sus marineros, los capitanes tenían ahora que vigilarlos pistola en mano o encerrarlos en bodega mientras duraba su permanencia.

La población urbana se multiplicaba con celeridad prodigiosa: ya había seis mil habitantes, muchos de ellos instalados en carpas y ranchos, mientras la edificación de madera iba creciendo con la rapidez con que se arma un escenario. La moneda corriente era el oro en polvo, y la gente ocupada en la ciudad se lo hacía pagar a una tasa exorbitante, bajo la amenaza de marcharse a los placeres. El último picador de leña ganaba lo que en el mundo organizado ganaría un gerente de Banco, sin mayor provecho, desde luego, porque todos los costos se habían ido a las nubes.

En este medio inclemente, sin ley ni Dios, el que fracasaba o caía no debía esperar que le socorriesen. Nunca, en parte alguna, se han visto los cambios de fortuna y los contrastes sociales que a diario ocurrían en San Francisco. Con asombro mezclado de lástima, los pasajeros chilenos encontraban a compatriotas venidos a menos sirviendo en menesteres humildes, a pie descalzo y con sus levitas convertidas en harapos. Uno de ellos, Pablo Hamilton, ganaba su pan en un bote fletero, asociado con un negro cuya cama compartía. Otros, desalentados por sus penurias, volverían a la patria en completo estado de miseria.

En rigor de verdad, California sólo fue propicia para estos dos aportes de Chile: los frutos de la tierra y las mujeres. Su absoluta escasez en el Estado determinó que las harinas, los vinos, el charqui, los fréjoles y Rosa León obtuviesen un triunfo rotundo. La plaza absorbía inmediatamente los cargamentos, pidiendo otros nuevos, y pagaba por la harina hasta cinco veces su valor en el país de origen. En cuanto a Rosa, se sabe que los interesados vinieron a buscarla a bordo y saltó a la playa con su clientela formada.

Contrastó con este éxito el fiasco de los empresarios de cuadrillas (de los cuales Hamilton era un ejemplo), a causa de la veleidad de sus peones. Contratábanse con el solo propósito de que sus patrones les pagasen el pasaje; una vez en tierra -a sabiendas de que en los lavaderos no se precisaba más que el esfuerzo personal- les daban la espalda y se iban a trabajar por su cuenta.

El chileno llegaba a los placeres con larga delantera sobre el yanqui. Desde Valparaíso a San Francisco los veleros cruzaban en sesenta días con holgura; en tanto que desde Nueva York, doblando el Cabo de Hornos, tardaban de tres a cuatro meses. Quedaba a los neoyorquinos el recurso de irse por tierra; pero atravesar su inmenso país, en aquella época, era más que una aventura, una hazaña. Sin ferrocarriles ni caminos, debían viajar a través de desiertos, selvas, ríos y cordilleras, por más de ochocientas leguas, en pesados carromatos que rodaban envueltos en nubes de polvo y muchas veces no alcanzaban a su destino a causa de los ataques de los indios o de las penalidades del viaje. Esto explica su tardanza en llegar a un lugar de su propio territorio que ya estaba invadido por gentes de países remotos.

Y explica también la violencia con que entraron a competir. Porque el saberse aventajados encendió en ellos una especie de ira patriótica, que unida a su codicia, les empujó a las peores tropelías. A los pocos meses de su aparición ya había un millar de muertes por asesinato (que por cierto quedaron impunes), contándose entre las víctimas los jóvenes santiaguinos Valentín Sanfuentes, Manuel Hoevel y José Izquierdo. Un peón chileno escribía en carta publicada en El Mercurio:

«Anduvimos con suerte al principio, junto con los demás, hasta que un tropel de gringos envidiosos nos quitaron lo mejor del placer; pero yo despaché a dos, que a estas horas estarán gozando de un placer más grande, si es que en el cielo reciben a los gringos».

La expresión de «gringos envidiosos» contiene la clave de la ojeriza que los norteamericanos cobraron a los chilenos. Un periodista peruano describía en El Comercio de Lima esta desigual competencia:

«Los yanquis, totalmente ignorantes en este trabajo, se veían burlados aunque cavasen una fosa. El chileno, con su ponchito y su daga al cinto, iba paso a paso, daba unos cuantos barretazos y ponía la tierra en su batea, la daba vueltas a la orilla del arroyo, embolsaba su onza de oro y se iba a comer su charqui y su frangollo»...

Los sangrientos episodios que ambos bandos protagonizaron, fueron la consecuencia de esa emulación.

El roto, minero insuperable, pudo haber amasado tesoros... pero lo perdieron la prodigalidad, tara de su raza, y su irritante vicio del juego. Con la misma ligereza con que llenaba su bolsa en la batea, la vaciaba en la mesa del monte, que él introdujo en los

campamentos y que pronto cundió por todo el Estado. En una tarde tiraba la ganancia de una semana de trabajo agobiador -como si sólo para eso hubiese ido desde tan lejos-, y volvía a su eterna condición de indigente.

A la criminalidad y al desamparo sumábanse los rigores de un clima malsano, propenso a la fiebre amarilla y tifoidea; las continuas incursiones de las tribus indígenas y los ataques de las fieras. La distancia a la costa era de veinte leguas, en su trayecto no había alimento ni auxilio alguno y sólo podía viajar a pie, porque el caballo había ido encareciendo desde cinco pesos hasta quinientos.

Pero los hombres seguían afluyendo al nuevo El dorado por tierra y mar, desde todos los rincones del globo. En pleno invierno, los navíos doblaban el Hornos desafiando los huracanes; y Valparaíso, escala de descanso obligada, cobraba la animación de un puerto europeo. Hasta doscientos buques solían contarse en sus fondeaderos, y hubo días en que entraron cincuenta, llenando el panorama con sus velas. Las casas proveedoras hacían su agosto; los hoteles y tabernas no daban abasto en la atención de los pasajeros. Ruidosas comparsas de americanos inquietaban el barrio alegre. El eco de su rivalidad con los nativos había repercutido aquí, y el encono popular no tardó en manifestarse en sangrientos choques callejeros.

En medio de esta atmósfera caldeada, la emigración y el comercio prosperaban sin contratiempo. Toda la harina que podía obtenerse era llevada a la costa, y todos los barcos capaces de llegar a la Golden Gate se contrataban para su conducción. Instaláronse nuevos molinos y compráronse o construyéronse nuevas fragatas y goletas. Josué Waddington, de Valparaíso, y Pedro del Río, de Talcahuano, doblaron el tonelaje de sus flotas. En Constitución, solamente, había siete astilleros trabajando para ellos.

Corrían a California setenta veleros. Con todo, no alcanzaban a servir la demanda de pasajes, porque la fiebre cundía y tomaba caracteres de éxodo. No hallando en qué irse, un grupo de jóvenes fletaron una balandra desvencijada y se lanzaron caleteando costa arriba. Después de mil peripecias tuvieron que abandonarla inundada en Guayaquil para seguir en un vapor que accedió a recogerlos.

De todas las nacionalidades latinoamericanas, la chilena vino a ser la que más copiosamente acudía a San Francisco. Permanentemente había de veinte a treinta de sus buques en el puerto, y no pasaba un día en que no entrase o saliese alguno. A semejanza de los chinos, que formaron su barrio propio, Chinatown, se habían ido agrupando en una quebrada que llamaron «Chilecito», al pie del Telegraph Hill. Allí prosperaban don Felipe Fierro, editando El Eco; los hermanos Pérez Rosales, regentando su «Restaurante de los Ciudadanos»; y don Samuel Price, haciendo las veces de cónsul extraoficial y patriarca de la colonia.

Su penetración se hacía sentir hasta en Sacramento, cincuenta millas al norte. Chilena fue la Natalia, primera barca de alto bordo que se atrevió a llegar allí, remontando la corriente del río. Y chilenos los hermanos Leandro y Manuel Luco, que dotaron al pueblo de su primer hospital de caridad para aliviar los estragos de las epidemias.

Marysville, un pueblecito, y Washington City, una pequeña ciudad, nacieron y crecieron por el esfuerzo de don José Manuel Ramírez y don Buanaventura Sánchez. Washington City -una gloria para su fundador-, fue asentada a ocho millas al norte de Sacramento y a veinte horas de navegación de San Francisco. La planta de la ciudad se hallaba dividida en manzanas de doce sitios simétricos, con 17 varas de frente por 33 de fondo. Todos los nombres de las calles evocaban lugares y personajes de la patria del fundador: Valparaíso, Constitución, Cochrane, Waddington, Bulnes, Ossa, Blanco Encalada... Se edificó y pobló con rapidez y no tardó en llegar a ser una digna rival de Sacramento. Hoy cuenta 100.000 habitantes.

Para aquilatar el mérito de estos triunfadores, es necesario completar la pintura del medio, donde el desorden había alcanzado su paroxismo. San Francisco era la escena de un desenfreno infernal. Funcionaban ciento cincuenta garitos, que esperaban día y noche repletos de toda clase de gentes, incluso mujeres y niños. Eran salones decorados con motivos obscenos, y hallábanse libres de todo reglamento o control. Las reyertas y tiroteos ocurrían a diario, provocando escándalos que alarmaban a la ciudad. En su libro *The New and the Old*, J. W. Palmer refiere que durante un baile de máscaras en el Washington Hall (1849), la beautiful Chilean Spitfire Mariquita apuñaló por celos a la hermosa Camille La Reine. Poco después, en el salón «La Señorita», Camille se vengó cortando con un corvo el pescuezo de su enemiga. Bataholas parecidas producíanse a la puerta de los prostíbulos, como consecuencia de la escasez de mercadería femenina (una mujer por cada doscientos hombres), y donde los impacientes se habrían pasado con los puños o revólveres.

En *The Beginnings of San Francisco*, Zoeth S. Eldredge ha evocado su peor calamidad: la aparición de los Galgos:

«Una organización formada por la hez del desbandado regimiento de voluntarios de Nueva York, mezclado con bandidos de Australia y la crema de la plebe de la ciudad, capitaneados por un tal Samuel Roberts, desfilaba por las calles con tambores, flautas y banderas flotantes. Se llamaban a sí mismos los Galgos o Reguladores, y so pretexto de velar por la seguridad pública, se inmiscuían en todo y cometían toda suerte de ultrajes. Abusando de la fuerza de su número y de sus armas, exigían contribuciones del comercio y los vecinos para sostener su organización».

Por un tiempo fueron el azote de la comarca, hasta culminar con un acto de bandidaje a la luz del día: el asalto al barrio chileno.

No se sabe con qué motivo -posiblemente el del rechazo de sus exigencias- Chilecito fue atacado, saqueado y destruido por estas langostas humanas. Sus moradores no tenían medios de defensa y fueron cogidos, para colmo, de sorpresa. Todo lo que pudieron hacer fue contestar con una lluvia de piedras, cuando ya sus carpas y barracas estaban arrasadas o eran pasto del fuego.

Tal fue la indignación popular, que un pacífico mormón, se trepó al tejado de su casa y arengó al pueblo para organizar la persecución de los criminales. De resultas de este

meeting, se improvisó una guardia cívica armada de pistolas y cuchillos, que después de un día de faena logró acorralar a una parte de la banda. Dieciocho de sus miembros, entre ellos el propio Roberts, fueron maniatados y llevados a bordo de un buque de guerra.

Pero el mal tenía raíces muy hondas para que pudiera extirpársele. Los galgos actuaban simultáneamente en el interior, allí donde era imposible perseguirlos.

Montados en veloces caballos, desvalijaban a los viajeros en la soledad de los caminos o caían sobre los campamentos de los placeres, despojando a los mineros para desaparecer enseguida sin dejar rastro. Estos asaltos con frecuencia daban ocasión a terribles represalias, librándose combates que dejaban el campo ensangrentado. Entre los más famosos se recuerda el que tuvo lugar en las márgenes del arroyo de las Calaveras, cerca de Stockton.

Una cuadrilla de chilenos y mexicanos había descubierto un rico lavadero, y se hallaban tranquilamente trabajándolo cuando llegaron los galgos, en doble número, a disputarles el sitio. Trabados en lucha, los mineros se encontraron abrumados y tuvieron que retirarse. Ingenuamente presentáronse ante el sheriff de Stockton pidiéndole amparo. Este no tenía los medios para hacerles justicia y les instó con franqueza a que se la hicieran por sí mismos... No necesitó repetirles el consejo. En su furioso deseo de recuperar el placer y tomarse venganza, la cuadrilla preparó un malón al estilo araucano. Durante una semana anduvieron sus hombres reclutando gente y proveyéndose de armas. Al cabo de esta búsqueda formaban un batallón de doscientos individuos equipados de revólveres, corvos, garrotes y boleadoras.

Su regreso al Calaveras fue un hecho digno de los fastos californianos. El encuentro duró dos horas y tiñó de rojo las aguas del arroyo. Armados de fusiles, los galgos llevaban la ventaja, pero las balas se agotaron y fue menester recurrir al arma blanca. Entonces intervinieron los corvos. Trece galgos perecieron al instante, otros tantos quedaron moribundos y dieciséis cayeron prisioneros. Ni uno solo escapó. Después de una paliza epilodal, los vencedores amarraron a los sobrevivientes y los llevaron a Stockton para entregarlos al sheriff. Luego volvieron a instalarse en el reconquistado campamento.

Con todos los golpes recibidos, los galgos rebrotaron todavía. De entre sus últimos atentados se hace necesario consignar, por su ferocidad y por sus consecuencias, el que perpetraron en las personas del minero chileno Joaquín Murieta y su esposa mexicana Carmela Félix. Crimen que conmovió a la propia insensible California y fue la causa de una nueva secuela de horrores.

Murieta, un honrado mozo natural de Quillota, había ido a San Francisco para unirse a su hermano Carlos y marchar en su compañía a los placeres. Su nombre y su vida habrían quedado en el anonimato si la espantosa afrenta de que le hicieron víctima no hubiera venido a torcer su destino.

Hallábase un día con un grupo de compatriotas trabajando en un lavadero por ellos descubierto, cuando la repentina llegada de los «reguladores» les dejó a merced de sus rifles. Robaron hasta las prendas de vestir de los mineros; y por mero afán de exterminio

dieron muerte a los que no alcanzaron a huir. Reducido a la impotencia, Murieta presencié el asesinato de su hermano y luego el de su esposa, a la que previamente violaron. Él mismo cayó con graves heridas y salvé porque sus victimarios lo dieron por muerto.

La historia no lo dice, pero es evidente que aquel horror le dejó trastornado.

La transformación de su personalidad operose de manera espectacular. Casi de un día para otro, el «honrado mozo» aparece en los caminos a la cabeza de una banda de salteadores: la más numerosa y sanguinaria que registran los anales del Golden State. Una caballería de trescientos individuos -nuevamente chilenos y mexicanos-, lo seguía como a un condotiero. Dónde y cómo reclutó a sus adeptos, es un enigma; sólo se sabe que iban tras un propósito vengativo: causar todo el daño posible al enemigo común: el yanqui. Lugarteniente eran el mexicano Reinaldo Félix, hermano de Carmela, y los chilenos Juan Tresdedos, Luis Carrera, Pedro González, Joaquín Valenzuela y Juan Evangelista Reyes.

Durante tres años (1850-53), Murieta asoló esas comarcas sin compasión ni descanso. Sus fechorías han dado tema a romances, dramas, novelas y películas. El francés Robert Hyenne, autor del folletín *El bandido chileno Joaquín Murieta en California*, dice que «todo el país del oro, desde México a Oregón, desde la Montañas Rocosas hasta el mar, conserva el recuerdo de ese hombre a quien el robo y el crimen hicieron célebre».

Seguirlo en su trayectoria sería consagrarle un nuevo volumen. Bastará decir que vengó hasta la saciedad la sangre de Carmela y de Carlos. Sus víctimas se contaron por centenares y los miembros de su banda llegaron a enriquecerse con el botín de los salteos. Ciñéndose a la táctica de los montoneros, estos hombres operaban divididos, lo que les permitía actuar simultáneamente en distintos lugares y desconcertar a las fuerzas encargadas de perseguirlos.

Las autoridades ofrecieron recompensas en dinero para quien entregase al damned Chilean vivo o muerto. Un día, al entrar en un pueblo del valle de Estanislao, el salteador se detuvo a leer el cartel de la afeita: «Se dan cinco mil dólares a quien entregue la cabeza de Joaquín Murieta». Tranquilamente se apeó y escribió debajo: «Yo doy diez mil»; y puso al pie su firma.

El solo atenuante de sus delitos es que no robaba para sí, pues el dinero no le importaba y lo cedía a sus secuaces. No tuvo otro móvil que la venganza.

Pero esto no lo eximió del ajuste de sus cuentas con la ley. Harto de sus hazañas, el gobernador había comisionado a un jefe militar, el capitán Harry Love, para que lo persiguiese en una batida a muerte por todo el Estado. Al mando de un poderoso cuerpo de jinetes, Love patrullaba los caminos en centenares de millas a la redonda siguiendo su rastro.

Una noche, al cabo de un mes de persecución, le dio alcance y lo hizo caer en una emboscada. Murieta vio morir a su alrededor a todos los hombres, salvo unos pocos que pudieron escapar; y finalmente él también rindió su vida acribillado por las balas. La fama dice que expiró con el nombre de su esposa en los labios.

Para escarmiento, su cabeza fue llevada a Stockton y exhibida en alcohol en un local público, al que se invitaba mediante vistosos carteles murales:

«Puede verse la cabeza de Joaquín Murieta. Esquina de las calles de Haleck y Sansón. Entrada, un dólar».

El fin de Murieta consternó a los veinte mil chilenos que a la fecha residían en California. Pero fue también indicio de que el gobierno empezaba a imponer el orden. Ciertamente es que en San Francisco se estaban haciendo remates públicos de mujeres y que una ola de incendios intencionales tenía a la ciudad en constante alarma; pero éstos eran los residuos de la anarquía de los últimos años. Frisco contaba ya con 40.000 habitantes y su puerto albergaba seiscientos buques. En las tierras del interior habían comenzado a explotarse las maderas y a cultivarse las viñas y los trigos...

De estos súbitos progresos se tuvo noticia en Chile; pero la sed de ganancia no dejó a sus especuladores darse cuenta del peligro y los productos nacionales siguieron ofreciéndose a altos precios. Don Benjamín Vicuña Mackenna confiesa haber salido de Valparaíso con un cargamento de harina que compró a ocho pesos el saco para venderlo en San Francisco a cuarenta y cinco.

Cuando, por fin, se quiso reaccionar, ya era tarde: California se estaba abasteciendo por sí misma. ¡La tierra que se creyó improductiva, era un vergel, y su agricultura iba a reportarle más riqueza que todos los placeres descubiertos y por descubrirse!

Bruscamente los exportadores chilenos perdieron aquel mercado que durante seis años les perteneciera. Y dióse el caso de navíos que tuvieron que volverse con sus cargamentos sin haber logrado realizarlos.

Entonces se revisó con nostalgia la estadística de esas exportaciones que tocaban a su término:

1848	\$250.195
1849	\$1.835.460
1850	\$2.445.868
1851	\$2.067.603
1852	\$2.203.729
1853	\$1.674.367
1854	\$705.470
1855	\$275.763

Para hacer más completa esta derrota, aconteció un hecho memorable:

Arribó a Valparaíso un buque norteamericano con quinientos barriles de harina producida en California, ¡y se vendió, el día de su llegada, a más bajo precio que la del país!

Pero si los Estados Unidos triunfaban por su potencia económica y su industria mecanizada, Chile una vez más iba a salvarse por su estrella misteriosa.

Precisamente cuando empezaba su ocaso harinero y vinícola en California, habían llegado a sus playas la nueva del otro prodigio del siglo: el descubrimiento del oro en Australia... Y como también era ésta una tierra salvaje e invadida por muchedumbres, buscó y encontró un mercado tan vasto como el que perdía en Norteamérica. Su infatigable marina mercante (con Waddington a la cabeza) empezó entonces a cruzar el Pacífico descongestionando las bodegas de Valparaíso para ir a llenar las de Melbourne y Sidney con ventaja sobre las flotas de la propia Inglaterra.

Y así, mientras bajaban las cifras de la exportación a California, subían a saltos las de las ventas al nuevo consumidor:

1852	\$23.930
1853	\$259.473
1854	\$878.429
1855	\$2.698.911

Ocioso es decir que el oro australiano provocó una nueva corriente emigratoria. En pos suyo partieron los hombres que no encontraban cómo trasladarse a San Francisco; y muchos pasaban desde la propia California viajando en buques de carga.

Y es que la vida en el medio californiano se había vuelto un caos total. Con regularidad aterradora la prensa relataba los episodios que tenían lugar «entre blancos y chilenos»: asaltos, incendios, asesinatos. En uno solo de estos ataques, perpetrado en Courtelville el año 56, diecisiete miembros de la colonia hallaron la muerte. Con la doble desventaja de su inferioridad numérica y su condición de extranjeros, tuvieron que llevar lo peor de la lucha, y esto obligó a los menos resueltos a abandonar el campo.

Verdad es que estas persecuciones tuvieron una virtud: la de acrecentar la cohesión y el calor nacionalista de los perseguidos. Formaron una especie de hermandad. En muchos de sus campamentos la bandera de la patria permanecía enarbolada -lo que erróneamente se interpretó como una provocación-, y la fecha del 18 de septiembre era festejada con fervoroso entusiasmo.

«Los chilenos residentes en San Francisco -dice una crónica de 1858- estuvieron de gala: el aniversario de la independencia de Chile fue suntuosamente celebrado. Por la mañana una salva, y otras a las 12 y al anochecer. Varias casas aparecieron ornadas con pabellones. La fragata Matador, anclada en la bahía, presentaba un magnífico golpe de vista con su profusión de gallardetes y banderas. El templo en donde se celebraron los oficios tenía izado un emblema tricolor en la cúpula del campanario».

Esta devoción no la enfrió el tiempo. Al sobrevenir la guerra con España, en 1865, formáronse clubes patrióticos en todas las poblaciones del Estado, a iniciativa de don Onofre Bunster, para ayudar a la nación en sus aprestos bélicos. Producto de estas colectas fue un envío a Santiago de diez mil dólares, en cuya lista de erogaciones había óbolos hasta de centavos, recogidos entre los gañanes de los placeres.

Ya por entonces, al cabo de quince años de explotación, el rendimiento de las faenas auríferas había empezado a mermar; y esta animosa gente se iba yendo a la búsqueda de mejores horizontes: las minas de plata de Nevada, el ferrocarril de Panamá, las pesquerías de ballenas en los Mares del Sur. Repartidos por medio continente, no es extraño que se les viera reaparecer en los lugares más inesperados. Durante la guerra civil de los Estados Unidos, al capturar el corsario Alabama a la ballenera Gipsy, que se dirigía a la Antártica, encuéntrase a bordo a Esteban Rivera, Juan Avilés, Miguel Vera y Juan Cárdenas, naturales de Concepción; Manuel Paz, de Quirihue, y Manuel Rivera, Agustín Paz y José María Ramos, de Valparaíso. Por la misma época, un contingente se hallaba en México sirviendo a Juárez en su lucha contra los franceses; y fue en el sitio de Puebla donde los atacameños Horacio y Augusto Nordenflych se hicieron notar como guerrilleros, habiendo uno de ellos matado el caballo del general enemigo y ganando los dos, a raíz de la acción, el grado de sargentos mayores.

Aquellas aventuras fueron como el epílogo de su drama californiano. A partir de entonces se pierde poco a poco el rastro de sus pisadas. ¿Cuántos dejaron allí sus huesos? ¿Cuántos regresaron y cuántos no volvieron nunca? La historia no lo sabe: sólo nos dice que la quimera dorada hizo acudir en veinte años a treinta mil chilenos -la flor de una gran generación-, y que muchos, quizá la mayoría, no retornaron.

Aquel poderoso crisol de razas ha debido ir absorbiéndolos, y es probable que sus descendientes muy pronto hayan olvidado el origen de su sangre.

Lo que sí está averiguado es que entre tantos soñadores de riqueza, y al cabo de tantos esfuerzos, dolores y vicisitudes, la mayor parte sólo obtuvo como premio el desengaño. Bastan los dedos de la mano para enumerar a los que lograron coger el tesoro.

En 1890 los diarios de San Francisco informaban del fallecimiento de Miguel Osorio Azócar, oriundo de Constitución, que dejaba a sus hermanos, residentes en el Maule, una herencia de 2.000.000 de dólares.

En 1897 fallecía en Gurthrie Mr. John E. Reyes, natural de Atacama: el mismo que fuera compañero de Murieta y que se había enriquecido en negocios ganaderos. Nacionalizado norteamericano y casado con norteamericana, de la que tuvo quince hijos, legaba a esta prole yanqui una fortuna de diez millones de dólares. A su sombra había prosperado también su hijo mayor, Charles Reyes Harriet, que era a la sazón el primer accionista del West New Mexico and Arizona Railways.

En 1913 moría en Oakland, Pedro Bolvarán, un ex-jardinero de Casablanca, dejando bienes estimados en siete millones de pesos chilenos, de los que eran herederas dos sobrinas ocupadas en el servicio doméstico de «Viña del Mar».

Otra herencia cuantiosa, demasiado grande para ser cobrada, fue la del ingeniero don Alejo Barraza Méndez, muerto en un accidente de yachting hacia 1895. Había testado a favor de parientes residentes en el Norte Chico, dejándoles cinco minas (todas con nombres patrióticos chilenos), varias estancias a orillas del Sacramento, un hotel en San Francisco y un fundo frutero cerca de Hollywood, y por cuya posesión han pleiteado inútilmente los legatarios. El último de ellos, don Justo Pinto Iglesias, abandonó sus demandas al cabo de veinte años, a consecuencia del desaparecimiento del expediente en los juzgados de Los Ángeles.

Los amores de Portales

Según el testimonio de su correspondencia

El 15 de agosto de 1819 don Diego Portales contrajo matrimonio con su prima doña María Josefa Portales y Larraín. De esa fecha arranca una de las historias sentimentales más conmovedoras de que haya recuerdo. También señala ella la raíz del acontecimiento que fijó el carácter y el destino del más célebre estadista nacional.

Al establecerse -como entonces se decía del acto de tomar esposa-, Portales contaba veintiséis años de edad. Por lo que se sabe fue María Josefa la primera mujer en quien puso los ojos; y según su propia confesión, gozó en este amor de «una dicha infinita». Si es verdad que don Diego descendía de los Borgia (como lo afirma F. A. Encina con el árbol genealógico a la vista), no desmintió en esa pasión la exuberancia de su estirpe. Amó a Chepita con la intensidad de que sólo puede ser capaz quien posea a la vez las tendencias del misticismo y el sensualismo.

La posteridad desconoce el aspecto material de la inspiradora de este amor, pues no quedó de ella pintura ni descripción. Lo cual no es de extrañar, desde que a su propio marido no le conocemos la verdadera fisonomía. El único retrato del natural que de él existe (debido al italiano Domeniconi), fue realizado después de su muerte y sirviéndole de modelo el rostro desfigurado por las balas y las bayonetas de los asesinos.

La idílica unión no alcanzó a durar dos años. Una enfermedad fulminante se llevó a María Josefa en el invierno de 1821 y dejó a su compañero hundido en el abismo de la desesperación.

De la magnitud de este golpe sólo puede dar una idea la resolución que el viudo se impuso como un voto sagrado: la de quedarse solo por el resto de sus días. Parece ser que en cierto momento pensó en tomar los hábitos religioso. Confesaba y comulgaba a diario, y hasta solía vérsese en el coro de su parroquia, siguiendo «con voz acentuada y fino oído» los cantos litúrgicos.

Temiendo que cayese en la misantropía o en la locura, su anciano padre quiso salvarlo con el consejo de la sabiduría vulgar: el de que tomase una nueva esposa... A ello contestó don Diego en una carta patética, pieza maestra de su Epistolario, y que es el exacto reflejo de su estado anímico de entonces:

«Con el correr de los días, que cada vez me son más penosos, la ausencia eterna de Chepita no ha hecho más que aumentar la pena que me aflige. Tengo el alma destrozada, no encontrando sino en la religión el consuelo que mi corazón necesita. He llegado a persuadirme de que no pudiendo volver a contraer esponsales por el dolor constante que siempre me causará el recuerdo de mi santa mujer, por la comparación de una dicha tan pura como fue la mía, con otra que no sea la misma, no me queda otro camino que entregarme a las prácticas devotas, vistiendo el hábito de algún convento. Con ello perseguiría lo que como hombre todavía no consigo ni creo conseguiré jamás: dejar en el olvido el recuerdo de mi dulce Chepa. Por eso sus empeños para que contraiga nuevamente, me parecen algo así como un consejo terrible, y por lo mismo, inaceptable. Viviré siempre en el celibato que Dios ha querido depararme, después de haber gozado una dicha infinita. Crea usted que las mujeres no existen para mi destrozado corazón: prefiero a Dios y a la oración antes de tentar seguir el camino que inicié con tanta felicidad...».

Fue esa obsesión de olvidar la que le indujo a alejarse del país, yendo a establecerse en el Perú con el pretexto de abrazar la carrera mercantil.

Cumpliría, ciertamente, la promesa de no volver a casarse... Pero nadie, y acaso ni él mismo, hubiera podido prever el raro vuelco que iban a experimentar sus sentimientos. Aquella fiebre religiosa comenzó pronto a enfriarse, hasta devenir en un escepticismo burlón. No mucho después le diría a un amigo de su intimidad: «Usted cree en la religión, mientras yo creo en los curas», queriendo significar que sólo se servía de la Iglesia para sus fines utilitarios.

Y conforme se retiraba el místico por un lateral de la escena, hacía el sensual su entrada espectacular por el foro. Un nuevo Portales, el vividor alegre, el eximio catador de mujeres, surgía ante el asombro de sus conocidos.

Casi recién llegado a Lima, le escribía a don José Manuel Cea, su socio y confidente: «Vivo aquí en compañía de Julia». Era su primer amorío en tierra peruana; y de su durabilidad decía en la misma carta:

«Estoy dispuesto a darle la patada. Vivir con mujeres es una broma, sobre todo cuando son intrigantes».

En ese breve lapso se había convertido en un conocedor del mujerío limeño -con tal asiduidad debió frecuentarlo-, y he aquí cómo resumía su experiencia:

«Decididamente prefiero las chilenas a las peruanitas. Éstas son muy refinadas y falsas, muy ardientes y ambiciosas, muy celosas y desconfiadas y amaneradas».

Parecía hartado de ellas, pero en realidad no hacía sino empezar la larga serie de sus enredos. Con fecha 19 de mayo de 1822 le cuenta a Cea:

«Me cargué con un hijo a quien pienso reconocer. La historia es conocida de usted. Lo que siento es que sea peruano».

El 13 de septiembre, cuatro meses después, le informa de otro lío peor, por causa del cual ha ido a parar a los tribunales:

«Si este pleito se alarga y el doctor no anda listo, tendré que cargarme con una mujer que de todo tiene menos de moral, y con un señorito que me echaría en cara mi desvergüenza. Para dicha mía, la que ha sido mi querida no tenía una fama muy limpia. El caballero Heres la había prostituido, después don Toribio Carvajal, y por último Portales, que se ha llevado la peor parte. Yo no habría entrado en relaciones con tal mujer desvergonzada si hubiera sabido estas circunstancias, que me hacen repudiarla con toda la fuerza de mis odios; pero tuvo audacia para fingirme inocencia y para hacerme creer que estaba virgen...».

La celebridad de sus aventuras le hizo rápidamente famoso, y su prestigio acabó por despertar el interés de las damas de la alta aristocracia. Ha debido ayudarle su figura de caballero esbelto, de noble continente y maneras exquisitas, enfundado en el frac impecable que le fue característico. En ese conspicuo medio social encontró a la que iba a ser su más escandalosa, pero también su más durable conquista: Constanza Nordenflycht.

Era ésta, cuando él la conoció, una niña de dieciséis años y de extraordinaria belleza, hija huérfana de doña Josefa Cortés y Azúa, encopetada matrona limeña, y del barón Timoteo de Nordenflycht, sabio prusiano y antiguo consejero del rey de Sajonia. Poseedora, como podemos presumir, de un temperamento incontrolable, se enamoró locamente de don Diego, y ante la negativa de éste a tomarla por esposa, optó por entregársele en condición de concubina. Su pasión fue tal que un tiempo después, cuando Portales volvió a la patria, fracasado y empobrecido, se vino siguiéndolo y no paró hasta volver a reunirse con él. ¡Hay que imaginarse la polvareda de chismes, aspavientos y maldiciones que la pareja habrá dejado en las orillas del Rímac!

De esta unión ilícita que duró toda una vida, nacieron otros tres inocentes: Rosalía, Ricardo y Juan Santiago Portales y Nordenflycht, que sólo vinieron a ser legitimados después de los días de sus padres por un decreto del Gobierno.

Su principio de que «vivir con mujeres es una broma», mantuvo a Portales a distancia de la que le amó con tanta valentía y lealtad y sus encuentros con ella fueron esporádicos y cada vez menos frecuentes. Excepto una breve temporada en que vivieron juntos en Valparaíso, la ardiente peruana residió en la capital en compañía de una parienta, y solía pasar hasta un año sin ver a su amante. Sin embargo, Portales no la abandonó y aún veló por su bienestar y el de sus hijos. Constanza, para él, fue el cariño triste, medio olvidado, pero al cual se vuelve de tarde en tarde.

En una de sus múltiples cartas confidenciales, el extraño amador confiesa este propósito:

«Declaro a usted que no he contraído con ella obligación alguna, y que para la puntual asistencia que ha recibido siempre de mí, no he tenido otro móvil que mi propio honor, la compasión y el deber de reparar los daños que ella hubiese recibido por mi causa».

La misma vida galante del Perú se continuó en Chile, y no varió ni en los años en que el hombre de negocios, convertido en estadista, llegó a ser la primera personalidad de la nación.

Memorable en la tradición santiaguina es la Filarmónica, especie de cabaret particular instalado por don Diego y sus íntimos, y mantenido a sus expensas, para divertirse a puertas cerradas. Funcionaba en la calle de las Ramadas (hoy Esmeralda), cerca del famoso teatro al aire libre donde los prisioneros españoles representaron Otelo en honor de Lord Cochrane. Aún en la época más laboriosa de su gestión administrativa -cuando, bajo el gobierno de Ovalle, desempeñaba todas las carteras del Gabinete- Portales no dejó de asistir por lo menos una vez a la semana a las reuniones de la Filarmónica. La concurrencia femenina era a base de señoritas de vida decente, aunque no excesivamente recatadas, que gustaban de bailar al son de arpas y guitarras. Entre ellas destacó Rosita Mueno, rutilante belleza que dio tema a la chismografía local, y cuyo nombre anduvo mezclado con el del Ministro. Es fama que éste no bebía, pero podía estar hasta las 12 de la noche -límite de las

trasnochadas de ese entonces- rasgueando la guitarra o «haciendo raya» en el tablado. Por algo declaró a sus partidarios políticos que no cambiaría la Presidencia de la República por una zamacueca.

Iguales placeres solía procurarse hasta en la soledad del campo, allá en su fundo de El Rayado, La Ligua, donde su genio versátil le llevó a dedicarse a la agricultura. El improvisado campesino vivía sin ver otras caras que las de su servidumbre; pero a ciertos intervalos rompía este aislamiento para entregar a la desenfrenada expansión de sus sentidos. Un volador lanzado desde el patio de la casa, al anochecer, era la señal de que Su Señoría estaba de recepción e invitaba a las niñas y galanes de la aldea. Tales fiestas eran de una alegría estruendosa y degeneraba a veces en las bacanales. Para amenizarlas, el anfitrión hacía traer desde Valparaíso la banda de músicos del cuerpo cívico, o contrataba a las más afamadas cantoras del lugar. También había números de bufones, como un zapateador y una pareja de idiotas cuya gracia consistía en trenzarse a moquetes hasta quedar irreconocibles.

Al igual que los convites de la Filarmónica, los de El Rayado eran un pretexto para revistar y renovar el elenco femenino; y el cohete que volaba por el cielo de La Ligua fue la luz que atrajo a más de una mariposa desprevenida, que de allí salió con las alas chamuscadas. Es sabido que una de ellas echó al mundo otro Portalito ilegítimo.

El hecho concreto es que Portales no podía prescindir ni por un momento del sexo contrario. En una de sus clásicas confidencias se lee lo siguiente:

«¿Sabe usted que la maldita ausencia de las señoras no me deja comer ni dormir tranquilo? Examinó mi conciencia y encuentro que las quiero del mismísimo modo que el señor San José a Nuestra Señora La Virgen Santísima».

Las quería a todas, al conjunto, y en razón directa crecía su repulsión a la idea de amarrarse con una. Por eso llegó a decir:

«El santo estado del matrimonio es el santo estado de los tontos».

Contra esa resolución tenaz -y sin duda enfermiza- de no volver a entregarse, se estrelló durante catorce años la invariable solicitud de Constanza Nordenflycht. Todos los recursos de la seducción y la ternura no bastaron al propósito de doblegarlo. Bastará saber que el piano de la casa de las Ramadas, a cuyo son bailaba don Diego con la Mueno y sus otras amigas, se lo había proporcionado ella, para contribuir a su diversión y saberlo contento...

Sólo en una circunstancia llegó ese carácter tremendo a dar señales de ablandarse, y fue ante la inminencia del fallecimiento de su querida.

En el invierno de 1832, Constanza contrajo la escarlatina, epidemia que por primera vez se hacía sentir, y los médicos desesperaron de salvarla. Desde Valparaíso, donde entonces residía como comerciante y gobernador, Portales escribió a su agente en la capital, don Antonio Garfias, encargándole casarlo por poder en artículo de muerte. Y este gesto supremo no era por lástima de la moribunda, sino con el objeto de legitimar a sus hijos. Lo dice él mismo, una y otra vez:

«Formada mi firme resolución de morir soltero...»; «No tendría consuelo en la vida y me desesperaría si me viera casado...».

En ninguna de sus cartas -y se conservan seiscientas- expresó de manera tan patética su horror al santo estado de los tontos:

«Me avanzo a aconsejarle, si es posible -le dice a Garfias- se case a mi nombre después de muerta la consorte. Creo que no faltaría a su honradez consintiendo en un engaño que a nadie perjudica y que va a hacer bien a unas infelices e inocentes criaturas...».

Contra todas las previsiones de los doctores, la enferma desahuciada reaccionó y recobró su salud, y el gobernador de Valparaíso se libró de tomar por mujer a una difunta.

Dignos de este drama fueron su final y su epílogo. Hasta el último día de su vida, don Diego tuvo clavado en el pecho el recuerdo de su esposa, de aquella María Josefa a la que nadie pudo reemplazar; y probablemente en la terrible agonía del Barón pronunció su nombre.

Las memorias de Lord Cochrane

Hacia el final de su vida, que fue de ochenta y cinco años, el décimo Conde de Dundonald juzgó necesario historiar sus aventuras marítimas y terrestres. Entre otras cosas, había destruido la última escuadrilla de Napoleón, había inventado la cortina de humo y la táctica de «comandos»; viose envuelto en el más ruidoso escándalo bursátil de Londres, fue en el Parlamento un Quijote batallador que las emprendió contra la corrupción política y naval; y en los mares de Chile, Perú, Brasil y Grecia llevó a cabo hazañas inauditas. Aunque no se hubiera tomado el trabajo de dejarnos su Autobiografía y sus Memorias, de todos modos el mundo sabría quién fue Lord Thomas Cochrane, porque nada menos que un clásico inglés,

Frederick Marryat, se encargó de inmortalizarlo. Marryat era un niño de catorce años cuando el capitán Cochrane, en 1806, accedió a enrolarlo en la Imperieuse como voluntario de primera clase. A su tiempo trazaría el escritor su retrato del héroe:

«Un marino en cada pulgada de su ser. Conocía un barco de proa a popa, entendía la idiosincrasia de los marineros y ganaba su confianza. Era, aparte un buen mecánico, un carpintero, un cordelero y un tonelero. Podía tomar rizos y manejar el timón, empalmar y sondar. Era tranquilo, honesto y sencillo, con gran proporción de sentido común y de llaneza para con sus oficiales».

En otro lugar rendiría homenaje a la previsión maravillosa con que el Lord ejecutaba sus abordajes y desembarcos aparentemente suicidas:

«No he conocido a nadie tan cuidadoso de la vida de sus tripulantes. Algunas de sus más espléndidas victorias se obtuvieron sin la pérdida de uno solo de sus hombres».

Las proezas que Marryat presenció a bordo de la Imperieuse le inspiraron los argumentos de dos novelas que ningún inglés desconoce: Frank Mildmay y Peter Simple; y hoy sabemos que la lectura de estos libros decidió la vocación marina de Joseph Conrad y del futuro almirante alemán Von Hipper.

Lord Cochrane carecía de toda aptitud de escritor y sus obras autobiográficas respondieron a una sola preocupación: no irse de este mundo sin disparar una última andanada contra los innumerables enemigos que se le habían atravesado o que él mismo se había buscado en su vida de pendenciero genial. El primero de estos libros, *Narrative of Services in the Liberation of Chili, Peru and Brazil*, aparecido en 1858, tuvo por objetivo primordial dejar a San Martín y al Ministro Zenteno por el suelo e informar a la posteridad que el Gobierno de Chile le quedó debiendo sus derechos de presas. Tampoco se los pagaron en Brasil, donde hubo de habérselas con individuos que eran tan deleznable, a juicio suyo, como Zenteno y San Martín. Su segundo libro, *Autobiography of a seaman* (1859), fue concebido para vapulear al envidioso Lord St. Vincent, que obstaculizó su carrera naval; al mediocre Lord Gambier, que quiso malograr su ataque a los buques napoleónicos; y al venal e inhumano Lord Ellenborough, el juez del escándalo de Bolsa que lo mandó a la cárcel y lo hizo expulsar de la marina británica. Su actuación en Grecia no cupo en sus memorias, pero sabemos por sus cartas y documentos que allí se encontró con una gavilla de sinvergüenzas que le trampearon sus sueldos y con unas tripulaciones tan ineptas, miedosas y desastradas como las del Brasil.

Al publicarse estos libros rencorosos y violentos estaban ya fallecidos todos los personajes afectados; pero sus descendientes no iban a quedarse sin recoger el guante, y los hijos y los nietos de Ellenborough, Gambier y Zenteno pergeñaron volúmenes y libelos para revolver a

su turno al energúmeno. Si éste guardó silencio fue porque ya descansaba bajo su losa en la abadía de Westminster.

Lo que se ignora en Chile es que Dundonald no fue el autor de su Autobiography ni de su Narrative. Yo mismo no lo sabía al escribir mi Lord Cochrane en 1943, y recién he venido a informarme en 1957 cuando mi amigo Douglas Cochrane (que vino a documentarse para una biografía de su tatarabuelo) me obsequió un ejemplar de Lord Cochrane de Christopher Lloyd, aparecido en Londres en 1947.

En el penúltimo capítulo de este libro frío, pero exacto, Lloyd nos hace la revelación de que el almirante de cuatro naciones contrató los servicios de un escritor profesional. El procedimiento debe ser antiguo y está hoy en boga. En los Estados Unidos se llama ghost writers, o escritores fantasmas, a los que componen memorias, discursos y hasta novelas por cuenta ajena. Uno de estos sastres de la literatura escribió el libro famoso de James Roosevelt: Cómo lo veía mi padre.

El autor empleado por Cochrane obedecía al nombre de G. R. Earp. Podemos suponer que no era un principiante, por cuanto había compuesto una History of the Crimean War en defensa de la actuación del almirante Napier. Cochrane, según afirma y demuestra Lloyd, nunca pretendió ocultar el hecho de que Earp hubiese redactado sus libros. En el «Prólogo» de uno de ellos expresa su gratitud por haber ordenado «la confusión inextricable de mis papeles».

El propio Earp, más tarde, precisó la forma en que realizara su trabajo para el Lord:

«Escribí basándome en sus documentos y no en sus recuerdos, porque su memoria solía flaquear en sus últimos años. Me hizo escasas alteraciones y quedó ampliamente conforme».

En su libro contra Cochrane en 1914 (¡cien años después del affaire bursátil!), el nieto de Lord Ellesborough sostiene que la Autobiography es un fraude y que el Narrative es un mamotreto para sacar dinero a los Gobiernos de Chile y Brasil. Casi es obvio decir que la historia prueba lo contrario, dejando fuera de duda la veracidad de cada capítulo de Earp. Y Christopher Lloyd, con su equilibrio reconocido, resume el juicio de la humanidad de sus colegas manifestando que las memorias de su personaje están ajustadas a los hechos que relatan.

En su testamento, Lord Cochrane llama a Earp «my friend and literary coadjutor» y le asigna un legado de quinientas libras, más el diez por ciento de las cobranzas que tenía pendientes con los países que había servido.

Los primeros vapores: P. S. N. C.

«Pícaros Sin Ninguna Consideración».

«Pasajeros Ser Nunca Contentos».

«Pésimas Son Nuestras Comidas».

«Peor Sería No Comerlas».

Por un raro azar tocó a Chile ser el primer país de la América del Sur en adoptar la navegación a vapor. Pues sólo fue a causa de un accidente que su pionero, el capitán William Wheelwright, vino a radicarse en esta parte del mundo. Habiendo perdido en Buenos Aires el navío que le estaba confiado, y con el cual hacía su primer viaje a ultramar, no quiso volver a su patria y pasó a la costa del Pacífico en la condición de un emigrante que aspira a rehacer su vida.

Era en 1823, Wheelwright, natural de Newbury Port, Mass., EE. UU., contaba veinticinco años de edad. Había empezado su carrera sirviendo de camarero en los barcos de la línea a las Indias Occidentales. En su niñez le había tocado presenciar los ensayos del steamer de Fulton en el Hudson. En los días de su paso por Valparaíso conoció el Rising Star, el más antiguo vapor de guerra que menciona la historia, traído por Lord Cochrane para la Armada.

Habiendo ido a establecerse en Guayaquil, fundó allí una casa de comercio y tomó a su cargo la agencia consular de su país. Dedicado más tarde a su profesión, se contó entre los capitanes que hacían el servicio de cabotaje en la West Coast. Su buque, la goleta Fourth of July, de 60 toneladas, solía alcanzar hasta Panamá y llegó a hacerse familiar en los puertos del recorrido. El propio «don Guillermo» vino a convertirse en una figura inconfundible en los medios navieros. Su estampa de John Bull americano, de contextura hercúlea y boscosas patillas, predisponía a su favor. En lo moral poseía todas las cualidades innatas de su raza. Era un carácter tan esforzado como probo y en el cual se combinaban el instinto de empresa con el don de organización para producir el perfecto man of enterprise que ha hecho la grandeza de los Estados Unidos.

Su proyecto de introducción del vapor data de 1835. La fecha es de por sí reveladora, porque los buques de propulsión mecánica aún no habían probado su eficiencia en los viajes transoceánicos, y faltaban tres años para que el Great Western y el Royal William la dejaran demostrada con su travesía del Atlántico. ¡Cuando los vapores apenas se aventuraban por ríos y bahías, este visionario pretendía lanzarlos por alta mar en la ruta de 2.500 millas que separa a Valparaíso de Panamá!

Catorce años antes, el Senado había sido contrario al proyecto similar de otro norteamericano, Daniel Grisnold, basándose en que el vapor arruinaría a los veleros y que, por su facilidad para acercarse a las costas, promovería el comercio de contrabando...

La mentalidad de los gobernantes había evolucionado y Wheelwright halló ante sí el camino expedito. En una histórica reunión celebrada en Valparaíso, en casa del comerciante Josue Waddington, don Guillermo obtuvo de don Diego Portales la seguridad de su apoyo oficial, Y gracias a esta mediación todopoderosa, el presidente Prieto hizo que el Congreso promulgase el decreto que constituye la partida de nacimiento de la Pacific Steam Navigation Company; aquél que concedía a Wheelwright, por diez años, el monopolio del tráfico a vapor en el litoral, con un mínimo de dos unidades de trescientas toneladas y gozando de las franquicias otorgadas a los armadores nacionales.

Andando el tiempo, la P. S. N. C. iba a ser la Compañía naviera más poderosa de los siete mares, el orgullo de la marina mercante británica. Seguramente su fundador no vislumbró su crecimiento gigantesco ni le auguró otro alcance que el que tendría en sus comienzos...

Pero tampoco previó los incontables tropiezos, las incomprensiones y los prejuicios que debería vencer para llegar a convertirla en una realidad:

«Si me hubiera imaginado -dice en una carta- el tiempo y el dinero que me costaría esta empresa, no habría soñado en tomarla a mi cargo».

Ni en Chile, en Perú, en Ecuador ni en la propia Nueva York logró encontrar el respaldo financiero que precisaba. Para procurárselo tuvo que viajar hasta Inglaterra, donde era casi un desconocido y donde para colmo se encontró con los efectos de una honda depresión económica. Presentado en los círculos de la City por Lord Cochrane, Darwin y Fitzroy, a quienes conociera en Valparaíso, empezó con una energía asombrosa, propia de un predestinado, su campaña persuasiva. Desde las columnas del Times, en brillante artículo, demostró con cálculos precisos cómo podría reducirse la comunicación desde la capital inglesa al Pacífico mediante un servicio de vapores con transbordo en el istmo, evitándose el enorme rodeo del continente suramericano. De 100 días, el viaje a Valparaíso se acortaría a 62; al Callao, de 110 a 51; a Guayaquil, de 120 a 46.

Estos solos datos parecería que debieran haber bastado para interesar a los inversionistas del país marítimo por excelencia. Pero la crisis imperante, agregada al exotismo del negocio, les hicieron mantenerse indecisos por dos largos años. Sólo en septiembre de 1838 pudo constituirse la Compañía, o mejor, su Directorio, instalando una pequeña oficina en el número 5 de Barge Yard, Bucklersbury, para proceder a su organización. Quedó acordado el monto del capital en 250.000 libras esterlinas, que se repartiría en 5.000 acciones de a 50 libras, y reservándose una quinta parte para ser colocada en América. No habría subvención ni contrato postal del Estado. Ocupó la presidencia Mr. George Brown, Esq., y fueron directores el Honorable P. Campbell Scarlett (Lord Abinger), el capitán Horatio Austin, R.

N.; James N. Daniell, Esq., Frederick B. Long, Esq., J. Todd Naylor, Esq., Charles Ruge Price, Esq., y Herbert Crichton Wyllie, Esq.

Hubo que esperar todavía otro año para poder ordenar la construcción de la flota. El contrato, celebrado con el astillero de Curling Young and Company, de Limehouse, se refería a dos bergantines gemelos de casco de madera forrado en cobre, del tamaño de setecientas toneladas gruesas, y con ruedas propulsoras laterales movidas por dos máquinas de 90 caballos de fuerza.

Al colocarse las quillas sólo había una pequeña parte del capital suscrito, y Wheelwright tuvo que redoblar su dinamismo para conseguir nuevas adhesiones. En cierto momento llegó a creerse en el fracaso y algunos directores propusieron la disolución de la Compañía. Sólo cuando el gobierno de la Reina Victoria otorgó la Carta de Navegación, el 17 de febrero de 1840, el público manifestó confianza y comenzó a acudir a la oficina de Barge Yard.

Los buques denominados Perú y Chile, fueron botados en la medianía del mes de abril, siendo madrina del bautizo la esposa del Honorable Scarlett. Los barcos estaban pintados de negro, con la línea de flotación verde y la superestructura y la arboladura de blanco. En el espejo de popa lucían en relieve los escudos peruano y chileno, como galante evocación de los países homónimos. Al contemplarlos meciéndose en el Támesis, prestos para echarse a navegar, William Wheelwright ha debido sentir la mayor emoción de su vida.

El zarpe del viaje inaugural se había fijado para mediados de junio, y los avisos de prensa lo anunciaban con un mes de anticipación. Habíase dado el mando del Chile al capitán William Glover, y el del Perú a Mr. George Peacock de la Marina Real. Peacock era un hombre notable, que concibió entre los primeros la idea del canal de Panamá e inventó la famosa pintura marina que lleva su nombre. Años más tarde (1860), mandó la expedición auspiciada por Napoleón III para la búsqueda de yacimientos de salitre en el desierto de Sahara. Conducido por él, el Perú realizó su excursión de prueba navegando arriba y abajo del río y llevando a su bordo a doscientos invitados. Se contaban entre éstos el Conde de Wiltshire, Lord Ingestre, Lord Sonder, Lord Cochrane, el coronel Drummond y el Caballero de Mare. Las ruedas propulsoras producían ruidosas cascadas de agua para imprimirle al buque un andar de nueve nudos. Sobre ellas había dos botes salvavidas accionados por un aparejo mecánico, conectado a la maquinaria, que permitía arriarlos en cuatro minutos. Las acomodaciones daban cabida a cien pasajeros. Los camarotes de primera, ubicados debajo de la toldilla, daban a un salón lujosamente amoblado y decorado con las maderas doradas que imponía el gusto de la época. Al final del paseo, el vapor atracó en Blackwall y la comitiva se dirigió a la «West India Dock Tavern», donde el Directorio tenía preparada una cena para festejar el acontecimiento:

«Hablando en nombre de la directiva -dice la crónica del Times- el Honorable P. C. Scarlett alabó a William Wheelwright por sus infatigables esfuerzos en la creación de la Compañía. Por vapor -dijo- se necesitarán sólo horas para ir de Valparaíso a Coquimbo, mientras que ahora se necesitan días; y debido a la tranquilidad de las aguas en toda la extensión de la costa, desde Chile hasta México, como asimismo a la abundancia del carbón, las facilidades

para la navegación son allí tan especiales como es probable el éxito de la empresa, asegurándole su feliz influencia comercial, moral y política».

El antiguo camarero, convertido en figura internacional, se embarcó en el Great Western rumbo a Nueva York, para desde allí seguir al Callao, donde esperaba recibir a sus gemelos.

Estos se hicieron a la mar en distintas fechas y desde diferentes lugares -el Chile desde Falmouth, el 27 de junio, y el Perú desde Plymouth, el 10 de julio-, concertados para reunirse en Río de Janeiro.

El viaje que emprendían era de diez mil millas: vale decir, la travesía más larga intentada hasta entonces por vapor alguno en el mundo.

La primera etapa se cumplió con felicidad y en el tiempo calculado. Según la relación de Peacock, el Perú navegó alternativamente a máquina y a vela, para ahorrar carbón, aprovechando los vientos alisios. Con su aparejo de bergantín y su casco alargado, el buque corría hasta once nudos con buena brisa y hubo ocasión en que hizo singladuras de 225 millas. Al recurrirse al velamen, había que voltear la chimenea sobre cubierta para aclarar el espacio de la maniobra. El consumo era de media tonelada por hora: «Los pasajeros se mostraban en buen estado de salud, muy contentos, felices y confortables».

La escala en Río tenía por objeto reaprovisionar las carboneras y completar la carga. Durante una semana, una romería de curiosos rondó alrededor de los vapores; y Peacock, que hacía las veces de comodoro, tuvo que retribuir las innúmeras manifestaciones oficiales.

Habiendo zarpado el 30 de agosto, la flotilla siguió viaje en conserva y quince días después penetró en el Estrecho de Magallanes, a cuyo Puerto de Hambre arribó en la tarde del 14 de septiembre. Las aguas del canal se le aparecieron a Peacock con la serenidad de un espejo. Hasta el día 18, día de la Independencia de Chile, el capitán mantuvo en tierra a una partida de sus hombres, recogiendo aguada y leña. Sobre el promontorio de Santa Ana mandó plantar un palo de bandera, y debajo de éste hizo enterrar un puñado de monedas inglesas con un manuscrito recordatorio. En él dejaba constancia de que las naves que se encontraban en las mismas condiciones en que salieron de Inglaterra y que todavía les quedaba combustible para doce días.

Al salir al Pacífico -flameando ya en los trinquetes la bandera chilena-, una tempestad huracanada les sorprendió, obligándoles a alejarse de la costa. Durante la noche, el Chile perdió el rumbo y quedó separado, mientras el Perú se defendía del castigo de la olas que amenazaban destruir su obra muerta.

El 29, Peacock logró llegar sano y salvo a Talcahuano. Allí se estacionó para tomar nuevamente carbón -el carbón nacional, por primera vez aprovechado- y para esperar a su consorte perdido.

Éste apareció al séptimo día y cuando ya empezaba a suponérsele en desgracia. No había sufrido averías, y la causa de su retardo fue el haberse dejado arrastrar por el temporal veinte leguas al sur.

El convoy, entretanto, era esperado en Valparaíso; y cuando allí entró el 15 de octubre -veintiséis horas después de dejar Talcahuano-, la ciudad se vació para darle la bienvenida.

«Ayer tarde a las 3 -decía El Mercurio del día siguiente- una salva de los buques surtos anunció la llegada de los vapores Chile y Perú, que para la navegación del Pacífico venían desde Inglaterra. Se les ha hecho una recepción digna del objeto que los conduce. Las músicas militares, embarcadas en varias lanchas, les han salido al encuentro, junto con una multitud de botes de los buques de guerra. Entre ellos se confundían un sinnúmero de lanchas cargadas con curioso que, pese al viento que reinaba, querían ver de cerca la fuerza expansiva del agente poderoso que sin auxilio de vela ni remo movía tan enormes moles. Ambos vapores, después de haber cruzado la rada en diferentes direcciones, han fondeado el uno cerca del muelle y el otro frente a la Cruz del Rey».

Escribiendo al Directorio de Londres, Peacock informó que los steam boats estaban todavía tan enteros, que sólo precisaban ser ligeramente calafateados para seguir al norte.

Y decía verdad, porque diez días más tarde el Perú era despachado por sus agentes -Lyon y Santa María-, con destino al Callao.

El itinerario incluía escalas en Coquimbo, Huasco, Copiapó, Cobija, Islay, y Pisco. Las bodegas llevaban su carga completa, y cuarenta pasajeros ocupaban los camarotes de primera. Con pasaje hasta la costa peruana iban donde don José García Cádiz, doña Eugenia Olaguive de Cádiz, don Elías de la Cruz, Domingo Castro, Gregorio Godoy y doña Dionisia Ortiz de Villate.

La presencia del vapor en el litoral causaba el asombro y hasta la alarma de los rústicos. En Cobija, un paisano que divisó a la distancia su penacho de humo, corrió a dar cuenta de que venía un buque incendiándose.

Desde el muelle del Callao, adonde el Perú llegó con sólo nueve días desde Valparaíso, Wheelwright presencié la apoteosis tributada a la culminación de su obra.

«El movimiento y la agitación de la ciudad -relataba El Comercio de Lima- ofrecían el aspecto de uno de aquellos días de fiesta cívica. A caballo o en carruaje, toda persona que pudo marchó al Callao. Los ómnibus, coches de alquiler y hasta los ya jubilados balancines fueron tomados, y a las 9 de la mañana no se encontraba un asiento que poder comprar».

Millares de personas subieron a bordo, y el propio general Gamarra, Presidente de la República, llegó con sus Ministros en visita oficial.

El vapor había hecho una conquista histórica y el hombre que la hizo posible no sería olvidado.

Pero el magno esfuerzo no terminaba allí. Ahora don Guillermo se tuvo que abocar a los problemas inherentes a toda nueva empresa. En los meses que siguieron debió preocuparse de traer desde Inglaterra el carbón para el aprovisionamiento y los pontones para almacenarlo; debió organizar la explotación de la mina de Talcahuano, con obreros traídos desde Newcastle, para procurarse combustible de emergencia; crear maestranzas y contratar los ingenieros que debían dirigirlos; dotar a sus puertos de muelles, faros y balizas para facilitar el servicio.

Pero esto fue nada en comparación con las dificultades derivadas de la marcha financiera de la Compañía. El capital estaba todavía incompleto, los gastos superaban las cifras previstas y el negocio arrojaba pérdidas. Y sucedió esta cosa fantástica: ¡Wheelwright, el hombre dinamo que colocó a aquellos señores en sus puestos, fue acusado de ineptitud y despedido en una carta de cuatro líneas!...

Llamado casi enseguida -porque a este inepto nadie podía reemplazarlo-, prosiguió en su denodada tarea, olvidando la injusticia y derrochando el mismo celo de los comienzos.

Su mayor mérito no fue el haber creado la Pacific Steam, sino el haberla salvado veinte veces de un desastre que parecía inevitable, hasta hacerla entrar en el camino de la prosperidad.

Bastará saber que sólo en 1848, ¡diez años después de haberse fundado la Compañía!, vinieron sus accionistas a recibir el primer dividendo; un ínfimo dos y medio por ciento...

Esta tardía reacción tuvo efectos decisivos. Los inversionistas concurren con nuevos capitales, hasta doblar el antiguo, y otros dos barcos, el Ecuador y el Nueva Granada, fueron incorporados a la flota.

La costosa experiencia permitió reorganizar el servicio sobre bases estables, que fueron la clave de su éxito. Cada uno de los cuatro buques realizaba anualmente nueve viajes redondos entre Talcahuano y el Callao. Una quinta unidad, la goleta Lord Abinger, corría hasta Panamá con la carga destinada a Inglaterra; allí se la desembarcaba y hacía cruzar el istmo a lomo de mula, o en embarcaciones fluviales, hasta Chagres, donde era trasbordada a los vapores ingleses.

Cousiño contra Darwin

En 1841 Darwin informó en Londres al Directorio de la «Pacific Steam Navigation Company»:

«En Chile no hay ni puede haber carbón de piedra; sólo existe una lignita imperfecta e inútil».

Este informe, basado en estudios superficiales, fue causa de que la flamante empresa pensara en trasladar sus vapores a Australia. Esto parecía resuelto cuando Wheelwright tuvo la ocurrencia de llevar a los Laboratorios de Murchinson una muestra de carbones extraídos en Talcahuano. El análisis reveló su alta calidad y determinó que la P. S. N. C. se proveyese de ellos por vía de experimento.

La prueba inicial estuvo a punto de darle la razón al autor de El origen de las especies. A las pocas horas de haberse hecho a la mar, en viaje de Talcahuano a Valparaíso, el vapor Chile «se paró del todo». El capitán Peacock y Mr. Wheelwright comprobaron que el combustible no quemaba. Atribuyéndolo a la colocación de las varillas de los hornos, trabajaron toda la noche hasta encontrar la posición que convenía a ese carbón desconocido, que en adelante «quemó como el de Gales».

Wheelwright tomó entonces en arriendo una mina del Morro de Talcahuano, y confió su explotación a tres mineros contratados en Newcastle. Por esos años, muchos otros empresarios habían iniciado faenas similares en Lirquén, Andalién y otros lugares, donde las vetas estaban casi a flor de tierra y eran conocidas desde la época de la Conquista.

Los mantos de la región son de los más jóvenes que se conocen: pertenecen a la era Terciaria (antigüedad, veinticinco millones de años), como los del Japón y el Oeste de los Estados Unidos.

El comienzo de su explotación fue una necesidad impuesta por el advenimiento de la navegación mecánica y las industrias de fundición de metales.

El más rico y famoso de estos yacimientos, el de Lota, comenzó a trabajarse en 1844. Sus propietarios, Arteaga y Alemparte, lo habían comprado al cacique Carbullanca en la suma de ciento cincuenta pesos. (Notaría Guíñez, Concepción, 18 de julio de 1837).

El mineral se sacaba escarbando en una de las colinas que dan frente a la bahía. Para extraer 50 toneladas diarias, un centenar de hombres debía trabajar de sol a sol, sin maquinaria de

ninguna especie y sin protección contra los gases o derrumbes. Afuera, en torno a la bocamina, se agrupaban los ranchos pajizos que eran sus viviendas.

Lógicamente este carbón no podía afrontar la competencia del importado. Pese a su enorme lejanía, vía Cabo de Hornos, el coal inglés se ofrecía en Valparaíso a ocho pesos la tonelada; y este precio dejaba fuera de concurso a la «lignita imperfecta» extraída casi con las uñas.

Hacia 1852, Arteaga y Alemparte habían perdido toda esperanza de llegar a imponerse en esta concurrencia desigual. Sólo con poderosas inversiones financieras podría hacerse de Lota un establecimiento productivo. Entonces fue cuando, por una feliz inspiración, resolvieron interesar a don Matías Cousiño.

El creador de la industria carbonífera había nacido en Santiago en 1802. A los veintisiete años era un oscuro oficial del Correo de Valparaíso; un año después ocupaba la jefatura de la oficina. Sus comienzos en la carrera de los negocios fueron difíciles. En los Recuerdos del Pasado se le ve comerciando en animales, sin éxito, y recibiendo de Pérez Rosales el regalo caritativo de un par de pantalones... Estas vicisitudes, y la muerte de su esposa, lo movieron a rehacer su vida en las minas de cobre de Atacama. Allí entró en relación con el hombre que había de entregarle las llaves de la suerte: don Ramón Ignacio Goyenechea. Cousiño fue su empleado, luego su socio y por último su amigo íntimo. Respaldo por él, echó las bases de su fortuna, y a raíz de su fallecimiento obtuvo la mano de su viuda, doña Luz Gallo. Vino así a quedar en posesión de una herencia repartida en tierras, molinos y minas de plata en el cerro de Chañarcillo.

No podía jactarse, como Urmeneta o como Edwards, de haber sacado su riqueza de la nada, pero sí, de manejarla con espíritu creador y hasta con inquietud de estadista. Fue él quien creó la Asociación de Molineros, el gigantesco trust exportador que dominó el mercado triguero y harinero de California durante la fiebre del oro; y fue él quien, con su aporte de seiscientos mil pesos de 48 peniques, ayudó al Estado en la construcción del ferrocarril Santiago-Valparaíso.

Su curiosa personalidad se transparenta en el retrato de Court, quien debió con su bionomía de gran señor y ese modo suyo «que cuando daba una orden parecía que pedía un servicio». Ni en la figura ni en el ambiente hay nada que corresponda al hombre de negocios, al águila de las finanzas. Está de pie, con gesto más de divagar que de pensar; tiene un libro en la mano, y cerca hay una estatuilla de mármol, cortinajes, obras de arte... Es un apacible caballero de cincuenta años: la edad, precisamente, en que frisaba cuando apareció en el desolado caserío de Lota.

Como ningún otro hombre de su tiempo, Cousiño previó el porvenir fabuloso del carbón. En los años próximos su fuerza iba a mover los barcos y los ferrocarriles, las máquinas agrícolas, las fundiciones y las fábricas; iba a iluminar y calefaccionar las ciudades, a dar trabajo a ejércitos de obreros... y a facilitar la extracción de más y más carbón.

Pero no basta preverlo: se requería el coraje de un gigante para enfrentarse a una realización que iba a exigir millones y que no ofrecía seguridad alguna, pues que el alcance

del yacimiento era desconocido y nadie podía asegurar que no se agotaría a la vuelta de unos años.

Don Matías jugó a esta carta incierta, pero fascinante, su reputación y su fortuna. La Compañía de Lota entró en actividad en septiembre de 1852, lo que prueba que su organizador no se dilató en estudios ni en preámbulos. Fueron sus socios don Tomás B. Garland y don Juan y don José Antonio Alemparte. A los pocos meses de haberse inaugurado las faenas, la mina les jugó una mala pasada: bruscamente las vetas viraron hacia el Oeste y tomaron la dirección del mar. La perspectiva de tener que habérselas con un yacimiento submarino -cosa sin precedentes en el mundo-, confundió a los trabajadores y capitalistas. Pero Cousiño, enardecido antes que intimidado, vio sólo un peligro: que otros empresarios instalasen laboreos por aquella parte e interfiriesen en el avance de los suyos. Inmediatamente inició gestiones para comprar a Carbullanca el resto de su posesión; y poco tiempo después la Compañía extendía sus dominios hasta las playas de la bahía de Arauco. ¡Ya podían las vetas meterse debajo del Océano!

Rápidamente los métodos de trabajo empezaron a modernizarse. La primera innovación fue introducir en los chiflones la tracción animal, utilizando caballos de tiro para arrastrar las vagonetas. Entre tanto, habíase contratado en Inglaterra un cuerpo de ingenieros especialistas -Whyte, Simpson, Matthews-, que llegaron al país trayendo maquinaria a vapor para mecanizar la extracción del mineral y la ventilación de las galerías. Todo parecía marchar bajo auspicios felices. Un grupo de mineros escoceses que iban en viaje a Vancouver, hicieron escala en Corral y decidieron quedarse en Chile; y de esta suerte obtuvo Lota la mejor dotación de barreteros y maquinistas que hubiera podido desearse.

Así equipada, la mina duplicó a los dos años su producción habitual... Sólo una cosa no iba bien: los consumidores seguían prefiriendo el carbón inglés. Durante dos, tres, cuatro años, la Compañía estuvo trabajando a pérdida, con el producto amontonado en sus canchas. Para convencer a los escépticos se hicieron demostraciones públicas, se mandaron cargamentos de prueba al extranjero, se ofrecieron partidas de regalo a quien quisiera pedir las.

Como nada diese resultado, Cousiño resolvió convertirse él mismo en consumidor de su propio carbón; y se lanzó a la aventura de montar una usina para fundir el cobre nacional, que hasta entonces se exportaba en bruto.

En medio de esta lucha denodada era menester invertir nuevos y nuevos capitales en las obras exigidas por la explotación. Sobre el terreno pelado surgían caminos y líneas ferroviarias, maestranzas, oficinas, una fábrica de ladrillos refractarios; en el muelle atracaban los primeros navíos de la flota carbonera; en la colina crecía una población urbana dotada de hospital, templo, escuela, bomba y cuartel de policía...

Nunca en el país se había emprendido una realización de tales proporciones. En 1856, los hermanos Alemparte juzgaron que aquello «les quedaba grande», y optaron por vender sus derechos a Cousiño y Garland. Poco después, Garland vendió los suyos a Cousiño, cansado él también de derramar su dinero en ese pozo sin fondo.

Por un momento el fundador quedó solo -solo y sin escapatoria, pues él sí que no tenía a quien vender-, hasta que su primogénito Luis vino a hacerle compañía en la nueva comunidad «Cousiño e Hijo». Pero ésta fue una adhesión filial más que un esfuerzo financiero.

Los enormes compromisos contraídos acabaron por hacer tambalear al enhiesto rey del carbón. La suspicacia pública le supuso al borde de la bancarrota. Una cosa era cierta, y es que estaba creando riquezas de las que él no iba casi a usufructuar. Lota sería un legado para sus sucesores, y en la última instancia, para la patria. Por eso su figura está perpetuada en bronce, y por eso hay calles y parques que llevan su nombre.

En esos años aflictivos, no sólo sus consocios lo abandonaron; también los amigos creyeron prudente alejarse. En una confidencia que la historia recogió, el gran hombre hizo ver que su casa, invadida en los tiempos de abundancia, era por entonces un refugio para la meditación... Y él meditaba así: «¡Qué buena lección me han dado!». Era una experiencia de millonario generoso. Y también lo era esta otra:

«Cada día, dondequiera que me encuentre, recibo doce o quince cartas. Una o dos pueden ser de negocios; todas las demás contienen los cuadros más sombríos de la desgracia. Alivio a los que puedo, pero sufro porque haya tanto dolor que no alcanzo a curar. No hay fortuna que dé a basto para ello».

...Pero el carbón de su mina se iba abriendo paso pulgada a pulgada. Un cargamento se vendió en Panamá, otro en San Francisco; la P. S. N. C. lo adoptó para usarlo mezclado con el inglés; y los propios buques que iban de Nueva York a California pasaban a reabastecerse a la bahía de Arauco. Las vetas, de casi dos metros de espesor, formaban un manto triple y cada vez más profundo. El ingeniero Stephenson calculó que había allí diez millones de toneladas de mineral. (Cálculo corto, porque en cien años se extraerían cuarenta y cinco millones de toneladas).

El país sufría una depresión económica y millares de trabajadores emigraban en pos del oro californiano; pero Lota marchaba y crecía a pesar de todo. En 1857 encendió sus fuegos la fundición de cobre, usina de catorce hornos que llegaría a ser la de mayor capacidad en la América del Sur y consumiría un tercio del combustible extraído.

En 1859 se agregó a la flota de siete barcos el Matías Cousiño, primer carbonero a vapor de bandera nacional. Todas las industrias similares habían quedado en la sombra, y esta supremacía iba a perdurar mientras hubiese en Chile vetas carboníferas.

En 1860 vivían en Lota cinco mil personas; y cuando el doctor Mackay visitó el lugar, escribió este juicio espontáneo:

«En pocas partes del mundo se encuentra en pie otro establecimiento mejor. A un inglés que llega de paso se le hace la ilusión de haber sido transportado a un rincón de su país; tales son el movimiento y la actividad que allí reinan».

Esta obra colosal absorbió los diez últimos años de esa vida admirable. En 1862 Lota producía 35.000 toneladas: cinco veces la cifra de 1852; y ya estaba equiparando sus precios con los del competidor europeo...

Pero aquel esfuerzo abrumador y aquella ansiedad permanente no podía nadie soportarlos por mucho tiempo. A los sesenta años de edad Cousiño era un hombre concluido, que ya no aspiraba más que al descanso. Háblele entregado a su hijo la dirección de la empresa, y en verdad, no habría podido colocarla en mejores manos. Don Luis estaba hecho de su misma pasta excepcional. Fue él quien inició la formación del Parque de Lota, y él quien previó la creación de la industria del acero en el lugar preciso donde se la instalaría noventa años más tarde.

Padre e hijo tuvieron en común la visión del porvenir, virtud rara en un pueblo sin fantasía, que ha vivido y vive en presente. Pero esa visión, a menos que haya sido sobrehumana, no pudo haber concebido lo que iba a ser Lota un siglo después, con sus ochenta y cinco kilómetros de galerías por debajo del mar, sus ferrocarriles propios, su producción de un millón de toneladas, sus quince mil trabajadores y su población de cuarenta mil almas, a la vera de ese parque de sueño que hizo exclamar a Sarah Bernhardt: «¡Es un paraíso!».

Arturo Prat, abogado

Historia de un proceso célebre

Un aspecto olvidado de la vida de Prat es su ejercicio de la carrera del foro. Comenzó a estudiar esta segunda profesión en la época de su noviazgo. Una tradición familiar dice que acostumbraba preparar sus lecciones paseando arriba y abajo de su dormitorio, hasta altas horas de la noche, y que esta incesante caminata acabó por dejar una huella en su alfombra. El duro esfuerzo le dañó la vista y le hizo sufrir erisipelas que causaron su calvicie prematura.

Al presentarse a la Corte para rendir el examen, hacía ya tres años que estaba casado, y era padre de dos niños. Vestía el uniforme de capitán de corbeta, y hubo de despojarse de su

espada, la misma que en Iquique sólo pudieron quitarle después de muerto. Fue examinado sobre temas de Derecho de Gentes y Derecho Marítimo -este último, materia de su especialidad-, y tal debió ser la versación que demostró, que el tribunal le hizo objeto de una «felicitación por recado», lo que es un honor excepcional.

Su memoria de prueba se titula Observaciones a la ley electoral vigente, y fue leída ante la Comisión Universitaria el 26 de julio de 1876. Está impresa en un folleto de 36 páginas (Imprenta del Mercurio, Valparaíso), y de él se conserva un ejemplar en la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional de Santiago. Se halla dividida en dieciséis párrafos y redactada en claro y preciso estilo. La tesis que expone es la conveniencia de reformar una ley que no ofrecía al elector otra garantía que la honorabilidad de los jurados eleccionarios:

«Buena en el fondo -dice- tiene necesidad de serias e importantes reformas en materia de reglamentación, para alcanzar el alto objeto a que está destinada: ser garantía eficaz de que el resultado de las urnas sea la fiel expresión de la voluntad nacional».

El criterio de Prat era diametralmente opuesto al de O'Higgins, quien sostenía -lo declara en carta a D. Ramón Freire- que los gobernantes tienen no sólo el derecho sino la obligación de elegir e imponer a su sucesor, para que su política pueda ser continuada. La memoria del futuro comandante de la Esmeralda es de punta a cabo una defensa del principio democrático. Por eso un escritor contemporáneo le llamó «precursor de la libertad electoral». Y hay que añadir que el gran hombre no se quedó en la teoría: practicó su ideal con la entereza propia de su carácter. Basta recordar su actitud durante la campaña presidencial del 76, cuando abiertamente manifestó sus simpatías por la candidatura de Vicuña Mackenna, en contra de la de Pinto, que era el candidato de La Moneda. Las consecuencias son conocidas: designios invisibles obstaculizaron desde entonces su carrera naval: al estallar la guerra se prescindió de su persona, ¡que es como si Inglaterra hubiese prescindido de un Collingwood, o España de un Churruca!; y sólo a la hora undécima condescendieron a darle el mando del peor buque de la escuadra...

Habiendo hecho sociedad con su colega don Manuel Hidalgo, Prat abrió su bufete en la Plaza de la Justicia de Valparaíso, en los altos del Banco Consolidado de Chile. Según su propio decir, la ubicación era «estratégica», pues quedaba al frente de las oficinas de la Gobernación Marítima, en la que simultáneamente prestaba servicios; de manera que sólo tenía que atravesar la calle para pasar de una a otra de sus ocupaciones.

De atenernos al testimonio de Hidalgo, la sociedad marchó con éxito y fue favorecida por una numerosa clientela, particularmente en los juicios navieros, en los que el capitán era especialista.

Sin embargo, el mejor logrado y más famoso de sus triunfos no lo obtuvo Prat en las Cortes de justicia civil, sino ante un consejo de guerra de la Marina; y lo que es más singular, en época en que aún no había obtenido la licenciatura.

Fue la defensa del teniente don Luis Uribe, acusado por el contralmirante Goñi del delito de insubordinación, y que tuvo lugar el 1.º de abril de 1875. Episodio memorable, tanto que las novelescas incidencias que lo provocaron, como por la valentía y la habilidad con que el defensor sostuvo su causa.

Uribe y Prat estaban unidos por una amistad entrañable, que se remontaba a los días de ingreso a la Escuela Naval. La conjunción de sus nombres en este asunto, llamado «el escándalo de Blackwall», no hizo sino confirmar y acrecentar su recíproco afecto.

Pese a la reserva con que las instituciones armadas acostumbran ventilar en sus affaires, el que envolvió a Uribe había trascendido al público -no en balde aparecía mezclada en la intriga una figura femenina-, y todo Valparaíso estaba pendiente del desenlace.

El consejo de guerra era presidido por el contralmirante Jorge Bynon y lo integraban los capitanes de fragata Galvarino Riveros, Óscar Viel y Luis A. Lynch, y el de corbeta Luis Pomar. Hacía las veces de fiscal el capitán Luis I. Gana, y de auditor don Ramón Huidobro. El juicio no tuvo otros testigos que sus protagonistas; pero la suerte ha querido que su pieza documental más interesante, el discurso de Prat, se conserva casi intacta.

Haciendo gala de una evidente parcialidad, el fiscal había narrado los sucesos que motivaron la degradación del «ex-teniente Uribe» por un decreto del Gobierno y su arresto en un pontón de la Armada. La historia había acontecido en Inglaterra, dos años atrás, cuando don Anacleto Goñi, con Uribe y otros oficiales, se hallaban inspeccionando los buques allí mandados construir. Habíanse producido las incidencias con motivo del romance del acusado con una dama inglesa, de nombre Elizabeth Morley, a quien conociera durante el cumplimiento de su misión. La causa del choque entre el teniente y el almirante fue la negativa del segundo a conceder la licencia matrimonial. Tal como Gana contaba las cosas, Goñi sólo había querido hacer un bien a su subalterno, pero éste «con culpable ligereza», provocó la escandalosa escena del muelle en Blackwall, en la que menudearon gritos, empujones y paraguazos. No obstante la gravedad del hecho, Goñi había perdonado a su ofensor a condición de que le presentase excusas y volviese a Chile, pero el teniente se negó a lo último, pretextando una enfermedad no comprobada; y esto fue lo que acabó de exasperar al almirante haciéndolo adoptar sus medidas disciplinarias.

De ser exacta aquella versión, bien merecido tenía Uribe el castigo. Pero Prat había indagado la verdad, que era muy distinta de como la presentara el fiscal. De ella salía Goñi bastante mal parado; y era un peligroso deber para el abogado defensor decir todo lo que sabía, porque él mismo era también un subalterno y nadir podía prever lo que se echaría encima. Pero la necesidad de reivindicar al compañero caído estaba antes de cualquiera consideración, y Prat no vaciló en apelar a todos los recursos que tenía a su alcance.

Habló durante una hora y media. El texto de su discurso -modelo de alegato forense- se conserva gracias a la inclusión que de él hiciera Vicuña Mackenna entre los anexos de Las dos Esmeraldas, con la sola supresión de un pasaje extremadamente duro para Goñi que el historiador no se resolvió a reproducir.

Su argumentación estaba concebida con tal inteligencia y tal conocimiento de las disposiciones legales, que a los pocos minutos de empezar a hablar ya tenía la balanza inclinada del lado de su defendido. El primer razonamiento tuvo el efecto de un torpedo: ¡demostró, nada menos, que el consejo procedía de manera anticonstitucional -sugiriendo que la jefatura había actuado con ignorancia o mala fe- y que no podía juzgar al acusado sin considerarlo en pleno goce y ejercicio de su empleo!

«Señor presidente y vocales del Consejo:

Según el Artículo 5.º, Título 32 de la Ordenanza llamada de Grandallana, incumbe al Consejo de Guerra de oficiales generales juzgar la conducta de oficiales generales o particulares o guardiamarinas que hayan delinquido.

Sin embargo, hoy tenéis a vuestra presencia, no a un oficial de la Armada, sino a un paisano, a un 'ex-oficial', como se le titula, por cuanto el decreto 25 de abril del año pasado le dio de baja en el escalafón de la Marina.

Este decreto que le despoja de su empleo, debería entrañar también la privación de su fuero militar, dejándolo justiciable ante la jurisdicción ordinaria. ¿Por qué, entonces, se somete a Uribe a un consejo de guerra? ¿Por qué se le reconoce fuero de guerra? El fuero sólo puede provenir del empleo, y si el señor Uribe goza de él, es incuestionable que aún permanece empleado de marina, que aún es teniente 1.º de la Armada Nacional.

Y esto es indudable, señores jueces: el título de teniente y la renta adherida a él, siendo la propiedad de Uribe, garantizada por un artículo constitucional, no han podido serle arrebatados sino en virtud de sentencia judicial, sentencia que no existe, porque este oficial no ha sido oído ni juzgado legalmente por el tribunal que designa la ley, como esa misma Constitución establece en sus Artículos 133 y 134.

Ni puede, señores, invocarse la facultad discrecional que el número 10 del Artículo 82 de la Constitución acuerda al Presidente de la República, porque todos sabéis que los funcionarios judiciales, militares y eclesiásticos se han considerado siempre fuera del alcance de esta atribución.

Por otra parte, según la ley, la ordenanza, militar y la tradición, incumbe solamente a sus pares, es decir, al Consejo de Guerra de oficiales generales, la facultad de juzgar a los oficiales del Ejército o Armada y de imponerles la pena de privación de empleo, por sentencia legalmente pronunciada.

Ni el Congreso, mucho menos el Ejecutivo, podrían privar a un oficial del empleo que sus servicios le han conquistado, porque invadiendo las atribuciones privativas de este tribunal, desquiciaría nuestra organización política, basada en la independencia recíproca de los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

El decreto que priva a Uribe de su empleo, afecta solidariamente a todos los oficiales de la Armada, porque todos pueden quedar expuestos a ser privados de él por hechos que no

pueden ser considerados punibles mientras no hayan sido plenamente examinados y juzgados por un Consejo.

La dignidad misma de éste y el noble celo por privativas atribuciones, están estrechamente ligados con la posición que ese decreto ha creado al teniente Uribe. Si es legal la privación que el decreto impone, el Consejo de Guerra abdica; si no es legal y si sólo al Consejo corresponde imponer, como término de un juicio, la pena de privación de empleo, el señor Uribe no ha podido ser separado del cuerpo a que pertenecía, y jamás ha dejado de ser nuestro compañero y conserva su grado de teniente 1.º de la Armada de la República.

Sin duda el propósito del S. Gobierno, al lanzar ese decreto, no ha sido otro que ejercer presión sobre el señor Uribe para compelerle a presentarse ante sus jueces, pero el teniente Uribe, oficial de honor, hombre delicado y perfectamente seguro de la rectitud de sus procedimientos, no ha necesitado de esa coacción para presentarse ante vosotros.

A pesar de la mala voluntad y venciendo todos los obstáculos que le opusieron los mismos que debieron haberle facilitado los medios de someterse a este tribunal, se traslada a Chile, no ya sirviendo dignamente, como lo ha pedido, sino de incógnito a bordo del Cochrane, mostrando así que no quería huir de vuestra recta justicia.

Establecida la cuestión en su terreno propio, tenemos que vais a juzgar no al 'ex-teniente', como repetidamente se le llama en este proceso, sino al teniente 1.º don Luis Uribe, suspenso de su empleo el 23 de marzo de 1874 y privado de él a 25 de abril del mismo año, por la supuesta falta de no haber obedecido la orden de embarcarse en la cañonera Magallanes, que salía de viaje».

Ante esta incontrovertible introducción, el tribunal no tuvo más que guardar silencio. Y no hay indicio de que el fiscal la rebatiese. Con ella sola, Prat llevaba asegurada la mitad del veredicto.

La otra mitad se la dio la fiel exposición de los hechos, confirmada por las declaraciones de los testigos: el capitán Molina, los teniente Lynch y Peña y el cirujano Roberts, integrantes de la misión en Inglaterra.

El noviazgo de Uribe se había iniciado en Hull, donde estaba el astillero en que se construía el blindado Cochrane. Al formalizarse el compromiso, el teniente lo participó al almirante y solicitó su consentimiento para celebrar la boda. Inesperadamente, Goñi le devolvió la solicitud, manifestando que faltaban ciertos requisitos. Habiéndosela enviado Uribe con éstos, el almirante se la guardó sin dignarse darle respuesta. Como el joven insistiese, contestóle Goñi en términos descomedidos, diciéndole que tramitara el permiso con la Comandancia de Valparaíso, y advirtiéndole «que haría lo posible porque no le fuese concedido».

Esta insólita actitud -que Prat no analiza- induce a preguntarse si no habrá procedido Goñi por despecho, descontrolado por una pasión frustrada.

Con explicable impaciencia Uribe cumplió aquel trámite, y poco después casó por el Civil.

Lejos de aplacar la terquedad de su jefe, no hizo con ello sino exacerbarla. Empezó el almirante por declarar que el matrimonio no era válido ante las leyes chilenas. Como aún esto le pareciese poco, trató de disuadir a la novia antes de realizar la boda religiosa. Finalmente, en un raptó de insensatez, manifestó a sus oficiales que aquella mujer no era otra cosa que la querida de Uribe.

Estas ofensas afectaron de tal manera el ánimo del teniente que le hicieron caer enfermo.

Queriendo confirmar lo que todavía no acababa de creer, encargó a Molina que pidiese a Goñi una entrevista con fines aclaratorios. El obstinado almirante mandó decirle que era verdad que tenía malas referencias de la dama, pero que no podía dar nombres de sus informantes. Impávidamente expresó que su solo propósito era procurar la felicidad de su subordinado...

Amigos de Uribe le aconsejaron llevar al ofensor ante la justicia: tan intolerables se hacían sus ultrajes. Pero Uribe, respetuoso de las jerarquías, prefirió los medios pacíficos y esperó la oportunidad de promover una explicación personal.

Esta no tardó en presentarse; y no fue por su culpa que se malograra de modo tan grotesco.

La ocasión prodújose a raíz de las pruebas de la Magallanes. Por fortuna, el muelle estaba desierto y todos los oficiales vestían de paisano. En el momento de desembarcar, Uribe detuvo a sus compañeros y les dijo con serenidad:

-El señor almirante me ha calumniado, haciendo desgraciada a una familia antes de formarse...

Esto fue todo lo que alcanzó a decir. Poseído de un súbito furor, don Anacleto Goñi se arrojó sobre el teniente y lo cogió por el cuello para golpearlo con su paraguas, mientras le llenaba de improperios y lo desafiaba a batirse en duelo. Uribe no perdió el dominio de sí y se mantuvo impassible, las manos en los bolsillos. Acabó el incidente; pero, cegado todavía por la rabia, Goñi ordenó a Molina arrestarlo. Torpeza sobre torpeza, porque tal cosa no podía hacerse en suelo extranjero, y la orden no fue cumplida.

A consecuencia de sus sufrimientos, Uribe cayó otra vez enfermo, con violenta fiebre y síntomas de una afección cardíaca. Desde su lecho escribió al Ministro en Londres, don Alberto Blest Gana, presentándole su dimisión «por razones de salud» y pidiéndole su venia para regresar a Chile. ¡Con tal de librarse de aquella persecución, prefería perder dieciséis años de servicios y renunciar a la carrera! La solicitud de retiro, por otra parte, estaba prevista en las Ordenanzas de la Armada, y como ella lo manda, iba acompañada del respectivo certificado médico...

Pero el Ministro rehusó darle curso, a pretexto de que en país extranjero no había autoridad que pudiera aceptarla. En cuanto a la enfermedad, la juzgó fingida, y encima de esto se negó a permitir que Roberts, el cirujano de la misión, examinase al paciente.

Como es natural, Blest actuaba bajo la influencia de Goñi. Queriendo, sin embargo, llegar a un arreglo, obtuvo del almirante la promesa de echar el asunto al olvido si Uribe accedía a presentarle excusas, a retirar la dimisión y a embarcarse en la Magallanes, que estaba por salir para Valparaíso.

Dando nuevas muestras de su caballerosidad, Uribe se allanó a las dos primeras condiciones, pero no pudo aceptar la última «por estar impedido de dejar el lecho».

De ello tomó pie don Anacleto para asestarle el golpe de gracia, acusándole de desobediencia y pidiendo al Gobierno su destitución de la Marina.

Si Prat, en su discurso, no aplicó a Goñi el calificativo que merecía, fue sólo por un exceso de delicadeza.

Consumada la injusticia, Uribe quedó privado de su sueldo y entregado a la caridad de sus compañeros. Apenas pudo levantarse, su único anhelo fue volver a la patria para probar su inocencia.

Hasta el último instante el perseguidor se empeñó en atormentarlo. Habiendo obtenido de los contratistas del Cochrane el puesto de piloto -ya que no podía pagarse el pasaje-, intrigó para que le fuese negado; y sólo por lástima accedieron a darle un camarote para que viajara de incógnito.

Como adecuado epílogo, la jefatura lo arrestó a su llegada a Valparaíso -arrestó a quien, según ella misma no pertenecía ya a sus filas- y lo tuvo tres meses encerrado en un pontón, hasta que se resolvió instruirle proceso.

Esta sensacional defensa arrolló a la parte contraria: Goñi y su fiscal quedaron apabullados, y seguramente envueltos en el descrédito. El Consejo absolvió a Uribe de toda culpa y lo repuso en su mando con el goce respectivo de sus sueldos.

¿Habría podido alguien adivinar la repercusión futura de aquel veredicto...? El hombre que Prat había salvado era el mismo que cuatro años después iba a acompañarle como segundo comandante de la Esmeralda para ejecutar delante del Huáscar la postrera consigna del héroe: «No rendir el buque».

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

